

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENSENADA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

FUNDAMENTOS

DE LA FE

BT21

A96

v. 1

c. 1

CONOMIA

RALE D



1080042697

José Angel Benavides.

E#2-6#43



FUNDAMENTOS DE LA FE,
PUESTOS AL ALCANCE
DE TODA CLASE DE PERSONAS:

Obra escrita y principalmente destinada á la
instrucción de la juventud que está próxima
á entrar en el trato del mundo.

Por Mr. Aymé, Canónigo de la Iglesia
de Arrás;

Y

TRADUCIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

Por D. Enrique Ataide y Portugal, y dada á
luz nuevamente por D. Santiago Hernandez
de Texada.

110464

TOMO PRIMERO

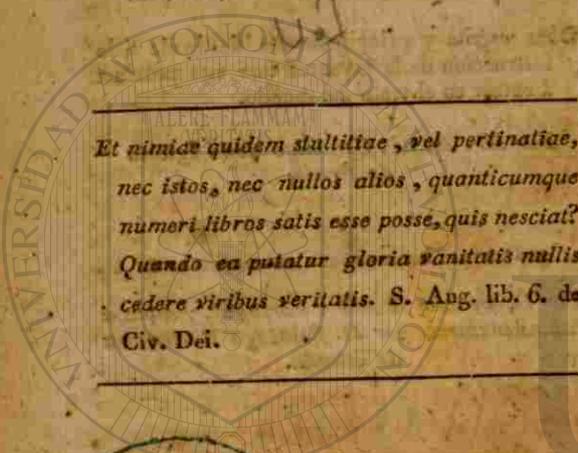
CON SUPERIOR PERMISO.

MADRID IMPRENTA DE CANO

año 1819.

37929

B721
A96



*Et nimiae quidem stultitiae, vel pertinaciae,
nec istos, nec nullos alios, quanticumque
numeri libros satis esse posse, quis nesciat?
Quando ea putatur gloria vanitatis nullis
cadere viribus veritatis. S. Aug. lib. 6. de
Civ. Dei.*



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

EL TRADUCTOR.

Un religioso docto y virtuoso, amante por lo mismo de que se estiendan cada día mas los sólidos fundamentos de la Religion Cristiana, convencido personalmente en los dilatados viages que tiene hechos en Francia, Italia, y hasta en Africa, de los portentosos saludables efectos que en todas estas partes ha producido la lectura de la obra que presento, impresa en Paris en 1778, me pidió encarecidamente (hallándose sin tiempo para hacerlo por sí mismo) que la tradugese y publicase para beneficio, utilidad e instruccion de toda clase de personas.

Esta sola insinuacion, hecha por una persona, para mí tan respetable como aquella, y para un fin tan loable y recto, habria sido suficiente para que superando mi natural timidez y justo recelo de no acertar á llenar sus deseos, emprendiese al instante este trabajo; mas luego que la leí, é hice juicio de que no es fácil hallar en su línea otra alguna que la esceda

en el admirable método, nervio, claridad y precision con que está escrita, abracé doblemente gustoso esta ocupacion, persuadiéndome á que todo verdadero católico no podrá menos de darme gracias por haberle facilitado, y hecho conocer una de aquellas obras mas grandes y mas útiles; y en fin, la mas necesaria para saber con solidez, con método, y por principios incontestables, cuales son los fundamentos de nuestra creencia, lo que debemos obrar, y lo que debemos esperar.

Concluido, pues, mi trabajo, resta solo que el lector juicioso disimule los defectos que halle en la version, en obsequio de la buena voluntad, con la cual la he emprendido, y del íntimo deseo que me asiste de que se propaguen mas y mas las eternas infalibles verdades de nuestra Santa Religion, en despecho de los incrédulos é impios que intentan y han intentado siempre desacreditarla y combatirla con sus capciosos sofismas y diabólicas imposturas.

PREFACIO.

Despues de haber conferenciado muchas veces con personas igualmente hábiles y piadosas, sobre los medios que pudieran tomarse para contener los progresos que ha hecho la incredulidad en estos infelices tiempos, he juzgado, y este ha sido tambien su parecer, que uno de los mas eficaces seria el hacer que los jóvenes del uno y otro sexo, un año antes de entrar en la grande sociedad del mundo, se empleasen seriamente en el examen y estudio de los fundamentos de la Fe, para que conociesen radicalmente lo incontestable de las pruebas de la divinidad de la Religion Cristiana: que era necesario para esto, el componer un libro, en donde estas pruebas fuesen espuestas en toda su fuerza, y sin embargo, de un modo proporcionado á la edad de aquellos para quienes se escribiese: que podia esperarse que la fe de los jóvenes, fortificada con la lectura y meditacion de este libro, cuya sus-

tancia debia hacérseles aprender de memoria, se sostendria en el mundo, contra los ataques de los impios, ó que si estos ataques la daban algun alcance, no la ahogarian jamas enteramente: que los jóvenes, después de haberse llenado bien de la lectura de este libro, llevarian en sus almas una persuasion tan profunda de lo divino de la Religion Cristiana, que todos los sofismas de los impios no podrian jamas arrancársela enteramente, y que si en ciertos momentos, aturdida su fe, y como desconcertada por la falsa elocuencia de esos hombres seductores, llegaba á vacilar, ella volveria bien presto por sí misma á tomar su primer imperio sobre sus espíritus.

Tal es el fin que me propuse al emprender la obra que hoy presento al Público. ¡O Padres y Madres de familia! ¡O Pastores de las almas! ¡O Maestros y Maestras! ¡O vosotros, todos los que estais encargados por vuestro estado de formar en la piedad cristiana la juventud de este gran Reyno, y de hacer de ella un

Pueblo digno de Dios, digno de la patria, y digno del gran Monarca que nos gobierna; á vosotros es á quienes dirijo este fruto de mi trabajo y de mis desvelos. Si mi obra es la misma que he querido hacer, os habré hecho un servicio superior á vuestro conocimiento; y si no lo es, espero que la pureza de mis intenciones, que no debe ponerme al abrigo de vuestra crítica, me conciliará á lo menos vuestra estimacion.

Pero antes de concluir este Prefacio, es necesario que diga una palabra del fondo de esta obra, de la forma que la he dado, y del modo con que deben hacérsela leer á los jóvenes, á fin de que les sea tan útil como pueda serles.

El solo título que lleva esta obra anuncia que su estilo debe ser natural, simple, familiar y claro, de modo que no pueda dejar de ser entendido. Estas son conversaciones entre un Maestro y su Discípulo, hombre joven de quince ó diez y seis años. Todo, pues, debe tener aqui el ayre y

el tono de la conversacion, sin grandes palabras, sin frases escogidas y enigmáticas, sin figuras pomposas, y sin rasgos delicados, que hacen entender mas que dicen. Si el institutor de Teotimo usase con él de este tono, Teotimo no lo entenderia, y tal vez desconfiaria de él, porque, aunque joven, conoceria que se gloriaba de sí mismo, y que se aplicaba mas á hacer brillar su talento que á enseñarle la verdad.

Estas son conversaciones, pero estas conversaciones giran sobre la mas grande de todas las materias, y deben ser por lo mismo nobles en su sencillez. Debe adornarse todo lo que es susceptible de adorno, mas siempre con sabiduria y sobriedad; de modo, que jamas el brillo del estilo oscurezca el de la verdad, como sucede muy frecuentemente, y que jamas Teotimo sea mas tocado del modo con el cual le dicen las cosas que de las cosas mismas.

La materia sobre que giran estas conversaciones, no es menos inte-

resante que grande. Es menester, pues, que el Maestro hable de ella como un hombre profundamente persuadido de las verdades que esplica, que ama estas verdades, y que se siente vivamente tocado y movido de ellas; y esto sin afectacion, y siempre con aquel ayre natural que infaliblemente hace pasar los sentimientos del Maestro á los corazones de los Discipulos.

Lo que debe reynar y hacer el fondo de este libro; es el buen juicio y los buenos sentimientos. El buen juicio, es la luz comun á todos los hombres. El mayor número de estos carece de lo que llamamos talento; y cada uno tiene alguna porcion de buen juicio, la cual no estimamos bastante, sin embargo de ser la parte mas preciosa de la razon humana. Por el buen juicio hizo Dios los hombres cristianos; por el buen juicio se convirtió el mundo; y nuestra Religion es la religion del buen juicio.

Todo el edificio de la Fe está

fundado sobre los hechos. Estos prueban que la Religión Cristiana es una religion revelada y divina. Los hechos forman una cadena que se estiende desde el nacimiento del mundo hasta nuestros dias, sin que en ella haya la menor interrupcion ni vacío. Es, pues, necesario esponer estos hechos los unos despues de los otros, con sus pruebas, y manifestarlos en toda su claridad, colocándolos en su verdadera ilacion: manifestar que ellos juntos tienen un estrecho enlace, y se refieren todos al mismo fin: hacer conocer la fuerza que prueba estos hechos, sacando de cada uno las consecuencias que de ellos se siguen naturalmente; y manifestar, en fin, que el último resultado de todos estos hechos reunidos, y tomados en cuerpo es, que la Religión Cristiana es necesariamente una religion divina. Es menester, por último, que el autor disponga sus materias con tal arte, que la primera conferencia prepare el camino á la segunda, y disponga

al lector á leerla con interes; que la segunda dé una nueva fuerza á la primera, y asi seguidamente en las demas. El progreso de la conviccion no debe jamas interrumpirse, y vaya creciendo siempre la luz; de manera, que de todas las demostraciones particulares se forme una demostracion tan completa de la proposicion general, á la cual todo el libro se reduce, que sea imposible á todo entendimiento razonable el negarse á ella. Tales son los caracteres que debe tener una obra, en la cual se proponen hacer conocer á los jóvenes los fundamentos de la Fe; y estos son los que he querido dar á este libro que hoy presento al Público. A este toca el juzgar si he acertado.

Algunas personas encontrarán que he omitido hacer entrar en esta obra varias cosas interesantes, que hallarian naturalmente lugar en ella; otras, que me he remontado algunas veces mas allá del alcance de los jóvenes; y otras, en fin, que el estilo es, en

general, demasiado simple, y demasiado llano.

Suplico á las primeras consideren, que en una obra de la naturaleza de esta, se debe, quanto es posible, encerrarse en los límites de lo necesario, y no decir absolutamente mas que aquello que los jóvenes deben saber necesariamente.

Suplico á las segundas tengan presente, que aunque en este libro no debe decirse sino lo que los jóvenes puedan entender, es necesario, sin embargo, que cada conferencia de las que lo componen, tenga una justa estension, y llene su objeto. Que por otra parte, en los jóvenes, los grados de perfeccion son diferentes, y que, por último, la razon se desenvolverá poco á poco en ellos; á medida que vayan creciendo; y que, en fin, llegará un tiempo que lo entiendan todo.

Ultimamente, suplico á las terceras, tengan la bondad de trasladarse á la edad de quince ó diez y seis años, y juzgar el estilo de mi

obra relativamente á aquella edad. Yo no escribo, ni para los sabios, á quienes nada puedo enseñar; ni para los bellos ingenios, con los cuales no puedo hacerme admitir; ni para las personas ociosas, á las cuales no me propongo entretener; escribo sí para la adolescencia, en quien la razon comienza á disipar los nublados de la infancia, para almas todas nuevas, si puedo esplicarme así, cuyo candor y buena fe forman su carácter, y á quien basta manifestar la verdad enteramente desnuda, y tal que ella es en sí misma.

Sin embargo, aunque yo me esplico así, no dejo de estar persuadido á que mi obra, si es como he deseado hacerla, puede ser útil á muchas personas de todos los sexos, de todas las edades, y de todas las clases, que desean tener un conocimiento exacto de los motivos sobre los cuales se apoya su fe, y que frecuentemente se disgustan de las espinas que á cada momento encuentran en los libros que tantos hombres sabios han escri-

to en nuestros tiempos, los cuales se han visto obligados á responder en ellos á las objeciones igualmente sutiles y frívolas, que nuestros nuevos filósofos hacen contra la Religion Cristiana.

En cuánto á la forma de esta obra, la he dividido, como se manifiesta, en Conferencias ó Lecciones, cada una de las cuales es seguida de un Catecismo, donde todo lo que se ha dicho en la conferencia se halla extractado en preguntas y respuestas. La utilidad de este método es bien conocida de todo el mundo. Yo debo advertir solamente, que el Maestro en estos Catecismos, es quien propone las cuestiones á su Discípulo, para hacerle dar cuenta de lo que ha retenido de la conferencia. Que siendo esto así, no deben estrañar las señales de aprobación, que el que pregunta manifiesta de tiempo en tiempo al que responde. Es natural hacerlo así, y esto da á estos pequeños diálogos un ayre de verosimilitud, que los hace más agradables.

Por lo que toca á hacer uso de este libro, á fin de que sea tan útil como debe serlo, véase aquí qual es mi modo de pensar.

1.º Se hará leer en la familia, ó en la clase, la conferencia una ó mas veces.

2.º El que presida á este egercicio, volverá á tomar los principales puntos, añadiéndoles por sí lo que pueda contribuir á su mayor claridad, y hacerlos mas perceptibles.

3.º Este se hará dar cuenta, por los jóvenes de lo que hayan retenido, preguntando tan presto al uno, y tan presto al otro, para animarlos á todos igualmente.

4.º Les mandará que aprendan el Catecismo de memoria; y en fin les hará lo reciten, preguntándoles, ó lo que aun será mejor, que se egerciten preguntándose los unos á los otros; por cuyo medio no podrán menos estas conferencias de producir en la tierna memoria de los jóvenes las saludables y ventajosas impresiones que deben desearse, como preservativos

la Moral es tan evidente, que sin trabajo se introdujo en vuestro espíritu, cuando la anunciaron en presencia vuestra; y no temo decir que jamas se ha hallado un solo hombre que la haya ignorado enteramente, á menos que no fuese estúpido; ó que la haya negado seriamente, á menos que no fuese insensato.

Todo cuanto existe fuera de nosotros, y todo lo que en nosotros existe, prueba esta verdad.

Todo lo que existe fuera de nosotros. Contempla, ó Teotimo, el mundo que habitamos. ¿Puede concebirse un edificio mas vasto en su estension, mas regular en su arquitectura, mas vario y mas magnífico en sus adornos que él? El cielo, la tierra y la mar presentan á vuestros ojos una infinidad de maravillas: el cielo, por la multitud y por el resplandor de los astros que brillan en él, por la rapidez y la regularidad de su curso: la tierra, por la prodigiosa variedad, y por la utilidad de sus producciones; por la hermosura de los colores con que se adorna,

y por las riquezas que encierra en su seno: la mar por su inmensa estension, por la magestad de sus movimientos y reposo, por el socorro de sus aguas, que continuamente envía á la tierra para fecundizarla, y por las ventajas sin número que procura á los hombres. No hay uno de los seres que componen el mundo, que no sea maravilloso en sí mismo; pero el arte infinito que los liga estrechamente entre sí, reduciéndolos á la unidad de un mismo todo, es acaso la mas admirable de todas las maravillas. Haz reflexion sobre esto, Teotimo, y quedarás admirado. Verás que hay tanta proporcion entre cada una de las partes que componen el mundo, que no se encuentra un solo ser en él, á quien el mundo entero no sea necesario; ni uno solo que no sea necesario al mundo, á lo menos para su perfeccion (a). ¿Qué otro Ser sino un Ser Eterno, Todo-

(a) Háblase aqui de los seres que componen el mundo, considerados en sus especies, y no en sus individuos.

Poderoso, infinitamente Inteligente, é infinitamente Sabio, puede ser el Autor de tan bella obra?

Dije un Ser Eterno, porque aquel que ha criado el mundo, debía existir antes de criarlo, y existir por sí mismo; esto es; por la necesidad de su naturaleza. Porque si este Ser tuviera su existencia de otro, sería preciso preguntar de quién este otro la tiene á su vez, y remontar así hasta lo infinito de uno en otro, lo que choca á la razon; ó si al fin se encontrase un primer Ser, principio de todos los otros, este sería incontestablemente el verdadero y solo Dios.

Dije un Ser Todo-Poderoso, porque no hay mas que un poder infinito que pueda dar el ser á lo que antes estaba en la nada.

Dije, en fin, un Ser infinitamente Sabio é Inteligente, porque ¿no es necesaria una inteligencia y sabiduría infinita para concebir la idea de una máquina tan vasta y tan regular como la del mundo; de manera, que aunque esta máquina está compuesta de un

número infinito de piezas, todas diferentes, estan tan bien ligadas entre sí, y obran con tanto concierto, que despues del origen de las cosas, y en virtud de las primeras leyes que Dios ha dado, esta máquina marcha con un movimiento siempre igual, y siempre uniforme, y que jamas lo ha desmentido?

Teotimo: sería una locura decir que el mundo es eterno. Todas las historias, todas las fábulas (que no son por la mayor parte sino historias hermoeadas ú obscurecidas), todas las tradiciones de todos los pueblos deponen contra aquellos que osarian adelantar esta paradoja.

La invencion de las artes necesarias, útiles ó agradables, los descubrimientos que se han hecho en todas las partes de la física, los conocimientos que se han adquirido en todo género, son tambien una prueba sensible y expresiva de que el mundo es nuevo. Porque todas estas invenciones, todos estos descubrimientos y todos estos conocimientos son recientes. Varios

hay que son de nuestro tiempo: los mas antiguos no datan sino de algunos siglos á esta parte. El mundo es, pues, reciente él mismo, y puede decirse en cierto sentido que acaba de nacer. Porque si el mundo fuera eterno, habria millares de siglos que todas las artes estarian inventadas, que todos los descubrimientos estarian hechos, y que se habrian adquirido todos los conocimientos. Por otra parte, si el mundo es eterno, ¿por qué el Sol, la Luna, y los otros astros estan en continuo movimiento, mientras que la tierra permanece estable? El Sol, la Luna, y los otros astros son tan cuerpos como la tierra, y no son sino cuerpos no mas que ella; y me alegraria de que me mostrasen por qué razon un cuerpo se mueve sin cesar, mientras que el otro se está siempre quieto; y por qué razon un cuerpo se está siempre quieto, mientras que el otro se mueve sin cesar. ¿Se egecuta esto de concierto? Pero este concierto supone razon, y los cuerpos no la tienen. ¿Es por la impresion

de un ser estraño? Hay, pues, un Ser que prescribe á los cuerpos el movimiento y el reposo; que los tiene en su poder, y hace de ellos lo que quiere; y este Ser es Dios. Si se adopta el sistema de los filósofos modernos, segun el cual el Sol ocupa el centro del mundo, y permanece inmóvil mientras que la tierra da vueltas al rededor de él, dando tambien vueltas al mismo tiempo al rededor de ella misma, &c. se deja ver sin trabajo que el mismo razonamiento vuelve con la misma fuerza.

Seria otra locura mayor que la primera, el decir que el mundo se formó por casualidad; esto es, por el concurso fortuito de los diferentes seres que lo componen. Porque si el mundo se formó por casualidad, ¿cómo no lo ha destruido la casualidad? Si el mundo se formó por casualidad, luego es la casualidad la que le conserva: véase aqui una casualidad que se repite á cada instante despues de miles años. ¿Puede concebirse esto, Teotimo? Si te dijera que he visto un hom-

bre que ha vivido cien años, que todos los días ha jugado al chaquete, y que á cada tirada de los dados ha llevado constantemente el premio, ¿me creerías sobre mi palabra? ¿Y creerás sobre la palabra de un pretendido filósofo, que ciertamente no ha visto nada de lo que espone, y que no lo prueba con razon alguna, ni con algun hecho, que la casualidad ha hecho el mundo, y lo conserva despues de tantos siglos?

Si la casualidad ha hecho el mundo, ¿de dónde viene, pues, que desde que el mundo existe no se ha visto hacer á esta misma casualidad nada regular, ni seguido? ¿Ha agotado la casualidad su poder en la formacion de esta vasta y admirable máquina? ¿Ha renunciado su naturaleza? ¿Se ha condenado á una eterna inaccion? Que expliquen, si pueden, este misterio. Que arrojen un millon de veces los caracteres del alfabeto sobre una mesa, y jamas de ninguna tirada de estas se verá salir ni un solo verso de Racine ó de Boileau, ni verso alguno.

Jamas he oído decir que hayan encontrado en las venas del marmol una figura correcta y perfectamente dibujada de ningun hombre, animal ó planta. Si halláras un reloj sepultado en la tierra, aunque jamas hubieras visto reloj alguno, seria tu primera idea la de que esta máquina era la obra maestra de algun grande artista: ¿y podrias creer á los que te dijeran que el mundo ha sido producido por el concurso fortuito, ó si se quiere, por el encuentro de los átomos, ó de los cuerpos que andaban errantes desde toda eternidad en el vacío? ¿Se halla razon cuando se establecen semejantes estravagancias, y se supone la tengan aquellos á quienes se dirigen?

Presta atencion, Teotimo, á este razonamiento: si la casualidad no ha formado el mundo, es evidente que el mundo, siendo tan vasto, tan hermoso, y tan bien ordenado como le vemos, no ha podido ser hecho sino por un Ser Infinito en poder, en sabiduria y en inteligencia. Los impios se ven obligados á convenir en esto. Lue-

go si el azar ha formado el mundo, ha hecho una obra, que no podia tener otro autor que un Ser Infinito en poder, en sabiduria y en inteligencia, si esta ciega casualidad, cuyo capricho y temeridad son la esencia, no lo hubiera formado. ¿Puede imaginarse una alternativa mas estravagante que esta, y que mas ofenda al buen juicio?

Supuesto que el mundo no es, ni puede ser eterno, puesto que él no se ha formado por casualidad, ni por el concurso fortuito de los seres que lo componen; el mundo es, pues, la obra de un Ser Eterno é Infinito en poder y en sabiduria, y este Ser es Dios.

No, Teotimo, no es posible echar una mirada sobre el universo, sin esclamar que hay un Ser Supremo que lo ha criado, y que lo gobierna. La existencia de Dios, dice Cicerón, no necesita probarse; una sola ojeada basta para convencernos. Porque cuando contemplamos los Cielos, la hermosura y armonía de los cuerpos celestes, ¿podemos dejar de hallarnos al instante persuadidos de esta idea, y de

que hay una inteligencia suprema que gobierna el universo? Imaginemos, dice este mismo autor, despues de Aristóteles, hombres que hayan pasado su vida bajo de tierra, en habitaciones cómodas y adornadas. La tierra se abre, ven el Sol; el espectáculo de toda la naturaleza se presenta, y conmueve sus ojos y sus espíritus, ¿no te parece escucharlos esclamar unánimes en el primer enagenamiento de su admiracion, que hay ciertamente una divinidad? Asi se esplican estos dos célebres filósofos, aunque nacieron paganos.

Por esto, cuando oyo esclamar al Profeta Rey en uno de sus mas sublimes cánticos, que los Cielos publican la gloria de Dios; que el firmamento anuncia las obras de sus manos; que el día habla de ellas al día, y la noche á la noche; que los Cielos tienen un lenguaje que les es propio, y que se hace entender á los ojos; que este lenguaje resuena desde un extremo del mundo al otro; que no hay pueblo, por salvage que sea, y que

hable la lengua que hable, que no comprenda este lenguaje; reconozco en estas palabras el primer grito de la naturaleza, tan bien como el entusiasmo inspirado por el Espíritu Santo.

Y así, mi querido Teotimo, jamás nación alguna, ni pueblo alguno no ha estado sin Dios. Recorráanse todas las partes del mundo, y en donde quiera que se hallen hombres, se hallará uno ó varios dioses. La mayor parte de los pueblos han errado groseramente tocante la naturaleza de Dios, tocante su unidad, en punto á sus atributos, y al culto que le es debido. Le han dado un culto lleno de impiedad y de fanatismo, un culto bárbaro é infame; pero en fin, han adorado alguna cosa. Los hombres de todos los tiempos, y de todos los países, han conocido que había sobre ellos un poder, del cual dependían, y á quien debían rendir sus homenajes. Jamás han podido ni sofocar este sentimiento, ni resistir á su impresión. No sabían qué Dios habían de reconocer; pero sabían que había uno, y todo lo

divinizaban, mas bien que renunciar toda divinidad.

Y observa aquí de paso, que cuando los mas sensatos entre los idólatras, empezaron á abrir los ojos sobre la indignidad de los dioses que adoraban en su país, y sobre lo vano y lo absurdo del culto que les rendían, no dijeron por eso que no había Dios, ni Religión; sino convinieron simplemente en que sus conciudadanos erraban, tocante á la aplicación y al uso que hacían de la idea que tenían de la existencia de Dios, y de la necesidad de honrarle: de suerte, que en vez de renunciar todo Dios y toda Religión, se aplicaron únicamente á rectificar la idea que habían tenido hasta entonces, así de Dios, como del culto que le es debido. Tales fueron los Sócrates, los Platones, los Cicerones, y varios otros grandes hombres de la antigüedad pagana. Tan cierto como esto es, que el hombre oye sin cesar dentro de sí mismo una voz que le dice que hay un dueño, y que siente en el fondo de su alma como un ins-

tinto que le impulsa á adorarle.

Te he mostrado, mi querido Teotimo, que todo lo que existe fuera de nosotros, nos anuncia la existencia de un Dios que ha criado el mundo, y que lo gobierna; ahora voy á hacerte ver que cuanto existe en nosotros, nos prueba esta verdad de un modo todavia mas sensible.

Examínate tu mismo, ó Teotimo; tú estas compuesto de dos seres, de uno que piensa, que llamas alma; y de otro ser privado de pensamiento, que llamas cuerpo. El primero es un puro espíritu, el segundo materia. Te pregunto desde luego, ¿en qué tiempo y de qué modo estos dos seres, tan diferentes en su naturaleza y en sus propiedades, se han reunido para formar el todo que tu mismo llamas así? ¿Has existido tu siempre? No: todo te testifica que solo existes desde algunos años. ¿Eres tu el que te has hecho á tí mismo? menos todavia. Tu te hallastes de un golpe en posesion de la existencia, sin saber de donde te vino. Tú te has hallado hecho, si puedo es-

plicarme así, sin haber jamas pensado en ello. Tú ves detras de tí espacios inmensos de tiempos que han pasado, mientras estabas en la nada. Tú ves tambien delante de tí espacios infinitos de tiempo, y tú caminas en estos espacios, sin saber donde pararás. ¿Son pues los que tu llamas autores de tus dias, los que te han dado la existencia, y formado tal cual eres? Seria una extravagancia el pensarlo. ¿Cómo hubiera podido tu madre colocar en su seno los miembros de tu cuerpo, y todas las partes interiores, de las cuales se componen estos miembros? ¿Ella, que no los conoce; ella que te ha sentido formarte, y crecer en su seno, sin saber por qué, ni cómo se hacia todo esto? Sobre todo, ¿dónde habria ella tomado este espíritu, que tu llamas alma? ¿Y cómo la habria asociado á tu cuerpo, para no hacer del uno y de la otra sino un mismo todo, y un mismo hombre? Luego hay un Ser Invisible y Todo-Poderoso, que te ha hecho como eres; y este Ser es Dios. Tú no eres su obra solamente,

mi querido Teotimo, sino su obra maestra.

¿Puede concebirse en efecto una obra mas bien delineada, que tu cuerpo, y cuyas proporciones sean mas perfectas? Tú tienes todos los miembros, y todos los sentidos que te convienen, y no tienes mas. Cada uno de estos miembros y de estos sentidos, da á tu cuerpo fuerza, gracia, belleza y dignidad. Quita al cuerpo humano uno de estos miembros ó de estos sentidos; transporta este miembro ó este sentido á otro lugar; da al hombre un miembro mas, y harás un hombre defectuoso, ó un monstruo.

Para que hagas atencion á esta verdad, poné Dios de tiempo en tiempo á tu vista hombres imperfectos, á quienes falta alguna cosa, ó que tienen algo mas; y tu sabes, que luego que ves á alguno de ellos, tu primer movimiento es un movimiento de horror, ó un movimiento de compasion ó de desprecio. En fin, por tus miembros y por tus sentidos gozas de todo el universo,

y tienes en ellos todo cuanto te es necesario para conservarte y hacerte feliz segun la condicion de tu naturaleza.

Lo interior de tu cuerpo te presenta nuevas maravillas; pero tu no eres todavia capaz de comprenderlas. Seria necesario un libro inmenso para describir las partes y los resortes innumerables, de las cuales el interior de tu cuerpo está compuesto, para mostrar sus diferentes usos, para hacer advertir la libertad, la prontitud, la variedad y la regularidad de sus movimientos, y del juego de estas partes y de estos resortes, no obstante su enlace y su complicacion. Solo el arte ciertamente de un Ser soberanamente inteligente, pudo construir una máquina tan bella.

Volvamos á tu alma, Teotimo, y considerémos, hasta donde tu edad lo permite, su poder ó sus facultades, y el uso que hace de ellas. Tu piensas, tu sientes; pero tu no teds tus pensamientos; y por esto es necesario tenerlos ya, y no se da lo que ya se

tiene. Tampoco te das tus sentimientos, porque para esto sería preciso conocerlos; y tu no los conoces jamás, sino por la esperiencia que tienes de ellos. Si jamás hubieras tenido el sentimiento del placer, ni del dolor, ignorarías lo que es dolor y placer. Si jamás hubieras visto colores, ni oído sonos, no sabrías lo que eran sonos y colores, y así de todo lo demas. Tu tienes la conciencia de tus pensamientos y de tus sentimientos; pero ignoras lo que es el sentimiento y el pensamiento, y de qué modo se forma en tí el uno y el otro. El pensamiento es en tu espíritu como la aparición de un objeto que tu no habías visto jamás. El sentimiento llega á oprimir tu alma sin que ella lo haya advertido, á lo menos la primera vez. Todas tus facultades, tu razon, tu imaginacion, tu memoria, &c. son admirables; tu gozas de ellas, tu las amas, y alguna vez te complaces en contemplarlas; pero no sabes, ni lo que ellas son, ni como están en tí, ni como

obran. Estos son otros tantos misterios para tí. Todo lo que sabes es, que ni el pensamiento; ni el sentimiento te lo has dado, y que sin embargo tienes el poder (como bien presto lo diremos) de usar bien ó mal del uno y el otro, y de dirigirlos ácia el objeto que quieres. Tu alma está en tu cuerpo; ¿pero cuándo, cómo, y de dónde vino á él? Otro misterio incomprensible es este para tí. Tu sabes solamente que no es ella la que se ha arrojado á esta prision, ó si quieres, que no es ella la que ha escogido esta morada; que no es ella la que ha formado los lazos que la unen al cuerpo, haciéndolos tan estrechos. Tu alma se ha encontrado unida á tu cuerpo, antes que ella lo hubiera jamás pensado, ni previsto. Concede pues, que tu no te has hecho á tí mismo; que tu ser, y todos los dotes de este ser, vienen de otra parte; que hay, pues, un Ser Eterno y Todo Poderoso, que te ha criado; que, criándote, ha dispuesto de tí, y dispone todavía como dueño absolu-

to: ahora, este Ser es el que nosotros reconocemos con el nombre de Dios.

Examinemos aun de mas cerca la union de tu cuerpo y de tu alma. Tu cuerpo depende de tu alma; y tu alma á su vez depende de tu cuerpo. Esta alma manda á todos los miembros del cuerpo, y siempre es obedecida. Los ojos, la lengua, los pies y las manos se ponen en movimiento luego que el alma lo quiere, y como lo quiere; y sin embargo, esta alma no conoce los resortes interiores del cuerpo, que es menester hacer que jueguen, para que los diferentes movimientos que ella pide á estos miembros se egecuten. El alma á su turno depende del cuerpo. Ella recibe por su órgano casi todos sus conocimientos, todas sus sensaciones, y la mayor parte de sus sentimientos. Cuando el cuerpo se halla en buen estado, se derrama en el alma una dulce alegría; y desde que el cuerpo se altera y sufre algun daño, el alma sufre á su vez. Al instante el dolor, que está como en centinela junto á todos los miem-

bros del cuerpo, velando en su conservación, advierte al alma que lo socorra, é impida el que perezca, y estas advertencias producen siempre su efecto. En una palabra, el alma y el cuerpo estan tan estrechamente unidos, y de tal modo mezclados la una con el otro, aunque son muy diferentes y muy distinguidos, que el alma está presente en todo el cuerpo, lo mismo en sus estremidades que en el centro. Luego que ocurre algo de nuevo en el cuerpo, al instante se halla advertida el alma de ello: luego que ocurre algo de nuevo en el alma, el cuerpo recibe al instante la noticia, si es permitido el explicarse así. Estos dos seres tan poco hechos, á mi parecer, para ser asociados, estan de tal modo unidos, que no hacen sino un mismo ser, y un mismo todo; y ellos obran, no solamente de concierto, sino que sus dos acciones no componen sino una sola, y una misma accion. ¡Qué maravilla! ¿Y quién otro que el Todo-Poderoso puede ser su autor?

Pero, mi amado Teotimo, nada debe sorprenderte tanto, y hacerte sentir tan vivamente que hay un Dios, como las relaciones que el hombre y el mundo tienen á un tiempo: el mundo es hecho esencialmente para el hombre, y el hombre para el mundo.

Quita al hombre del mundo: este mundo será siempre un vasto y magnífico palacio, soberbiamente adornado, y lleno de comodidades de toda especie; pero un palacio inhabitado, y por consecuencia inútil. ¿Para quién sería el espectáculo de la naturaleza, y la naturaleza misma? ¿Quién vería entonces las bellezas del universo? ¿Quién gozaría los bienes que él encierra? ¿Cuál sería el uso del sol, de la luna, y de los otros astros? ¿Para qué serviría el trigo, y tantos frutos deliciosos como produce la tierra? ¿Cuál sería el destino de tantas especies de animales, sobre todo, de aquellos que son hechos para ayudarnos en nuestros trabajos, y vivir en sociedad con nosotros, como el

caballo, el perro, &c.? Yo comparo el mundo en este estado á una habitacion ricamente adornada, y perfectamente iluminada, pero que las puertas estuviesen cerradas á todo espectador; á una mesa cubierta con esplendidez pero sin convidados; á un obrador lleno de ricos materiales é instrumentos de toda especie pero sin obreros. Quita el hombre al mundo, y le quitas el alma, y das la muerte á toda la naturaleza: vuelve el hombre al mundo, tu lo animas, y revive toda la naturaleza. Cada ser tiene su uso, su utilidad y su destino. Nada veo demas en el mundo, y nada falta en él.

Por otra parte, quita el mundo al hombre, tu lo aniquilas, tu le privas de todos sus miembros, de todos sus sentidos, y de la mayor parte de sus facultades. ¿Para qué tiene ojos, si nada tiene que ver? ¿Para qué orejas, si no tiene que oír? ¿Para qué un paladar y un olfato, si no tiene que gustar ni oler? ¿Qué hará de su lengua, de sus pies, de sus manos, de su ima-

ginacion y de su memoria? Vuelve á introducir el hombre en el mundo, y lo vuelves en sí, y lo crias; lo pones en posesion de todos sus miembros y de todos sus sentidos, y de mas de la mitad de su alma. ¿Hay alguna cosa más capaz de arrebatarnos nuestras almas, que aquellas relaciones tan justas y tan necesarias, como las que se encuentran entre el hombre y el mundo, y entre cada uno de los seres que el mundo encierra?

¿Quién otro sino Dios podía hacer tantas combinaciones, concebir tantas relaciones, concebirlas todas juntas, y por un solo pensamiento? ¿Quién otro que Dios podía ejecutar tan grande idea, y ejecutarla con una sola palabra, y por un solo acto de su voluntad?

Tu has considerado al hombre, mi amado Teotimo, en sí mismo; tu lo has considerado despues, segun las relaciones que tiene con el mundo y con las criaturas que lo componen. Considéralo ahora, segun las relaciones que tiene con sus semejantes. Aquí se abre un vasto campo á tus reflexiones; pe-

ro esto no es tan propio para la edad que tienes, como para la en que entrarás bien presto. Mientras mas estudies al hombre en sociedad, mas hallarás en qué instruirte, y en qué admirar la profunda sabiduria del Ser, Criador del hombre y de todo el universo.

1.^o Verás que es absolutamente necesario á los hombres el vivir en sociedad, y que esta necesidad resulta ó nace de sus inclinaciones, de sus necesidades, y del fondo mismo de su constitucion.

2.^o Verás con admiracion, que los hombres tienen en sí quanto puede unirlos, y quanto puede separarlos. Todas las cualidades que pueden ser útiles á la sociedad, y todas las que pueden serle nocivas y funestas; y que, sin embargo, por el arte infinito con que el Criador ha templado las cosas, las segundas les hacen la sociedad, á lo menos tan útil y tan necesaria como las primeras; y que sus mismas miserias, sus extravios de entendimiento, sus defectos y sus vicios, sirven infini-

to para formar los lazos de la sociedad que tienen entre sí.

3.^o Verás con admiración, que con un pequeño número de necesidades y de sentimientos, que todos estan en cada hombre, pero variados infinitamente, por el modo con que se hallan combinados y dispuestos, si puedo explicarme así, Dios pone á todo el género humano en un movimiento perpetuo, une entre sí á todos los particulares en cada pueblo, todos los pueblos en una nación, todas las naciones juntas en el mundo entero, y no hace de tantos pueblos sino un pueblo solo, y una sola familia. Este Ser Supremo ha hecho todos los hombres diferentes los unos de los otros, para ligarlos todos juntos. Todo lo ha reducido á la unidad, diversificándolo todo; y mostrando sobre diferentes tonos, si puedo explicarme así, todas las imaginaciones, todos los caracteres, todos los institutos y todos los sentimientos, ha hecho que su resultado sea la mas bella armonía que puede concebirse. ¿No es esta una

obra maestra, Teotimo, y la obra maestra de la sabiduría, la mas vasta y mas profunda de la sabiduría de un Dios?

Parémonos aquí, Teotimo: si yo quisiera entrar en el pormenor, y hacerte observar todas las bellezas del mundo que habitamos, y del cual somos la mas noble parte, seria necesario hacer un libro tan grande como el mundo mismo, y aun no bastaria. Bastante es para la edad en que te hallas, que te haya hecho echar una primera mirada sobre la grande obra de la creacion. La lectura de buenos libros, la conversacion de los hombres instruidos; y sobre todo, tus propias observaciones te enseñarán mas. Yo, por decirlo así, te he introducido en el mundo, en tu casa y en la sociedad de los hombres. Estos son como tres libros que te he abierto, abriéndote al mismo tiempo los ojos, á fin de que pudieras leerlos. Lee los, pues, sin cesar, estudia el mundo, estúdiate á tí mismo, estudia la sociedad de los hombres, y verás brillar en todo el

poder, la sabiduria, la magestad, y la bondad del Ser Criador, y serás arrebatado sin cesar á admirarle, á bendecirle y á adorarle.

Todo cuanto sorprenderá tus ojos, te hará conocer la verdad de estas palabras de San Pablo (Ep. á los Rom.) "Las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, se han hecho sensibles, despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que sus obras nos dan de ellas; y así ellos (a) son inescusables, porque habiendo conocido á Dios, no lo han glorificado como Dios, y no le han dado gracias; pero ellos se estraviaron en sus vanos razonamientos, y su corazon insensato ha estado lleno de tinieblas: ellos se volvieron locos, atribuyéndose el nombre de sabios, y han transferido el honor que no es debido sino á Dios incorruptible, á la imágen de un hombre corruptible, y á fi-

(a) San Pablo habla aqui, sobre todo, de los filósofos paganos.

„guras de pájaros, de cuadrúpedos,
 „y de serpientes: por esto Dios
 „los ha entregado á los deseos de
 „su corazon, á los vicios de la im-
 „pureza; de suerte, que han des-
 „honrado ellos mismos su propio
 „cuerpo, ellos que habian puesto
 „la mentira en el lugar de la verdad
 „de Dios, y rendido á la criatura
 „la adoracion y el culto soberano,
 „en vez de rendirlo al Criador, que
 „es bendito en todos los siglos.
 „Amen.“

REFUTACION DEL SISTEMA
 de Epicuro.

(A) Esto seria otra locura.

Yo hubiera podido dar mucha mas estension á este pedazo, y discutir á fondo el sistema de Epicuro. No lo he hecho: 1.º, porque este sistema es tan visiblemente disparatado,

que cuasi todos los incrédulos lo han abandonado, no obstante servirles de gran socorro. 2.º, porque me he propuesto en esta obra el hablar al buen juicio para ponerme al alcance de los jóvenes y del común de mis lectores, y evitar cuanto pudiese el arrojarme, y arrastrarlos tras mí á las profundidades de la metafísica, en donde no dejarían de perderse.

Sin embargo, para satisfacer á varias personas que tienen algun conocimiento de la filosofía, he creído colocar aquí, fuera del cuerpo de la Conferencia, una corta refutación del sistema de Epicuro.

Este filósofo ha imaginado una multitud infinita de pequeños cuerpos, todos conformes de un modo diferente, que llama átomos. Según él, estos átomos andaban errantes desde toda eternidad en la inmensidad del vacío; todos ellos se movían en diferentes sentidos; y en este movimiento, que era muy rápido, se huían entre sí, se impelían,

se enlazaban, y agarraban el uno al otro, despues se separaban, y luego se reunían de nuevo. Los juegos de la casualidad se variaban infinitamente, como cada uno lo concibe; pero nada consecuente resultaba. En fin, llegó un momento, que por el mas feliz y mas pasmoso de todos los reencuentros, todos estos corpúsculos se combinan del modo necesario para formar el mundo que vemos. Véase, pues, el mundo hecho, y hecho de un golpe, y en un solo instante; y el mundo producido así, ha durado un gran número de siglos, y durará por toda la eternidad, porque la misma casualidad que lo ha hecho, lo ha hecho á propósito para durar eternamente. La casualidad ha encontrado el movimiento perpetuo; esto es, como un reloj que estuviese montado para toda la eternidad.

El mejor modo de refutar este sistema absurdo es sin duda esponiéndolo: sin embargo, no nos atengamos á esto.

1.º Está demostrado que los átomos

de Epicuro son entes quiméricos. La existencia actual no está encerrada en la idea de la materia, porque yo puedo tener, y tengo en efecto una idea muy limpia y muy distinta de varios cuerpos que jamas han existido; luego no es de esencia de la materia el existir: es menester, pues, que ella reciba la existencia de otra parte; esto es, que es necesario que sea criada, y sacada de la nada por un Ser Infinito en poder. La materia no puede ser eterna en el sentido que Epicuro la ha creído. Estos átomos infinitos en número, que supone errantes de toda eternidad en la inmensidad del vacío, jamas han existido sino en la imaginacion de este filósofo.

2.º El reposo y el movimiento convienen igualmente á la materia, porque es indiferentemente susceptible del uno ó del otro. Yo veo esto mismo en la idea de la materia. Un cuerpo no pierde nada por el reposo, ni nada adquiere por el movimiento: él es el mismo en los dos estados. Sea que

el Sol dé vueltas al rededor de la tierra, ó que la tierra dé vueltas al rededor del Sol, siempre es el mismo Sol y la misma tierra. ¿Por qué, pues, Epicuro supone que sus átomos han estado en un eterno movimiento? Porque necesitaba este movimiento para construir su mundo. ¿Pero se sigue de aquí que los átomos se hayan movido en efecto?

3.º Aunque la materia sea capaz de moverse, concibo muy bien, que cuando reposa, no puede moverse por sí misma, ni de otro modo que por la accion é impulso de una causa estraña. Un cuerpo en reposo permanecerá eternamente en el lugar que esté, si la accion de algun otro ser no le hace salir de él. Siendo esto asi, si se supone que hubo un instante, en el cual los átomos de Epicuro han estado en reposo, está demostrado que este reposo debió ser eterno, y que ellos no pudieron moverse jamas. Ahora, ¿quién me impide el suponerlo? ¿No tengo yo igual derecho para decir que los áto-

mos no se movieron jamas, al que él tiene para decir que ellos fueron agitados por un movimiento eterno, visto que los cuerpos son igualmente indiferentes al movimiento y al reposo?

4.^o Sostengo que me asiste muchas razones que á él. ¿Qué es el movimiento? Es la existencia sucesiva de un cuerpo en muchos parages, ó en muchos puntos contiguos del espacio. El cuerpo K sale de su lugar, y recorre los puntos del espacio A, B, C, D, &c. que tambien estan contiguos. Supongo que el cuerpo K ha pasado desde el lugar donde estaba al punto A; y pregunto, por qué razon este mismo cuerpo debe tambien pasarse á los puntos B, C, D: él no puede determinarse á esto por su naturaleza; porque la naturaleza del cuerpo no exige que este se halle mas bien en un espacio que en otro: él no puede determinarse á esto por sí mismo; porque si fuera asi, tambien podria por sí mismo salir del estado de reposo para ponerse en movimiento, lo que es

imposible. Es preciso, pues, que un movimiento extraño sea su agente; y asi, cuando se supusiera por imposible, que hubo un instante en el cual estuvieron en movimiento los átomos, se demostraria que era imposible que este movimiento hubiese durado; y en efecto, todos los filósofos convienen hoy en que los cuerpos no se mueven sino por la voluntad de Dios, que es la sola causa directa, física é inmediata de todos los movimientos que se hacen en el mundo.

5.^o Concedamos sin embargo á Epicuro, que los átomos que él ha inventado se han movido desde toda eternidad. ¿Estos átomos se han movido en línea recta ácia el mismo punto del vacío? Pues ellos debieron seguirse eternamente los unos á los otros, sin poder alcanzarse jamas. ¿Estos átomos se han movido en línea recta, pero ácia puntos directamente opuestos, como si dijéramos, los unos ácia el oriente, y los otros ácia el occidente? La mitad, pues, de estos áto-

mos no se movieron jamas, al que él tiene para decir que ellos fueron agitados por un movimiento eterno, visto que los cuerpos son igualmente indiferentes al movimiento y al reposo?

4.^o Sostengo que me asiste muchas razones que á él. ¿Qué es el movimiento? Es la existencia sucesiva de un cuerpo en muchos parages, ó en muchos puntos contiguos del espacio. El cuerpo K sale de su lugar, y recorre los puntos del espacio A, B, C, D, &c. que tambien estan contiguos. Supongo que el cuerpo K ha pasado desde el lugar donde estaba al punto A; y pregunto, por qué razon este mismo cuerpo debe tambien pasarse á los puntos B, C, D: él no puede determinarse á esto por su naturaleza; porque la naturaleza del cuerpo no exige que este se halle mas bien en un espacio que en otro: él no puede determinarse á esto por sí mismo; porque si fuera asi, tambien podria por sí mismo salir del estado de reposo para ponerse en movimiento, lo que es

imposible. Es preciso, pues, que un movimiento extraño sea su agente; y asi, cuando se supusiera por imposible, que hubo un instante en el cual estuvieron en movimiento los átomos, se demostraria que era imposible que este movimiento hubiese durado; y en efecto, todos los filósofos convienen hoy en que los cuerpos no se mueven sino por la voluntad de Dios, que es la sola causa directa, física é inmediata de todos los movimientos que se hacen en el mundo.

5.^o Concedamos sin embargo á Epicuro, que los átomos que él ha inventado se han movido desde toda eternidad. ¿Estos átomos se han movido en línea recta ácia el mismo punto del vacío? Pues ellos debieron seguirse eternamente los unos á los otros, sin poder alcanzarse jamas. ¿Estos átomos se han movido en línea recta, pero ácia puntos directamente opuestos, como si dijéramos, los unos ácia el oriente, y los otros ácia el occidente? La mitad, pues, de estos áto-

mos ha debido detener la otra. Véanse, pues, todos parados, y no forman en breve sino una masa sólida é impenetrable. No lo quiero yo así, responde Epicuro: yo digo que los átomos se movieron durante toda eternidad en todos los sentidos, y de todos los modos posibles: los unos en línea recta, los otros circularmente, los otros en espiral, &c. &c. Yo os entiendo, gran filósofo: vos dais á vuestros átomos todos los movimientos que creéis necesitar; pero porque tengais necesidad de todos estos movimientos, ¿se deduce que hayan sido egecutados? Decidme, pues, ¿por qué un átomo ha debido moverse en línea recta, cuando el otro se movía en línea circular; y por qué cuando este se movía en línea circular, un tercero ha debido moverse en espiral, &c. &c.? Voy á manifestaros, que ellos han debido moverse todos en línea recta; porque está demostrado que el primer movimiento de un cuerpo se hace siempre en línea recta, y por esto mismo tambien está demostrado, que un

cuerpo no se mueve jamas en línea curva, sino porque su dirección natural se halla interrumpida á cada momento. Ahora, un cuerpo no puede por sí mismo interrumpir su dirección natural. Vuestros átomos no han podido, por consecuencia, moverse jamas por sí mismos con un movimiento circular; y si en la ocasion de entrechocarse algunos de estos átomos se han movido en línea circular, esto no ha debido suceder sino muy rara vez, y estos mismos átomos han debido volver á tomar bien presto el movimiento en línea recta, la cual les era natural, y á la cual se dirigian incesantemente.

6.º A pesar de quanto acabo de decir, quiero pasar á Epicuro, que sus átomos infinitos en número, se han movido eternamente en los espacios del vacío infinito, y que se han movido en todos los sentidos, y de todos los modos posibles, buscándose así los unos á los otros, sin saber por qué, y no hallándose sino por casualidad.

¿Ha podido producir alguno de es-

tos reencuentros, no digo la vasta máquina del mundo, pero una máquina cualquiera? No, sin duda.

¿Qué es una máquina? Es una union de varias piezas, que se mueven de concierto para producir un cierto efecto, como señalar las horas, inflamar la pólvora encerrada en el cañon del fusil, &c. Siendo esto así, decidme, ó Epicuro, ¿por qué, despues de tantos millares de años que el mundo se formó, no ha producido la casualidad nada regular, ni seguido? ¿Por qué no ha salido del taller de está grande artista máquina alguna, ni aun la mas simple? ¿Por qué no ha salido tampoco el mas mínimo instrumento acabado en su especie, como un cuchillo, unas tenazas, una paleta, y ni aun una simple palanca? Y vos queréis que una casualidad haya formado la vasta máquina del mundo, y con él ese número infinito de máquinas particulares de que se compone, y de las cuales cada una encierra una infinidad de piezas y de resortes, como todos los hombres, todos los demas

animales, todos los arboles, y todas las plantas.

Despues del nacimiento del mundo hay leyes ciertas de los movimientos que los hombres conócen, á lo menos en parte, y despues del nacimiento del mundo, tambien el entendimiento humano estudia estas leyes, las acerca, las compara, se ocupa en combinar y calcular los efectos de estas leyes; y sin embargo, los hombres no han inventado todavia sino un pequeño número de máquinas, y las máquinas que los hombres han inventado, son todas muy imperfectas. No hay una sola que pueda entrar en comparacion con un vaso de tierra; y vos queréis, que cuando aun no habia leyes de los movimientos, la casualidad, que no habria conocido estas leyes, si las hubiera habido, haya formado de un golpe, y en un solo instante, la máquina del mundo, y todas las máquinas particulares que el mundo encierra.

7^o Supongamos, no obstante, que el reencuentro fortuito de los átomos ha formado el mundo en la disposi-

ción que le vemos. La máquina está ya hecha, pero aun no basta; es menester todavía hacerla jugar, y hacer durar este juego durante la eternidad. Ahora voy á demostrar: 1.^o, que esta máquina, una vez formada por un solo golpe de la casualidad, no puede ponerse en movimiento sino por un segundo golpe de la casualidad tan admirable como el primero; 2.^o, que el juego de esta misma máquina no podrá sostenerse un solo instante, sin un tercer golpe de la casualidad semejante á los otros dos, y así seguidamente hasta lo infinito.

Ninguna máquina, y sobre todo la inmensa máquina del mundo, no puede ponerse en juego, ni conservarlo un solo instante, sino en virtud de las leyes de los movimientos: este principio es evidente, y está recibido en todo el mundo.

No hay ley alguna de los movimientos, sea entre las que conocemos, ó las que nos son desconocidas, que resulte inmediatamente, ó de la naturaleza, ó de la conformidad, ó de

la magnitud, ó de alguna cualidad de los cuerpos; ó en fin, de las relaciones que los cuerpos tienen entre sí. En el mundo de los cuerpos no hay naturalmente, ni independientemente de toda institucion, ni gravedad, ni gravitacion, ni centro de graves, ni alto, ni bajo, ni encima, ni debajo, ni cuerpos pesantes, ni cuerpos ligeros, &c. &c.; y por consecuencia todas las leyes de los movimientos son necesariamente leyes de institucion, leyes arbitrarias, y leyes establecidas libremente por un Ser Eterno y Todo-Poderoso, que dispone de los cuerpos, y los gobierna como quiere: no habria ley alguna de los movimientos, si este Ser admirable no los hubiera establecido.

Ahora, nosotros razonamos aquí sobre una hipótesis, segun la cual no hay ley de movimientos, puesto que razonamos sobre una hipótesis, segun la qual Dios no ha tenido parte alguna en la formacion, ni en la conservacion del mundo.

Ahora, en esta hipótesis, es mas

claro que el día, que la máquina del mundo, formada una vez por un primer golpe de la casualidad, no ha podido jamas ponerse en juego, sino por otro segundo golpe tan admirable como el primero: que no ha podido jugar dos instantes seguidos, sino con el socorro de un tercer golpe de la misma casualidad, y de la misma fuerza que los precedentes: que, despues del nacimiento del mundo, el mismo golpe ha sido repetido á lo menos sesenta veces cada minuto; y que si el mundo dura eternamente, este mismo golpe se repetirá infinitamente; y como, despues de todo, no puede contarse con la casualidad, es claro que el mundo puede, y debe tambien arruinarse á cada instante: que es el mayor prodigio que no se arruine en efecto; y que puede ser que antes de acabar lo que estoy escribiendo; los cielos caygan sobre mi cabeza, ó que yo mismo cayga con la tierra que me sostiene en la inmensa cavidad de los cielos. Digámoslo en pocas palabras.

Los átomos de Epicuro son otras tantas quimeras; jamas ha existido ni uno solo de estos átomos.

Si (aunque imposible) los átomos han existido, han debido ser eternamente inmobiles.

Si (aunque imposible) los átomos se han movido, han debido hacerlo en línea recta; y si algunos han podido cambiar de direccion, no ha podido ser esto, sino por poco tiempo.

Si (aunque imposible) estos átomos se han movido en todos los sentidos posibles, jamas su reencuentro ha podido formar el mundo, ni máquina alguna.

Si (aunque imposible) el reencuentro casual de los átomos ha formado la máquina del mundo, esta máquina no ha podido jamas ponerse en juego, sino por un segundo golpe de la casualidad, tan admirable como el que lo ha formado.

Si (aunque imposible) el segundo golpe sucedió, ha sido necesario un tercero de la misma fuerza para hacer durar el juego de la máquina

P. ¿Cual es la tercera prueba que teneis de la existencia de Dios?

R. La tercera prueba que tengo de la existencia de Dios, es el consentimiento de todas las naciones, sean civilizadas, sean bárbaras, que en todos los tiempos, y en todos los países del mundo, han creído que habia una Divinidad, y la han rendido homenajes soberanos; porque para que todas las naciones se hayan convenido en ello, es preciso y necesario que se hayan determinado á hacerlo así, ó por un instinto secreto, impreso en sus almas por el Ser supremo mismo, ó por la vista del mundo, que publica tan alta y elocuentemente su existencia y sus perfecciones.

P. Habeis dicho que todo lo que hay en vos os prueba que hay un Dios; ¿cual es, pues, la primera prueba de la existencia de Dios, que vos encontráis en vos mismo?

R. La primera prueba de la existencia de Dios, que yo encuentro en mí mismo, es la admirable estructu-

ra del cuerpo humano, que no puede ser sino la obra maestra de un artífice infinitamente hábil.

P. ¿Cual es la segunda prueba que vos teneis en vos mismo de la existencia de Dios?

R. La segunda prueba de la existencia de Dios que encuentro en mí mismo, es las diferentes modificaciones de mi alma, el pensamiento, las sensaciones y los sentimientos; porque éstas modificaciones no vienen de mí, aunque estan en mí; y así concluyo con que vienen de Dios.

P. ¿Cual es la tercera prueba de la existencia de Dios, que vos sacais de vos mismo?

R. La tercera prueba de la existencia de Dios, que yo saco de mí mismo, es la union admirable de mi cuerpo y de mi alma, y el concierto incomprendible que reyna entre estas dos partes de mí mismo, aunque son tan diferentes la una de la otra en su naturaleza y en sus propiedades; porque solo un Ser Todo-Poderoso ha podido ligarlas tan estrecha-

mente la una á la otra, que no forman sino un todo solo.

P. ¿Cual es la cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacó de mí mismo, es las relaciones maravillosas, que se hallan entre el hombre y el mundo; relaciones tan necesarias, que es evidente que el mundo es hecho para el hombre, y el hombre para el mundo; porque para establecer estas relaciones, han sido necesarias combinaciones infinitas, de las cuales es capaz solamente un Espíritu infinito.

P. ¿Cual es la quinta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La quinta prueba de la existencia de Dios, que sacó de mí mismo, es el orden que reyna en el mundo moral, del cual yo soy una parte, y en la sociedad de los hombres, no obstante la diferencia, la oposicion misma y el combate con-

tínuo de sus inclinaciones; porque para hacer resultar la union de los hombres de todo lo que parece separarlos, ¿no es precisa una profundidad de conocimientos, y una sabiduría que no puede convenir á otro que á Dios?

P. ¿No hay otras pruebas de la existencia de Dios?

R. Hay una infinidad de ellas, que las buenas lecturas, la conversacion de las personas piadosas é instruidas, la contemplacion de las obras de Dios; y sobre todo, la invocacion continúa de su ayuda, me harán conocer y sentir.



SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

Probando la existencia de Dios, mi querido Teotimo, hemos echado el
Tom. I. E

mente la una á la otra, que no forman sino un todo solo.

P. ¿Cual es la cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacó de mí mismo, es las relaciones maravillosas, que se hallan entre el hombre y el mundo; relaciones tan necesarias, que es evidente que el mundo es hecho para el hombre, y el hombre para el mundo; porque para establecer estas relaciones, han sido necesarias combinaciones infinitas, de las cuales es capaz solamente un Espíritu infinito.

P. ¿Cual es la quinta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La quinta prueba de la existencia de Dios, que sacó de mí mismo, es el orden que reyna en el mundo moral, del cual yo soy una parte, y en la sociedad de los hombres, no obstante la diferencia, la oposicion misma y el combate con-

tínuo de sus inclinaciones; porque para hacer resultar la union de los hombres de todo lo que parece separarlos, ¿no es precisa una profundidad de conocimientos, y una sabiduría que no puede convenir á otro que á Dios?

P. ¿No hay otras pruebas de la existencia de Dios?

R. Hay una infinidad de ellas, que las buenas lecturas, la conversacion de las personas piadosas é instruidas, la contemplacion de las obras de Dios; y sobre todo, la invocacion continúa de su ayuda, me harán conocer y sentir.



SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

Probando la existencia de Dios, mi querido Teotimo, hemos echado el
Tom. I. E

primer cimiento á la religion y á la moral; pero antes de razonar sobre este principio, debemos apoyarlo con otros dos principios, que no son, ni menos necesarios, ni menos evidentes. El primero es la distincion del bien y del mal moral; el segundo, es la libertad del hombre.

¿Las acciones de los hombres son todas de un mérito igual? ¿Cuando se dice de una accion, que ella es buena, ó que ella es mala, se dice la misma cosa en el fondo? ¿Hay una diferencia real entre el vicio y la virtud, ó no hay ninguna? ¿El que es recto, justo, humano y bienhechor, no merece mas nuestros elogios, que el hombre falso é injusto, y que el hombre injusto y sin entrañas? Respóndeme, Teotimo; pero estas confuso, y como embargado de horror. Ya lo veo, Teotimo, que aunque eres joven, tu entendimiento y tu corazon han decidido ya esta cuestion. Esto no me sorprende, porque es constante que los peores hombres que el mundo haya visto, jamas han pen-

sado seriamente que el vicio y la virtud sean una misma cosa.

¿No es efectivamente cierto, Teotimo, que luego que ves á alguno de tus condiscípulos mentir, jurar, arrebatarse de cólera, violar sus promesas, y tratar á los otros con dureza, concibes contra él cierta indignacion, aversion y desprecio? Al contrario, cuando ves que uno de tus condiscípulos está lleno de dulzura, de franqueza y sinceridad, que no engaña jamas á los otros, los dispensa todos los favores que puede; y vive con ellos en una perfecta armonía; tu lo apruebas, tu le amas, tu le eres favorable, y buscas su compañía. No es esto todo; tu juzgas de tí mismo, como juzgas de los otros. Cuando has mentido, cuando has faltado á tu promesa, cuando has cometido alguna violencia, cuando te has entregado á algun esceso, tu te reconvienes á tí mismo, estas avergonzado y confuso, y tu te eres tan enfadado á tí mismo, que no te puedes aguantar; y luego que has hecho alguna bella

accion, te apruebas á tí mismo, porque conoces que estas en el orden. Un júbilo secreto se esparce entonces en tu alma, y llevas por todas partes una paz deliciosa.

Luego tu sabes, Teotimo, que hay acciones que son buenas, y otras que son malas: ¿mas cómo lo sabes? Por tí mismo. Hay en tí una luz viva y penetrante, que te enseña esta verdad tan claramente, que no puedes dejar de verla. Ahora, sabe que esta luz está en todos los hombres, y que cada uno de ellos experimenta en sí todo cuanto pasa en tí, cuando haces lo bueno ó lo malo.

Tu no puedes decir aqui que no sabias, hablando propiamente, que ciertas acciones eran buenas, y otras malas; pero que tu lo creias, porque tus padres, tus maestros ú otras personas te lo han dicho.

No, mi amado Teotimo, tu no puedes hablar así, porque: 1.º, tu sabias muy bien que (aunque eras joven) habias discernido por tí mismo, y antes que nadie te lo hubiera ad-

vertido, la bondad y la maldad de ciertas acciones. El temor que siempre has tenido de cometerlas, ó la vergüenza que has experimentado, á pesar tuyo, al egecutarlas, es para tí una prueba convincente de ello. En segundo lugar, es cierto que desde que te digeron que la mentira, la traicion, el robo, el homicidio, la ingratitude, y la falta de obediencia á nuestros superiores, eran vicios; tu entendimiento ha recibido estas verdades tan prontamente, y las ha dado una aprobacion tan llena y tan entera, que te parecia estarte diciendo lo mismo que tu sabias; y en efecto siempre lo supiste; pero aun no habias pensado en ello distintamente. Cuando han anunciado estas verdades en presencia tuya, mas bien las has aprobado que aprendido. Luego hay en tí una luz que te hace discernir el bien y el mal, así como hay otra que te hace conocer lo verdadero y lo falso. Por esto, cuando te han dicho que dos y dos son cuatro, no asientes mas prontamente á esta pro-

posicion, que á la que oyes de que el homicidio es una mala accion.

Todas las naciones que existen, y todas las que han existido sobre la tierra, han estado siempre, y lo estan tambien hoy de acuerdo sobre este punto esencial: todas las historias, y todas las relaciones que nos llegan de países estrangeros dan fe de ello, y yo podria decir que todos los hombres, sin esceptuar uno solo.

No hay hombre malo que no se avergüence de su maldad: no hay hombre malo que no deteste la maldad de otro; y todos los hombres, sean buenos ó sean malos, estiman y alaban la virtud.

¡Cómo! Teotimo, el que mata á un hombre, y el que salva la vida á otro; el hijo descastado, ó que ultraja á su padre, y el hijo bien nacido que respeta y honra el suyo; el usurpador del bien de otro, y el hombre justo; el traydor, el pérfido, y el hombre recto y sincero, ¿serian tan buenos y tan estimables el uno como el otro?

¿El primero no mereceria ni desaprobacion ni castigo; y el segundo no seria digno de elogios, ni de recompensas. Aunque todavia no eres mas que un niño, desafio á todos los hombres juntos á persuadirte esta paradoja.

No la emprenderán jamas, porque se contradecirian ellos mismos de una manera chocante; porque si nada es ni justo, ni injusto; si ninguna accion no es, ni buena ni mala; si el vicio y la virtud no tienen juntos ninguna oposicion verdadera, y no son diferentes sino en el nombre, ¿por qué, pues, los hombres han establecido leyes para recompensar las buenas acciones, y castigar los delitos? ¿Para qué las vergüenzas y los suplicios contra los criminales?

Luego hay, mi querido Teotimo, una diferencia real entre el bien y el mal moral, ó lo que es lo mismo, hay acciones que por sí mismas, y de su fondo son buenas y loables, y otras que por sí mismas, y de su naturaleza son malas y dignas de castigo. Nosotros nos vemos obligados, á pesar

nuestro, á convenir en ello; porque lo sentimos así en nosotros mismos, y lo vemos en su esencia. No miramos estas acciones como buenas ó malas, porque así nos lo han dicho, sino porque la conformidad, ó la oposicion que tienen con el orden inmutable, cuya idea está en nosotros, despierta y hiere nuestros entendimientos, y los convence de tal modo, que no podemos defendernos. La diferencia que hay entre el bien y el mal moral, no es una diferencia de convencion ó preocupacion, sino una diferencia independiente de todas las preocupaciones y de todos los convenios; y en fin, una diferencia inherente á la naturaleza de nuestras acciones, y sacada de su fondo.

Convenimos en que los hombres pueden mirar un vicio particular, como una virtud; y recíprocamente una virtud como un vicio. Egemplos hay de ello que no pueden contestarse. Se sabe haber sucedido, no solo á particulares sino á pueblos enteros,

el haber caído en este error.

Pero advierte, Teotimo, 1.^o, que jamás en ningun hombre, y con mas razon, en ningun pueblo, las ideas han estado de tal modo confundidas, que se ha tomado todo vicio por virtud, y toda virtud por vicio; ó todos los vicios por virtudes, y todas las virtudes por vicios.

2.^o Que jamás han visto pueblo alguno, ni hombre, puede ser que no haya reconocido ni vicio ni virtud; y que haya mirado todas las acciones como indiferentes en sí mismas. 3.^o Que hay ciertas virtudes que siempre lo han sido en todas partes; y ciertos vicios que han sido mirados siempre como tales en todas las naciones. 4.^o Que jamás se ha hallado pueblo alguno, ni hombre alguno puede ser, cuyas ideas no hayan podido rectificarse, cuando habia cambiado alguna virtud en vicio, ó algun vicio en virtud. Nosotros tenemos por consecuencia en nosotros mismos nociones claras, precisas é indelebles del bien y del mal moral, del vicio y de la vir-

tud, y no podemos perder estas ideas, sino cambiando de naturaleza.

De la existencia del bien y el mal moral, mi amado Teotimo, es preciso concluir necesariamente la de la libertad humana. No puede probarse la primera verdad sin demostrar la segunda. Porque si los hombres no son libres; esto es, si obran siempre por necesidad, y no por eleccion; ó lo que es lo mismo, si una fuerza secreta, pero irresistible, los determina en todas las elecciones; si no son jamas verdaderamente los dueños de elegir entre dos ó mas partidos que se ofrecen; es evidente que la naturaleza sola, ó si se quiere, la fatalidad ó el Ser Criador, es el solo responsable de sus acciones; los hombres no deben dar entonces cuenta de nada. Cada hombre hace siempre lo que debe hacer, porque no puede jamas hacer sino lo que hace. Ninguno de ellos es ni bueno ni malo, ni culpable ni inocente, ni vicioso ni virtuoso.

Sobre esto tienes tambien el consen-

timiento de todos los pueblos. El género humano no ha variado jamas en sus opiniones sobre este punto. Si se han hallado algunos filósofos que hayan escrito ú hablado contra la libertad del hombre, sea por vanidad ó por parecer superiores á las preocupaciones vulgares, sea por un extravío de entendimiento, que apenas puede concebirse, no han persuadido por cierto de ello á ningun pueblo, y ni aun ellos mismos lo han quedado. Siempre se les ha visto en la práctica conducirse en consecuencia del dogma de la libertad, y como personas que suponian su existencia y realidad.

Todas las leyes suponen la libertad, como reconocida y confesada de todo el mundo. Sin esto serian aquellas ridículas, injustas y crueles; sobre todo las que establecen penas contra los malhechores. ¿Qué dirias, Teotimo, si vieras formarse un Tribunal de Jueces con grande aparato para pronunciar sentencia de muerte contra un leon ó un lobo que hubie-

ra degollado á una oveja? Los tratarías de locos. Ahora, si los hombres no son libres, ve ahí lo que son nuestros Tribunales cuando se juntan los Jueces para sentenciar á un asesino ó á un ladrón de camino real. Porque, en fin, aunque hay diferencia entre el hombre y el león, si el hombre no es libre, no es menos cierto decir, que el asesino fue determinado á matar á su semejante por un impulso tan necesario, como el que tuvo el león para degollar la oveja. Mátese al asesino, si se quiere, como se mata al león; pero sin reprenderle y sin difamarle. Que le maten, sintiendo su desgracia, mas no echándole en cara su delito.

Mas, ¿para qué hemos de buscar fuera de tí pruebas de tu libertad, cuando tu las tienes dentro de tí, y á las cuales no puedes dejar de rendirte? Me parece que hago aquí lo que un hombre que tragese testigos para certificarte que veias el Sol, que vivias, que pensabas, que andabas, &c. porque tu sientes que eres libre, y no

hay nada que sientas mejor, nada de que mas frecuentemente hagas experiencia que de esta verdad; y si yo quisiera persuadirte á que este sentimiento no está en tí, ó que te engaña, me despreciarías. El conocimiento del sentimiento, mi querido Teotimo, es el mas fuerte y el mas persuasivo de todos los conocimientos. Si el sentimiento que tu tienes de tu libertad te engaña; si la aprobacion interior que te das á tí mismo cuando haces bien, y la desaprobacion que pronuncias tambien contra tí mismo, á pesar tuyo, cuando haces mal, fuera una ilusion; Dios sería ciertamente la causa, y el que te engañaba. Ahora, nada sería mas indigno de su santidad, de su justicia, de su bondad y de su magestad, que el burlarse así de tí, y de todo el género humano contigo.

Terminemos esta Conferencia, mi amado, Teotimo, por una observacion que esparcirá una gran claridad sobre todo lo que acaba de decirse, y que te causará tanto mas placer cuan-

to no es mas que el desenrollo de lo que ha pasado en tí hasta ahora, sin que lo hayas advertido, ó á lo menos sin que de ello te hayas dado cuenta á tí mismo.

El hombre experimenta sin cesar en sí mismo una doble impresion, de las cuales la una le impulsa á desear la dicha en general; y la otra le lleva á desear los bienes particulares, que se representa como capaces de contribuir á su felicidad. La segunda de estas impresiones nace de la primera; pero aunque la primera sea invencible, la segunda no lo es por eso. ¿Cómo lo sabemos? Porque lo sentimos. Yo siento en mí muy distintamente, que la impresion ó el instinto que me impulsa á desear la dicha en general es insuperable; que no puedo sustraerme de su imperio, y que haré vanos esfuerzos para ello. Yo siento en mí mismo muy distintamente tambien, que la impresion que me lleva á desear los bienes particulares, está sometida á mi voluntad, y que soy dueño de moderarla,

de reprimirla, á veces de ahogarla enteramente; y que en fin, yo soy siempre árbitro de no obedecerla, y es imposible que sobre esto me alucine.

Porque Teotimo quiere ser feliz, ha abrazado el partido de la virtud. Porque Cleanto quiere ser dichoso, se ha abandonado al vicio. Sin embargo, el primero no está obligado á colocar su dicha en la virtud, ni el segundo á colocar la suya en el vicio. ¿Cómo lo probaré? Con su mismo testimonio. Porque Teotimo, á quien hablo, siente en sí mismo, que no ha estado, ni está sino en él, el ser vicioso, y sobre ello tiene experiencias que deben hacerle temblar. Cleanto conoce muy bien por su parte, que en él ha estado, y está todavía el ser virtuoso, y tiene sobre ello experiencias que deben causarle la mas justa confusion. Teotimo conoce, como Cleanto, las dulzuras del vicio: Cleanto conoce los atractivos de la virtud, asi como Teotimo. Pues ¿por qué el prime-

ro ha preferido la virtud al vicio? Porque ha querido. ¿Por qué el segundo ha preferido el vicio á la virtud? Porque ha querido. Cuando esten de buena fe, no podrán ni el uno, ni el otro, responder de otro modo á los que le pregunten la razon de la diversidad de sus elecciones, porque su propia conciencia no les responde otra cosa á ellos mismos.

Si me preguntas, por qué la impresion que nos lleva á desear los bienes particulares está sumisa á nuestra voluntad; te responderé, que porque estos bienes se presentan siempre á nuestra imaginacion, como bajo dos aspectos, y como que son á la vez bienes bajo una cierta relacion, y males bajo otra. Por egemplo, la virtud nos ofrece atractivos que enagenan nuestra alma; pero el practicarla, cuesta combates muy penosos y grandes sacrificios. El vicio nos presenta una deformidad que causa horror, porque arrastra tras si el oprobio y la infamia; pero tambien tiene dulzuras y atractivos que seducen. Esto es lo que hace

que el hombre pueda deliberar, y delibere en efecto tan frecuentemente entre la virtud y el vicio. Esto es lo que hace que la eleccion que el hombre hace de la virtud sea loable y meritoria, y que la que hace del vicio, sea condenable y digna de castigo; en una palabra, esto es lo que hace que el hombre sea libre.

Recopilemos en pocas palabras, mi amado Teotimo, todo lo que acabamos de decir. El hombre conoce evidentemente que hay acciones que son buenas, y otras que son malas; y él ve entre el vicio y la virtud una diferencia que está en la naturaleza del uno y de la otra.

El hombre es libre; esto es, que es dueño de sus determinaciones y de sus deliberaciones; que puede á su gusto abrazar el vicio ó la virtud, y hacer lo bueno ó lo malo.

El hombre tiene la conciencia del mérito ó del demérito de sus acciones. A pesar que la tiene, se aprueba el bien que hace, y condena el mal que practica. En fin, ello es evidente que Dios

es quien ha dado al hombre estas luces y estos sentimientos.

¿Qué se sigue de aquí, mi querido Teotimo, sino que Dios ha hecho el hombre para practicar el bien, y evitar el mal, practicar la virtud, y huir el vicio? Todo esto es muy evidente; y por esto mismo es evidente tambien, que hay una ley de naturaleza, que no es mas sino la luz de la razon, y la voz de nuestra conciencia, que nos muestran claramente lo que es conforme al orden, y lo que á él se opone; y que nos enseña al mismo tiempo, que nosotros debemos estar siempre en el orden; ley tan antigua como el mundo; ley grabada en nuestras almas con caracteres indelebles. Nosotros podemos muy bien obscurecer algunos de los preceptos de esta ley; pero no podemos borrar enteramente uno solo, á lo menos de los principales, y mucho menos borrarlos todos.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

P. ¿Es permitido todo igualmente á los hombres?

R. No: todo no es igualmente permitido á los hombres; hay acciones que son buenas por su naturaleza, y otras hay que son malas por sí mismas.

P. ¿Cómo sabéis que hay acciones que son buenas, y otras que son malas por su naturaleza?

R. Yo sé que hay acciones que son buenas, y otras malas por su naturaleza, porque la luz de la razon me lo enseña evidentemente. Yo lo sé por el aprecio y por el amor que, á pesar mio, tengo á los buenos, y por el desprecio y aborrecimiento

que siento por los malos. Lo sé por mi conciencia, que me aprueba siempre el bien que hago, y que jamas deja de condenarme lo mal que obro.

P. Si creéis que ciertas acciones son buenas, y ciertas otras malas, ¿es porque vuestros padres ó maestros os lo han enseñado?

R. No; porque yo he comprendido muy bien por mi mismo, que ciertas acciones eran malas, y era preciso no hacerlas; y cuando me han dicho que ciertas acciones eran malas, aunque jamas hubiera pensado en ello, me ha sucedido cuasi siempre el ver al instante, por mi propia razon, que ello era cierto.

P. ¿El hombre es libre?

R. Si, señor: el hombre es libre; esto es, dueño de sus determinaciones y de sus elecciones; y puede como le parezca obrar ú no obrar, practicar el bien ó el mal, y proceder de un modo ó de otro.

P. ¿Cómo sabéis que el hombre es libre?

R. Yo sé: 1.º, que el hombre es

libre, desde luego por mi mismo, porque conozco muy bien que lo soy. 2.º: Porque es una verdad en la cual todos los hombres, sin excepcion, convienen, á lo menos en la práctica. 3.º: Porque si el hombre no fuera libre, no habria diferencia entre el bien y el mal, ó mas bien, porque nada seria bien ni mal, si cada uno hacia por necesidad y precision lo que hacia. 4.º: Y porque si los hombres no fueran libres, todas las leyes que han sido hechas para reprimir y castigar los malos serian injustas y crueles.

P. ¿Pero puede ser que el sentimiento que teneis de vuestra libertad os engañe, y engañe tambien á todos los demas hombres?

R. Esto es como si digerais que Dios me engaña, y engaña conmigo á todos los hombres; y este es un absurdo, y una horrible blasfemia. Nosotros no nos hemos dado á nosotros mismos este sentimiento, sino que lo hemos recibido, y no podemos deshacernos de él. Este sen-

timiento viene, pues, de Dios.

P. ¿Qué conclusis de la diferencia que hay entre el bien y el mal moral: del conocimiento que teneis del uno y del otro; y en fin, de la libertad que tenemos de hacer lo uno ú lo otro?

P. Yo concluyo, que Dios quiere que los hombres, de quienes es el Criador y el dueño, hagan el bien, y eviten el mal, supuesto que les hace conocer de una vez así el bien, y la obligacion en que estan de hacerlo, como el mal, y la obligacion que tienen de evitarlo; y que por consiguiente hay una ley natural, grabada por la mano de Dios en el espíritu y en el corazon de todos los hombres.

TERCERA CONFERENCIA.*

Sobre la necesidad y la existencia de una Religion.

Tu conoces por solo las luces de la razon, mi querido Teotimo, que hay un Dios; esto es, un Ser eterno, y soberanamente perfecto; que ha criado el mundo, y que lo gobierna; que te ha criado á tí mismo, y que es tu dueño absoluto. Ahora este Dios, Criador del mundo, y Criador tuyo, te ha dado el conocimiento del bien y del mal moral, en el momento que tu corazon comenzó á desenvolverse, y en este mismo momento te hizo conocer la obligacion que tienes de abrazar lo uno, y evitar lo otro. Luego estas obligado á practicar el bien, y á huir el mal. Dios al criarte te ha dado una ley que llamamos la ley natural. Esta ley te impone diferentes obligaciones que debes cumplir siem-

timiento viene, pues, de Dios.

P. ¿Qué conclusis de la diferencia que hay entre el bien y el mal moral: del conocimiento que teneis del uno y del otro; y en fin, de la libertad que tenemos de hacer lo uno ú lo otro?

P. Yo concluyo, que Dios quiere que los hombres, de quienes es el Criador y el dueño, hagan el bien, y eviten el mal, supuesto que les hace conocer de una vez así el bien, y la obligacion en que estan de hacerlo, como el mal, y la obligacion que tienen de evitarlo; y que por consiguiente hay una ley natural, grabada por la mano de Dios en el espíritu y en el corazon de todos los hombres.

TERCERA CONFERENCIA.*

Sobre la necesidad y la existencia de una Religion.

Tu conoces por solo las luces de la razon, mi querido Teotimo, que hay un Dios; esto es, un Ser eterno, y soberanamente perfecto; que ha criado el mundo, y que lo gobierna; que te ha criado á tí mismo, y que es tu dueño absoluto. Ahora este Dios, Criador del mundo, y Criador tuyo, te ha dado el conocimiento del bien y del mal moral, en el momento que tu corazon comenzó á desenvolverse, y en este mismo momento te hizo conocer la obligacion que tienes de abrazar lo uno, y evitar lo otro. Luego estas obligado á practicar el bien, y á huir el mal. Dios al criarte te ha dado una ley que llamamos la ley natural. Esta ley te impone diferentes obligaciones que debes cumplir siem-

pre; porque es evidente que no te se puso en posesion del ser que tienes, sino con la condicion de que las cumpliras.

Tu conoces, Teotimo, que tienes deberes que cumplir con respecto á tí mismo, como son el velar en la conservacion de tu cuerpo, perfeccionar tu entendimiento con la adquisicion de los conocimientos que te son necesarios, y tu corazon con el amor y la práctica de la virtud.

Tu conoces tambien, que tienes obligaciones que llenar ácia tus semejantes, y son la justicia, la beneficencia y el agradecimiento.

Ahora te pregunto ¿si no conoces tambien que debes alguna cosa á Dios, á este Ser que es soberanamente perfecto; que te ha criado, y que ha criado el mundo para tí; que te conserva, y que te colma cada dia de beneficios? ¿Crees que te es permitido mostrarte indiferente con él, olvidarle, y no rendirle homenaje alguno? ¿No comprendes que es digno de toda tu admiracion, por su escelencia; de toda

tu sumision, á causa del soberano dominio que egerce sobre tí; de todo tu amor, y de toda tu confianza, por sus beneficios? Sí, Teotimo, tu concibes que Dios merece todos tus homenages; y el cielo me preserve de juzgar mal de tu entendimiento y de tu corazon, para pensar lo contrario. Ahora, si Dios merece todos los homenages de tu parte, tu se los debes, y si se los debes él los exige; porque siendo infinitamente Justo, é infinitamente Santo, como lo es, debe querer que tu estes en el orden: todo esto es evidente.

En vano se diria que los homenages de los hombres no sirven á Dios de utilidad alguna; que no es mas dichoso cuando los recibe, ni menos dichoso cuando no los recibe. Se conviene en esto; pero no es de esto de lo que se trata. Trátase aqui de saber si es conforme al orden que la criatura honre y ame á su Criador, que sea reconocida á sus beneficios, sumisa á sus leyes; y si lo contrario, es opuesto al orden. Si Dios ve esta

conformidad y esta oposicion: si aprueba la criatura que le honra, que le ama, que obedece sus leyes, y que confía en él; y si desaprueba la criatura que hace lo contrario; y en fin, si aprobando la una, y desaprobando la otra, las mira sin embargo de un mismo modo á las dos, y las ama igualmente. ¿Qué piensas, Teotimo, y qué te dicen sobre esto tu razon y tu corazon? ¡Ah! Teotimo, en tus ojos leo tu respuesta. Ese movimiento, lleno de viveza y ardor en que te veo, me descubre el fondo de tu alma, y me dice elocuentemente todo lo que piensas. Sí; tu comprendes que conociendo Dios todo lo que le es debido por su criatura, debe exigir necesariamente que esta le satisfaga lo que le debe, aprobándola, amándola y recompensándola cuando cumple con esta obligacion; y desaprobándola, aborreciéndola y castigándola cuando se niega á ello.

¿Puede concebirse, que habiendo Dios criado al hombre, y héchose conocer á él, habiéndolo hecho capaz

de adorarle, de amarle, de someterse á él; habiéndole hecho conocer, que nada es tan justo como el rendir todos sus homenajes á su Criador, haya querido sin embargo dispensarlo de ello? ¿Puede concebirse que Dios haya podido prescribir al hombre obligaciones ácia sus semejantes, y eximirlo de toda obligacion ácia aquel que lo ha criado? Pero si fuera así, ¿habria, pues, Dios hecho al hombre para ser un monstruo?

Cuando te hablan de un hijo bien nacido, que honra á su padre, le ama, y le tiene una obediencia fiel, tu estimas á este hijo y le amas. Cuando te hablan de un hijo descastado, que mira á su padre con indiferencia y con desprecio, este hijo te horroriza. ¿Y veria Dios con los mismos ojos al hombre que ofrece homenajes puros y sinceros á su Criador, y al que no le rinde ninguno? ¿Seria, pues, Dios menos justo que tu, y te habria hecho mejor que él lo es?

Concluyamos, pues, que el hombre debe á Dios un culto interior,

que consiste en la adoracion, amor, alabanzas, reconocimiento y confianza, y que Dios exige este culto del hombre, y que por consecuencia hay una religion; porque la religion no es otra cosa sino un culto proporcionado á la grandeza de Dios, y á la naturaleza del hombre, que el hombre rinde á Dios.

Digo mas, Teotimo: si queremos reflexionar, veremos que el hombre no debe solamente á Dios un culto interior, sino tambien un culto exterior, que consiste en manifestar afuera, por los movimientos y las acciones del cuerpo, los sentimientos de que hemos hablado. 1.º: Porque el cuerpo debe honrar á Dios á su modo, así como el espíritu, supuesto que Dios no ha criado menos el cuerpo que el espíritu. 2.º: Porque el hombre debe honrar á su Criador de un modo conforme á su naturaleza; ahora, es propio de la naturaleza del hombre, que el cuerpo y el alma no formen sino un todo, y que su accion sea una é indivisible: de suerte, que

si el culto que damos á Dios fuera siempre puramente interior y oculto en el fondo de nuestras almas, y que el cuerpo no tuviera jamas parte en él; este culto seria no solo imperfecto y defectuoso, sino tambien, y en algun modo contrario á la naturaleza del hombre.

Tambien puede decirse que un culto semejante es imposible. En efecto, si quieres observarte á tí mismo, verás que el alma no se afecta jamas de sentimiento alguno, sin que este sentimiento, si es algo vivo, no se manifieste al instante en el exterior por algun movimiento del cuerpo, propio para esplicarlo; y este movimiento es tan pronto, y concurre con tanta precision con el del alma, que no sabe si es el alma, ó es el cuerpo el que comienza. Supon un hombre penetrado ácia Dios de respeto y de amor, lleno de admiracion, de sus perfecciones, de reconocimiento á sus beneficios, de confianza en su bondad; y aunque tu la tengas, te representarás á este hombre ya prosterna-

do humildemente delante de Dios, ya cantando sus alabanzas y celebrando su bondad, ya levantando los ojos y las manos al cielo con un enagenamiento el mas vivo, y sentirás que tu harás todo esto mismo, cuando estos felices sentimientos se hayan hecho dueños de tu alma.

No es, pues, solamente una impiedad, sino una locura, Teotimo, el pretender con ciertos espíritus perversos de nuestro siglo, que no debemos á Dios sino un culto interior; porque despues de lo que hemos dicho, es evidente, por el buen juicio mismo, que no solo es una parte del hombre, sino el hombre todo entero, el que debe honrar á Dios. Ahora, si el culto que damos á Dios fuera puramente interior, ya no seria todo el hombre, sino una simple parte del hombre la que le daba este culto.

Hemos visto que el hombre debe á Dios un culto interior, y un culto exterior, ¿pero no le debe mas? Reflexionemos sobre esto, y si la razon y la buena fe nos conducen, veremos que

el hombre debe todavia á Dios la profesion abierta y declarada del culto que le rinde. ¿Por qué? Porque sabiendo todos los hombres que cada uno de ellos tiene obligacion de conocer á Dios, de adorarle y de servirle, es para cada uno de ellos una obligacion el cumplir estos deberes á la vista de todos los otros; de otro modo pasaria por un atesta, ó por un impio. Tu quieres que todos tus conciudadanos sepan que eres fiel vasallo de tu Rey, y á fin de que lo sepan, cumples públicamente con todos los deberes de un vasallo fiel.

Con mas razon debes querer que todos tus semejantes sepan que eres un verdadero servidor de aquel Rey Supremo é inmortal, que egerce su imperio sobre toda la naturaleza; y por eso es menester que le honres á la faz del universo. En esto estriba y consiste toda tu gloria.

En fin, mi amado Teotimo, si queremos consultar á la razon, ella nos enseñará también que las familias, las sociedades, los pueblos, las naciones y

todo el género humano, deben rendir al Ser Supremo, ó en cuerpo, ó por diputados que lo representen, un culto público, que consiste principalmente en los sacrificios, en la celebracion de las fiestas solemnes, en el canto de las alabanzas de Dios; porque Dios es el Autor, el Protector, el Legislador, y el Bienhechor de todas las sociedades y de todo el género humano, que no es mas sino una grande familia, de la cual es el Padre.

Noe, al salir del Arca, ofreció á Dios sacrificios en su nombre, y en nombre de toda su familia, que componia entonces todo el género humano. Job ofreció frecuentemente sacrificios á Dios por sus hijos.

Todas las naciones han estado en este uso, y la historia es garante de ello.

Por todas partes se encuentra un culto público, dado á la divinidad en nombre de las naciones, por los sacrificios, las fiestas, los votos, las plegarias, el canto de los cánticos, &c. Este culto era diferente en diferentes pueblos; pero ellos obraban bajo un

mismo principio. Este culto era mas ó menos razonable, mas ó menos grosero: á veces era cruel, impio, y tambien infame, segun los diversos caractéres de los pueblos, y segun las diferentes supersticiones que reinaban entre ellos. Pero en todos habia el mismo fundamento, que era la necesidad indispensable de honrar al Ser Eterno que domina sobre todas las naciones. El manantial era puro, pero los raudales que se formaban de él, estaban emponzoñados por la cualidad de la tierra, sobre la cual corrian.

CATECISMO

DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad y la existencia de una religion.

P. ¿Qué es la Religion?

R. La Religion es un culto que el hombre da á Dios para honrarle como

Tom. I.

á Ser Supremo, como á su Criador, su Bienhechor y su Dueño absoluto.

P. ¿Cuántas especies de culto hay?

R. Hay tres especies de culto: el culto interior, el culto exterior, y el culto público.

P. ¿Qué es el culto interior?

R. El culto interior es aquel que rendimos á Dios por los homenajes de nuestro espíritu y de nuestro corazón, como la adoración, el amor, el reconocimiento, la sumisión y la confianza.

P. ¿Qué es el culto exterior?

R. El culto exterior es aquel que damos á Dios, manifestando exteriormente por nuestras acciones, los sentimientos que tenemos á su grandeza. Tales son los sacrificios, las ofrendas, las prosternaciones para adorarle, el canto de sus alabanzas, y las oraciones vocales.

P. ¿Deben los hombres un culto á Dios?

R. Sí, sin duda: los hombres deben á Dios un culto: este es el primero y mas esencial de sus deberes. ¿Qué cosa hay mas justa, en efecto, de parte de

los hombres, que adorar y bendecir al Ser Supremo que los ha criado, y que los colma todos los días de mil beneficios, y someterse á su voluntad de todo corazón!

P. ¿Qué especie de culto deben los hombres á Dios?

R. Los hombres deben á Dios un culto interior, un culto exterior, y un culto público.

P. ¿Por qué deben los hombres á Dios un culto interior?

R. Los hombres deben á Dios un culto interior, porque solo está en él es proporcionado á la naturaleza de Dios, que siendo espíritu, quiere ser adorado en espíritu y verdad, como lo dice Jesucristo mismo: el culto exterior sin el interior, no sería sino un juego y una irrisión.

P. ¿Por qué deben los hombres á Dios un culto exterior?

P. Los hombres deben á Dios un culto exterior: 1.^o, porque es preciso que el cuerpo del hombre honre á Dios á su modo, así como su espíritu, supuesto que Dios no hizo me-

nos al uno que al otro: 2^o, porque el hombre debe honrar á Dios de un modo conforme á su naturaleza; y porque es propio de la naturaleza del hombre el manifestar sus sentimientos interiores con acciones exteriores y sensibles.

P. ¿Por qué deben los hombres á Dios un culto público?

R. Los hombres, quiero decir, las sociedades diferentes que componen el género humano, deben á Dios un culto público; esto es, un culto dado á este Ser Supremo por estas sociedades en cuerpo (ó en su nombre por los que la representan); porque Dios es el Criador, el Soberano, el Protector, y el Bienhechor de las sociedades, así como de cada hombre en particular.

P. ¿Exige Dios estos cultos de los hombres?

R. Sí: Dios exige estos diferentes cultos de parte de los hombres, porque siendo Dios la misma justicia y santidad, debe querer que los sentimientos y la conducta de los hombres

sean conformes al orden; lo que no sucedería, si los hombres no le rindiesen los diferentes cultos de que hablamos.

P. ¿Luego hay una Religion?

R. Sí: hay una Religion. Esto es evidente, segun quanto hemos dicho hasta aquí.

P. ¿Han reconocido siempre los hombres que debian á Dios los diferentes cultos que se han dicho?

R. Todas las historias testifican que todos los pueblos del mundo han rendido á Dios los diferentes cultos de que hemos hablado.

CONFERENCIA APARTE (a).

Sobre la religion que dió Dios al primer hombre y á sus descendientes hasta Jesucristo.

En el momento que Dios crió al hombre, mi querido Teotimo, se manifestó á él, y le hizo conocer distintamente las relaciones que con él tenía. En este momento, pues, comprendió el hombre de un modo neto y

(a) Colóco aquí esta Conferencia aparte, porque no tiene una conexion absolutamente necesaria é indispensable con la que la ha precedido, y la que la sigue inmediatamente; y porque por otro lado, la mayor parte de los puntos de que trato en ella, suponen la divinidad de las santas Escrituras, y la autoridad de la Iglesia, reconocidas por el que instruyó lo que aún no ha llegado (como se ve bastantemente). Esta Conferencia me ha parecido necesaria para prevenir las dificultades que la que la sigue pudiera hacer nacer en los espíritus.

preciso, todo lo que debía á Dios como á Ser Supremo, como á su Creador, como á su absoluto Señor, como á su último fin, como aquel de quien dependia enteramente, y de quien esperaba toda su felicidad.

Dios grabó tambien en este momento en el espíritu del hombre la idea del orden; y en esta idea le enseñó todos sus deberes. Cuanto digo aquí, Teotimo, está probado por sí mismo. Porque es evidente por una parte, que siendo Dios infinitamente Sabio, se debía á sí mismo el dar al hombre al criarlo todos los conocimientos que pudiesen por sí poner en egercicio las facultades, de las cuales le habia provisto, y dirigirlas ácia su verdadero objeto; y es constante por otra parte que todos los hombres que nacen del primer hombre, hallan en sí mismos el fondo de todos estos conocimientos, desde que empiezan á gozar de su razon. Esto es lo que hemos manifestado en las Conferencias precedentes, y de ellas hemos concluido la

existencia de la Religion natural. Ello es cierto, que en todos los tiempos ha sido posible á los hombres el conocer la existencia de un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra, y sus principales atributos, ó sus principales perfecciones: que en todos los tiempos les ha sido posible el conocer lo que debian á Dios, considerado en sí mismo, y segun las relaciones que tiene con el hombre: que en todos los tiempos les ha sido posible el conocer lo que se debian á sí mismos y á sus semejantes; y que la ignorancia en que han vivido sobre todos estos puntos, ha sido siempre inescusable, como dice San Pablo.

Ve aqui, Teotimo, una idea sumaria, y como un plan abreviado de la Religion natural. Esta Religion, como ves, encierra dogmas, cuya verdad concibe facilmente el entendimiento del hombre; y preceptos, de los cuales el corazón humano ve toda la equidad. Se llama esta Religion la Religion natural, porque

resulta inmediatamente de la naturaleza del hombre, ó de las relaciones que este tiene por su naturaleza con Dios, consigo mismo, y con sus semejantes. Se llama tambien la Religion natural; porque nace en algun modo en el hombre, en el momento que nace el mismo hombre; porque por poco que este quiera reflexionar, encuentra los principios de esta Religion grabados en su entendimiento y en su corazón; en fin, se llama la Religion natural, porque es inmutable, y conviene al hombre en todos los estados donde puede considerársele; esto es, sea que se le considere como criado en el puro estado de naturaleza, y dejado en su condicion natural; sea que se considere como elevado á un estado sobrenatural, y destinado á un fin sobrenatural; y sea en fin, que se le considere como degradado por el pecado; y ello es cierto, que todas las leyes que Dios podia dar á los hombres han debido tenerlas, y que todas las leyes que él les ha dado, han tenido

en efecto por fundamento la Religión natural. Dios ha añadido á esta Religión revelaciones y preceptos positivos; pero jamas ha cambiado nada á esta Religión, como lo veremos ampliamente en adelante.

1.º Dios habria podido criar al hombre en el estado de pura naturaleza; esto es, que criándole habria podido contentarse con haberle dado lo que era debido á la naturaleza, y por consecuencia haberle criado sujeto á la concupiscencia, y destinado á gozar de una felicidad puramente natural. Pero este Ser Supremo no lo hizo así con el hombre: tuvo acerca de él las mas grandes miras; y no solo fue liberal sino magnífico con él. Adán fue criado exento de la concupiscencia que nos tiraniza; y perfectamente dueño de todos los movimientos de su alma, los cuales ni prevenian ni perturbaban su razon. Dios esparció en su espíritu las mas vivas luces: le dotó de la gracia santificante; y así le hizo su hijo adoptivo, y heredero legítimo de su Rey-

no. Adán, criado en este estado sobrenatural, no debia morir, sino ser transportado desde el paraíso terrenal, donde Dios le habia colocado, al cielo, para ver en él á Dios intuitivamente, y poseerle durante toda la eternidad. Dios reveló á Adán las grandes miras que tenia sobre él, y al mismo tiempo le prohibió el comer del fruto del arbol llamado de la ciencia del bien y del mal, declarándole, que en el momento que lo comiese, seria despojado de todos sus privilegios, abatido hasta mas abajo de su condicion natural, sujeto á la muerte, y víctima declarada de la condenación eterna. Vé aqui, pues, en el estado de inocencia, una revelación y un precepto positivo.

2.º El hombre se atrevió á comer del fruto del arbol llamado del conocimiento del bien y del mal, á pesar de la prohibicion que el Señor le habia puesto; y por esta desobediencia experimentó todas las penas con que Dios le amenazó; y ademas, por un juicio de Dios muy justo, aunque muy

impenetrable, todos los hombres que debían nacer de él, fueron envueltos en su condenacion.

3.º Dios tuvo piedad de Adan y de su desdichada posteridad, y prometió un Salvador, que en el tiempo señalado en los decretos de su sabiduría, repararía plenamente el pecado del primer hombre, y todas las consecuencias de este pecado. Con respecto á los futuros méritos de este Salvador, dió á Adan la gracia de la penitencia, se reconcilió con él, y lo restableció en los privilegios esenciales de su primer estado. Todos los descendientes de Adan fueron comprendidos en esta reconciliacion, pero con ciertas condiciones. Estas condiciones fueron, que creerian en el Mesias ó Salvador prometido de Dios, y que cumplirian fielmente los preceptos de la Religion natural, con el socorro, y con los movimientos de la gracia que se les daría con anticipacion sobre el fondo de los méritos futuros de este Salvador. La fe del Mesias podia borrar solamente el pe-

cado original, que todos los hombres debían traer al venir al mundo, como nacidos de Adan; y no habia mas que la fe en este Mesias, unida á las gracias dadas en vista de sus futuros méritos, que pudiera hacer á los hombres capaces de practicar obras meritorias para su salvacion.

Ve aquí, Teotimo, una segunda revelacion, á la cual pueden tambien añadirse los preceptos positivos que Dios impuso á los hombres de santificar el séptimo dia, y de ofrecerle sacrificios, tanto para que reconociesen su dominio soberano sobre ellos, como para que le rindiesen el homenaje de todos los bienes que recibian de su mano; porque parece muy verosimil, que el uso practicado por los hombres desde el principio del mundo, y recibido en seguida en todos los pueblos, de honrar la Divinidad con sacrificios, viene de Dios mismo.

Adan tuvo, pues, una revelacion interior, y una revelacion exterior. Una revelacion interior, por la cual

Dios le hizo conocer su existencia y sus principales atributos, y grabó en su alma la idea del orden, y con esta idea la de todos sus deberes. Una revelacion exterior, por la cual Dios le anunció y prometió el Mesias futuro, que debia ser su Salvador, y el de toda su posteridad, y le dió las leyes positivas de que hemos hablado.

Así la Religion de Adan fue como un compuesto de la Religion natural, y de la fe del Mesias: de la Religion natural, que era la basa y el fondo de la Religion de Adan; de la fe del Mesias, que era la perfeccion de esta religion; porque debia santificar la práctica de la religion natural, y dirigirla ácia un fin sobrenatural. Tal fue la Religion que Dios dió á Adan; y esta religion, considerada en esta forma precisa, era la que todo el género humano, á escepcion del pueblo Judayco, debia practicar hasta la venida del Mesias. Esta religion fue tambien el fundamento de la de los judios, y es asimismo

el de la de los cristianos. Porque la principal diferencia que hay entre la religion que fue dada á los judios por el ministerio de Moyses, y la que fue dada por Dios á Adan, á Noe y á Abraham, consiste en que el Mesias prometido fue revelado al pueblo Judayco de una manera mas circunstanciada por sus profetas, y que este pueblo fue especialmente escogido de Dios para figurar al Mesias en las ceremonias de su culto. Y la principal diferencia que se halla entre el pueblo Cristiano y el pueblo Judayco consiste en que los judios creian y figuraban el prometido Mesias, en vez que los cristianos creen en el Mesias que vino; y así todo ha caminado siempre sobre la fe del Mesias; por lo que jamas ha habido en el mundo sino una religion verdadera.

4.^o Observa aqui, Teotimo, que poco tiempo despues del diluvio universal; esto es, desde los tiempos de Abraham, la fe del Mesias començó á obscurecerse en el mundo; que el mal fue creciendo siempre; y que pa-

rece por todas las historias, que varios siglos antes de la venida del Mesias, ella estaba olvidada en todos los pueblos, escepto éntre los judios. Observa tambien que la Religion natural tuvo poco mas ó menos la misma suerte. Si no fue jamas enteramente olvidada, recibió por todas partes (escepto todavia entre los judios) alteraciones esenciales, segun las historias lo testifican, y como lo mostraremos bien presto.

De todo lo que hemos dicho, mi amado Teotimo, resulta, 1.^o: Que los hombres no habrian salido jamas de los errores contrarios á la Religion natural, en los cuales se habian empeñado por su culpa, sin el socorro de una revelacion exterior, y dicho propiamente, unida á la revelacion interior, que será la materia de la Conferencia siguiente. 2.^o: Que habiendo perdido los hombres la fe del Mesias, les era absolutamente imposible el recobrarla, á no ser por otra revelacion.

Sin embargo, en la Iglesia Católica se cree que Dios ha querido siem-

pre sinceramente salvar á todos los hombres; y sobre esto se pregunta, ¿como ha sido posible á los hombres el salvarse, mientras que por una parte su salvacion estaba unida á la fe del Mesias, y que por la otra la fe del Mesias se habia perdido en todas las naciones, escepto entre los judios.

Yo respondo, con los teólogos católicos, que todos los hombres han podido siempre conocer por la luz natural la existencia de Dios y sus principales atributos, y los primeros deberes que les imponia la ley natural: que han podido siempre, con la ayuda de la gracia, que jamas faltó á ninguno de ellos, cumplir fielmente estos deberes; y que no hay ninguno de aquellos que los han cumplido asi, á quien Dios no haya dado el conocimiento del prometido Mesias, ó por el medio del pueblo Judayco, ó por otros, que no han podido faltar nunca á un Ser Todo-Poderoso; y tu ves facilmente que esta respuesta resuelve la misma dificultad, con respecto á los infieles de nuestros tiempos.

pos, los cuales no han oído hablar jamás de Jesucristo.

No diremos mas hoy, mi querido Teotimo. En la conferencia que tendremos juntos mañana, volveré á tomar el hilo de las materias que me he propuesto explicarte; y despues de haberte puesto en el estado que te he supuesto hasta aqui, que es el de un jóven que no conoce religion alguna, ó que está indeciso entre todas las que conoce, te enseñaré la necesidad que hay de una religion revelada.



CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad de una religion revelada.

(a) En el momento que Dios crió al hombre, mi querido Teotimo,

(a) Suplico al lector no pierda aqui de vista, que Teotimo es un jóven que solo sabe que hay una religion natural; pero que

se manifestó á él, y le hizo conocer distintamente las relaciones que con él tenia. En este momento comprendió el hombre de un modo limpio y preciso todo lo que debia á Dios, como al Ser Supremo, como á su Cria-

por otra parte no conoce ninguna religion particular, ó que á lo menos está indeciso entre todas las religiones que conoce. Tal es, Teotimo, ó á lo menos se le supone tal de acuerdo con él. Asi ignora si el hombre ha sido criado en el estado de *pura naturaleza*, y destinado á un fin puramente natural, ó si Dios al criarlo lo elevó á un estado sobrenatural, y lo destinó á un fin sobrenatural. Ahora, es evidente que siendo Teotimo el que acabo de decir, es necesario mostrarle simplemente la necesidad de una revelacion, y explicarle los caracteres generales que esta revelacion ha debido tener, si es cierto que hubo una. Cuando se le haya probado que hay una revelacion, la recibirá como ella es; y en efecto está demostrado por los hechos, que largo tiempo antes de la venida de Jesucristo se habia hecho necesaria la revelacion al género humano, sea que el estado del hombre haya sido siempre el estado de *pura naturaleza*, ó un estado mas relevado.

pos, los cuales no han oido hablar jamás de Jesucristo.

No diremos mas hoy, mi querido Teotimo. En la conferencia que tendremos juntos mañana, volveré á tomar el hilo de las materias que me he propuesto explicarte; y despues de haberte puesto en el estado que te he supuesto hasta aqui, que es el de un jóven que no conoce religion alguna, ó que está indeciso entre todas las que conoce, te enseñaré la necesidad que hay de una religion revelada.



CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad de una religion revelada.

(a) En el momento que Dios crió al hombre, mi querido Teotimo,

(a) Suplico al lector no pierda aqui de vista, que Teotimo es un jóven que solo sabe que hay una religion natural; pero que

se manifestó á él, y le hizo conocer distintamente las relaciones que con él tenia. En este momento comprendió el hombre de un modo limpio y preciso todo lo que debia á Dios, como al Ser Supremo, como á su Cria-

por otra parte no conoce ninguna religion particular, ó que á lo menos está indeciso entre todas las religiones que conoce. Tal es, Teotimo, ó á lo menos se le supone tal de acuerdo con él. Asi ignora si el hombre ha sido criado en el estado de *pura naturaleza*, y destinado á un fin puramente natural, ó si Dios al criarlo lo elevó á un estado sobrenatural, y lo destinó á un fin sobrenatural. Ahora, es evidente que siendo Teotimo el que acabo de decir, es necesario mostrarle simplemente la necesidad de una revelacion, y explicarle los caracteres generales que esta revelacion ha debido tener, si es cierto que hubo una. Cuando se le haya probado que hay una revelacion, la recibirá como ella es; y en efecto está demostrado por los hechos, que largo tiempo antes de la venida de Jesucristo se habia hecho necesaria la revelacion al género humano, sea que el estado del hombre haya sido siempre el estado de *pura naturaleza*, ó un estado mas relevado.

ador, como á su Señor absoluto, y como á su último fin. En este momento grabó Dios tambien en el espíritu del hombre la idea del orden, y en esta idea le mostró todos sus deberes; y es constante que todos los hombres encuentran en sí mismos el fondo de todos estos conocimientos, desde que empiezan á gozar de razon, por poco que quieran escuchar su voz.

Es, pues, cierto que en todos los tiempos ha sido posible á los hombres el conocer la existencia de un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra, y sus principales atributos y perfecciones principales: que en todos los tiempos les ha sido posible conocer lo que debían á Dios considerado en sí mismo, y segun las relaciones que tiene con el hombre: que en todos los tiempos les ha sido posible conocer lo que se debían á sí mismos, y á sus semejantes; y que la ignorancia en que han vivido sobre todos estos puntos esenciales, ha sido siempre inexcusable, como lo dice San Pablo: luego estamos obligados á re-

conocer una religion natural. Esto es, mi querido Teotimo, lo que ayer te decia, y hoy te repito las mismas palabras, porque importa que se graben profundamente en tu espíritu.

Así cuando digo que la revelacion era necesaria á los hombres, no hablaba de una necesidad absoluta é indispensable. La ignorancia de la religion natural en que han vivido los hombres durante varios siglos, no era ni total, ni invencible: luego Dios no debia la revelacion á los hombres.

Esta revelacion era, pues, necesaria solamente en este sentido; que era muy cierto que los hombres no habrian salido jamas de las tinieblas de la idolatría, de la supersticion, y de las preocupaciones en que estaban sumergidos, si su luz propicia no hubiera venido á sacarlos de ellas.

Antes de entrar en materia, hagamos aqui una observacion importante: de que el género humano haya estado tantos siglos en tinie-

blas tales, que parecia que la religion natural se hubiese olvidado enteramente, no se deduce que hubo un tiempo en que la revelacion era absolutamente necesaria; pero al mismo tiempo, de lo que nosotros somos en los siglos muy ilustrados, donde la religion natural está conocida perfectamente, tampoco se deduce que la revelacion no haya sido jamas necesaria en el sentido que he explicado; porque es cierto, y no hay hombre de buena fe, que no se vea obligado á convenir en ello; es cierto, digo, que el género humano no tiene este conocimiento sino despues de la venida de Jesucristo, como lo manifestaremos en su lugar. Asi para juzgar bien de la necesidad de la revelacion, es menester transportarse á los siglos que precedieron á Jesucristo.

Esta necesidad, entendida en el sentido que digo mas arriba, está demostrada por los hechos; porque toda la historia nos enseña, que habiéndose una vez obscurecido las pri-

meras tradiciones, el género humano, semejante á un viagero, á quien la noche sorprende en un bosque cortado con mil sendas desconocidas, no supo cual seguir, y estuvo en una igual incertidumbre de lo que debia creer, y de lo que debia practicar. Las tinieblas crecian de siglo en siglo: las mas ridiculas y abominables supersticiones se multiplicaban hasta lo infinito: las mas insensatas preocupaciones se apoderaban de todos los espíritus, y formaban las costumbres de las naciones.

No eran solamente los pueblos bárbaros y salvages los que caian en estos errores y extravíos, sino los pueblos mas civilizados; como los Babilonios, los Egipcios, los Cartagineses, los Griegos y los Romanos. Estos pueblos sobrepujaban á todos los demas pueblos en talentos y conocimientos; y en los errores en materia de Religion, eran iguales á todos los otros. Entre ellos se veian grandes políticos, famosos guerreros, sublimes oradores, escelentes poetas, juiciosos

historiadores, pintores y escultores tan hábiles, que sus obras parecia disputaban el precio á las de la naturaleza; en una palabra, genios raros y eminentes en todo género. Ningun pueblo contemporáneo, ninguno de los que los precedieron, ni de los que les siguieron, no han podido jamas medirse con ellos; y sin embargo, estos pueblos no han producido un solo hombre que haya tenido una idea justa de la naturaleza, de las perfecciones del Ser Supremo, y de los homenages que el hombre le debe. Ellos tenian razon para todo, menos para conocer á Dios. Nuestros mayores genios del dia les son inferiores en todo otro género. Nuestros entendimientos, los mas limitados y los mas groseros, les sobrepujan en el conocimiento que tienen de la religion y de la moral.

No podemos concebir los prodigiosos extravíos de aquellos pueblos, y aquellos mismos pueblos no comprendieron jamas que se estraviaban. Sus filósofos querian desenredarlo to-

do, y lo enredaban todo mas y mas. Se esforzaban para destruir los antiguos errores, y les sustituian otros nuevos; y asi aumentaban la confusion de las ideas, queriendo rectificarlas. Por colmo de desgracia cada nacion tenia su paganismo y su idolatría que le era propia, y constituia entre todos ellos la religion del Estado. Nacian en esta religion, los educaban en ella, la veían autorizada por las leyes, practicada por los Reyes, los Grandes y el pueblo, y mamaban con la leche el veneno del error y de la supersticion. Apenas se encontraba un solo hombre que emprendiese el desengañar á los otros: no habia cuasi uno que hubiese pensado jamas en desengañarse á sí mismo; en una palabra, si se exceptua el pueblo Judayco, y un pequeño número de hombres en las otras naciones, el espíritu de locura se habia apoderado de todo el género humano; yacia en el delirio, y habiendo durado este delirio dos mil años, sin algun lucido intervalo, ó sin algun intervalo de razon, sino aumen-

tándose mas y mas, era visible que duraria siempre, si un médico Todo-Poderoso no le aplicaba el remedio; y sobre esto, lo pasado salia por garante de lo por venir.

(a) ¿Qué remedio era este? Es evidente, Teotimo, que era la revelacion; y que esta revelacion no debia ser simplemente la renovacion de la revelacion natural, é impropriamente dicho, que Dios dió al primer hombre, sino una revelacion todo diferente; porque habiéndose obscurecido la revelacion natural, y cuasi enteramente abolido en todos los pueblos, la segunda habria tenido infaliblemente la misma suerte, á menos que Dios no hubiese mudado el carácter del espíritu humano; lo que no queria hacer.

(a) Obsérvese aqui de paso que la Ley de Moyses comenzó por la promulgacion solemne de la religion natural. «Escucha, » Israel: tu Dios, es un solo Dios, &c.» lo que confirma lo que decimos de la necesidad de una revelacion hasta para la religion natural; porque esta promulgacion fue una verdadera revelacion.

La revelacion natural era una revelacion interior, y era necesario que la segunda fuese una revelacion exterior. En la primera, Dios habia hablado al espíritu del hombre por las ideas y las nociones que le habia comunicado; á su corazon, por los sentimientos que en él le habia impreso; á sus ojos, por el grande y magnífico espectáculo del mundo. Era preciso que en la segunda revelacion, dejando Dios subsistir siempre la primera, hablase todavia á los oidos de los hombres: permítaseme este modo de hablar; esto es, que era necesario, ó que Dios se hiciera visible á los hombres para instruirlos exteriormente por sí mismo, ó que los instruyese por Enviados, encargados auténticamente de su parte de hacerlo por él, y en su nombre.

Era necesario que esta revelacion fuese capaz de imponer silencio al orgullo del espíritu humano, de reprimir su curiosidad y su natural inquietud, de fijar todas sus incertidumbres; esto es, que era preciso que se mostrase á los hombres de un modo tan

claro y preciso todo lo que debían creer y practicar, que no les quedase ningún pretesto plausible para pensar ú obrar de otro modo que según la regla de la revelación.

Era preciso que la misión de los enviados de Dios cerca de los hombres (si Dios escogía este medio de ilustrarlos), fuese tan auténtico, y tan bien testificado, que nadie pudiera dudarle. Era preciso que estos enviados se presentasen á los hombres con cartas credenciales, firmadas de la mano de Dios, y selladas con su sello. Quiero decir en esto, que era necesario que aquellos de quienes Dios se sirviera para dar al mundo una nueva revelación, fuesen hombres del mas alto carácter y de la santidad mas eminente; que hicieran grandes milagros, y que los hicieran públicamente, y á la faz del universo; que hicieran grandes progresos, y que su predicación obrase una verdadera revolución en las ideas de los hombres.

Era necesario que fueran Santos, porque de otra manera habrían sido

indignos de la elección de Dios, y de la atención de los hombres. Solamente los que practican la virtud, pueden persuadirla á los hombres. Un hombre malo que la predica, no tiene autoridad sobre los espíritus.

Era necesario que hicieran grandes milagros. Si se hubieran contentado con esponer razones, los unos se habrían resistido á ellas por orgullo, los otros por prevención; muchos no las habrían comprendido, y la mayor parte no las habria escuchado. Todo el mundo presta atención á un milagro. Los milagros son un testimonio auténtico que Dios dá á la verdad, de lo que sus enviados dicen de su parte á los hombres. Los milagros son las cartas credenciales de los embajadores de Dios cerca de los hombres. Los milagros cortan todas las dificultades, é impiden toda contestación. No hay nada que arguir á un hombre que, con una sola palabra, separa la mar para dar paso á todo un pueblo que atraviesa sus aguas suspendidas, ó que resucita un muerto de cuatro

días; ya en estos casos solo resta el someterse.

En fin, era necesario que los Ministros de la revelacion hubieran tenido gran fortuna, y que su predicacion obrase una grande revolucion en las ideas de los hombres; porque dada para siempre esta revelacion, y no mirando menos á los hombres que poblarian la tierra en todos los tiempos futuros, que á aquellos que la poblaban actualmente; y siendo así para los unos como para los otros, era indispensable que tuviese todos los caracteres, no solo de un gran suceso, sino del mayor suceso que el mundo hubiese visto jamas: que no pudieran dejar de verlo en el tiempo que sucediese, ni olvidarle en los subsecuentes; era necesario que este suceso fuera de tal naturaleza, que pudiera citarse en todas las historias, y transmitirse por la tradicion moral de generaciones en generaciones; que fuera una grande y principal época en los fastos del género humano; de suerte, que pudieran en todos tiempos mos-

trar su verdad á todos aquellos que tuvieran una sana razon, y traer así al conocimiento de Dios y de su culto á los que se habrian apartado de él, y fijar á todos los otros.

Vé ahora precisamente, mi querido Teotimo, la revelacion que los cristianos se precian de haber recibido de Jesucristo, á quien miran como el Mesias prometido por Dios á Adán, despues que hubo pecado; y es ya una consecuencia evidente, que si no deben creerlos sobre su simple palabra, á lo menos deben escucharlos con atencion, y pesar sus razones con gran cuidado; porque desde que está aprobado que la revelacion era necesaria en el sentido que digo arriba, está demostrado ser posible que haya sido dada. Seria una imprudencia notable reusarse obstinadamente á escuchar á un gran pueblo que asegura la recibió despues de muchos siglos.

CATECISMO

DE LA CUARTA CONFERENCIA.

*Sobre la necesidad de una religion
revelada.*

P. Vos habeis mostrado que hay una religion natural, que Dios grabó en el espíritu y en el corazón de todos los hombres; y yo advierto claramente que esto es así, al ver que encuentro en mí mismo los principios efectivos de esta religion. ¿Es, pues, necesario seguir esta religion, y no mas?

R. Es cierto que es preciso seguir la religion natural, supuesto que fue dada á los hombres en todos los países y para todos los tiempos. Es cierto tambien, que es menester atenerse á esta religion, si Dios no la ha añadido nada; pero si Dios ha añadido alguna cosa á esta religion por

medio de la revelacion, los hombres están obligados á conformarse con lo que les ha revelado:

P. No lo dudo; pero la cuestión es saber: 1.º: ¿Si hay revelacion: 2.º: y si esta revelacion ha añadido alguna cosa á la religion natural?

R. Sí: Dios ha dado á los hombres una revelacion; y si esta revelacion ha añadido alguna cosa á la religion natural, es sobre lo que no os satisfaré en este momento. Todo lo que puedo deciros es, que la necesidad de la revelacion está demostrada.

P. ¿Cómo está demostrada la necesidad de la revelacion?

R. La necesidad de la revelacion está demostrada por los hechos. Porque es cierto que varios siglos antes de Jesucristo, la religion natural se hallaba de tal modo obscurecida en todos los espíritus, por la supersticion, por la idolatria y las preocupaciones, que solo la revelacion habria podido hacer volver al género humano de su letargo y extravio. Esto es lo que todas las historias testifican.

P. Parece, que vos no os poneis de acuerdo enteramente con vos mismo, porque habeis dicho que Dios había grabado tan profundamente en el espíritu y en el corazón de todos los hombres los principios de la religión natural, que ninguno de ellos ha podido jamás ignorarlos invenciblemente. Ahora, si jamás hombre alguno no ha podido ignorar invenciblemente los principios de la religión natural, ¿la revelación, y sobre todo la revelación de la religión natural misma, no era necesaria?

R. Se sigue muy bien de tu razonamiento, que esta revelación no ha sido jamás absoluta é indispensablemente necesaria; y así, no es esto lo que yo digo. Digo solamente que esta revelación ha sido necesaria en este sentido: que era muy cierto que jamás el género humano hubiera vuelto de sus extravíos, sino con el socorro propicio de esta revelación; y que sobre esto, lo pasado respondía de lo por venir.

P. ¿Cuáles han debido ser los ca-

racteres de la revelación, si es cierto que Dios haya tenido piedad de los hombres, y que les haya dado una?

R. La revelación, si Dios ha dado una á los hombres, ha debido tener tres caracteres principales: 1.º: Ha debido ser exterior; esto es, que ha sido necesario, ó que Dios se hiciera visible á los hombres para instruirlos por sí mismo, ó que los instruyera por medio de enviados que pudiesen probar auténticamente su misión. 2.º: Esta revelación ha debido hacerse con la mayor publicidad, y sorprender de tal modo el sentido y el espíritu de los hombres que no pudiesen, ni desconocerla ni olvidarla. 3.º: Era forzoso que esta revelación mostrase á los hombres de un modo tan claro y tan distinto todo lo que debían creer, y todo lo que debían practicar, que no les quedase pretexto alguno plausible para pensar y obrar diferentemente de esta revelación.

P. ¿Ha dado Dios efectivamente esta revelación?

R. Todo lo que sé sobre esto has-

ta ahora es, que los cristianos aseguran que Dios les ha dado esta revelacion por Jesucristo; y que me creo obligado á escuchar con atencion, y examinar maduramente las razones, sobre las cuales ellos se fundan.

PROEMIO

Para servir de introduccion á las Conferencias siguientes.

Hay en el mundo, mi amado Teotimo, un pueblo singular y distinguido de todos los otros por su religion, por sus usos y costumbres. Este pueblo se mira como el mas ilustre de todos los pueblos, y todo el mundo conviene en que es muy ilustre y muy antiguo. Este pueblo, despues de haberse formado en Egipto, salió de allí, y fue á establecerse en la Palestina, que es una region situada en el Asia, despues de haber esterminado á sus antiguos habitantes. Este pueblo,

despues de haber experimentado diferentes revoluciones, fue á su vez arrojado de tan hermoso pais por los Romanos cerca de mil y ochocientos años, y se dispersó por todo el universo. Todavía subsiste, y se le halla por todas partes. En medio de todos los movimientos que han agitado al género humano, despues de esta época: en medio de tantas revoluciones, por las cuales todos los otros pueblos se han mezclado de mil modos diferentes, y como perdido los unos en los otros; este pueblo, por un prodigio que asombra á cuantos lo reflexionan, se ha conservado en su religion y en sus costumbres particulares. El tiene grandes ideas de sí mismo, y grandes pretensiones que funda en los libros, donde estan consignados todos sus títulos, y todos los monumentos de su historia; y de los cuales dice, que los cinco primeros llamados el Pentatéuco, han sido escritos por Moyses mismo, bajo cuya conducta salió del Egipto, por orden de Dios, para ir á tomar posesion del hermoso pais que Dios habia

prometido á sus padres. El pretende sobre la fe de estos libros. 1.^o: Que despues de su salida de Egipto (que dice haber sido milagrosa), Dios le dió en el Desierto una ley por el ministerio de Moyses, que era un hombre extraordinario. 2.^o: Que Dios le renovó entonces la promesa que habia hecho á sus padres de enviarle un Profeta nacido en su seno, de una de sus Tribus, el cual seria todavia mayor que Moyses, que todos aquellos que habian precedido á Moyses, y que debian venir despues de él; que este Profeta, que ellos llaman Mesias, seria el Libertador, el Rey, el Legislador, y el Salvador de su nacion, y de todo el género humano.

Los cristianos, nacidos en el seno del judaismo, como todo el mundo sabe, y que en el principio eran judios, convienen en todo lo que los judios dicen, á pesar del aborrecimiento que reina entre estos dos pueblos, despues de mil y ochocientos años, y lo fundan en la autoridad de los libros de que acabamos de hablar; libros, que

ellos han recido de los judios, y los mira como libros divinos, asi como lo hacen los judios. No hay entre estos dos pueblos mas contestacion, que sobre un solo punto; y estos son los mismos libros que, segun los dos partidos, deben ser los jueces de esta contestacion; porque los judios pretenden que el Mesias, que se les promete en sus libros no ha venido; y los cristianos, al contrario, aseguran que ha venido, y que Jesucristo es el autor de su religion; fundando su asercion en pasages de los libros, tantas veces mencionados, que les parecian evidentes, y sobre los cuales se hallan fuertemente embarazados los judios.

Despues de todo lo que hemos dicho sobre la necesidad de una religion revelada, es evidente, mi querido Teotimo, que la contestacion que despues de tantos siglos separa á estos dos célebres pueblos que, por confesion de todo el mundo, tienen una idea mas perfecta que todos los otros pueblos del Ser Supremo, de la religion y de la moral, merece toda nuestra aten-

cion, y que examinemos con todo el cuidado posible. 1.º: Si es cierto que Dios dió en otro tiempo una religion á los judios por el ministerio de Moyses. 2.º: Si es cierto que Dios prometió á los judios este Mesias ó Salvador que ellos esperan. 3.º: Si este Mesias ha venido ya, ó si se espera que venga. 4.º: En fin, suponiendo que este Mesias haya venido, si es Jesucristo ú otro que él á quien debemos reconocer por el Mesias. Si descubrimos que los judios tienen razon, nos haremos judios: si hallamos que son los cristianos los que la tienen, abrazaremos el cristianismo; y en fin, si nos parece que estos dos pueblos se engañan, adoraremos á un solo Dios, segun las luces que tenemos, mientras que nos da otras.

Pero como son libros de los judios los que deben decidir todas estas cuestiones, antes de consultarlos, es menester saber si tienen todos los caracteres que deben tener para ser los jueces de esta grande contienda. Es necesario examinar. 1.º: Si los libros de los judios son auténticos. 2.º: Si es-

tos libros son divinos; esto es, si estan escritos por orden ó por inspiracion de Dios. 3.º: Si Dios ha dado verdaderamente una religion á los judios por el ministerio de Moyses, ó lo que es lo mismo, si la religion de los judios es divina. 4.º: Si Dios ha prometido á los judios el Mesias que ellos esperan. 5.º: Si el Mesias ha venido; y si es Jesucristo ú algun otro, á quien debemos reconocer por verdadero Mesias.



CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de los judios, y del antiguo testamento.

Dos cosas tengo que mostrarte en esta Conferencia, mi amado Teotimo: la primera es, que los libros de los judios, ó del antiguo testamento, son auténticos; esto es, que son verdaderamente de los autores cuyos nom-

cion, y que examinemos con todo el cuidado posible. 1.º: Si es cierto que Dios dió en otro tiempo una religion á los judios por el ministerio de Moyses. 2.º: Si es cierto que Dios prometió á los judios este Mesias ó Salvador que ellos esperan. 3.º: Si este Mesias ha venido ya, ó si se espera que venga. 4.º: En fin, suponiendo que este Mesias haya venido, si es Jesucristo ú otro que él á quien debemos reconocer por el Mesias. Si descubrimos que los judios tienen razon, nos haremos judios: si hallamos que son los cristianos los que la tienen, abrazaremos el cristianismo; y en fin, si nos parece que estos dos pueblos se engañan, adoraremos á un solo Dios, segun las luces que tenemos, mientras que nos da otras.

Pero como son libros de los judios los que deben decidir todas estas cuestiones, antes de consultarlos, es menester saber si tienen todos los caracteres que deben tener para ser los jueces de esta grande contienda. Es necesario examinar. 1.º: Si los libros de los judios son auténticos. 2.º: Si es-

tos libros son divinos; esto es, si estan escritos por orden ó por inspiracion de Dios. 3.º: Si Dios ha dado verdaderamente una religion á los judios por el ministerio de Moyses, ó lo que es lo mismo, si la religion de los judios es divina. 4.º: Si Dios ha prometido á los judios el Mesias que ellos esperan. 5.º: Si el Mesias ha venido; y si es Jesucristo ú algun otro, á quien debemos reconocer por verdadero Mesias.



CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de los judios, y del antiguo testamento.

Dos cosas tengo que mostrarte en esta Conferencia, mi amado Teotimo: la primera es, que los libros de los judios, ó del antiguo testamento, son auténticos; esto es, que son verdaderamente de los autores cuyos nom-

brés tienen: la segunda es, que estos libros son verídicos; quiero decir, que los hechos ó sucesos consignados en estos libros, son ciertos é indubitables. La demostracion de estos dos puntos arrastra tras sí la de todos los otros, como presto lo verás; y esta demostracion es muy fácil hacerla.

Estos libros se dividen en libros históricos, libros proféticos y libros morales.

Los libros históricos son, el Pentatéuco, ó los cinco libros de Moyses; el libro de Josué, los Jueces, el libro de Ruth, los cuatro libros de los Reyes, los dos libros del Paralipómemon, el libro de Estér, el libro de Judith, el libro de Tobías, los libros de Esdras, el de Neemí y los dos libros de los Macabeos. No hablo de Job, porque no pertenece á la historia de los judios. Y advierte aqui de paso, Teotimo, que los libros proféticos del Antiguo testamento son tambien históricos, tanto por causa de los hechos que en ellos se refieren, como por los que en ellos se suponen:

que á su turno, los libros históricos son proféticos y morales, porque están llenos de instrucciones y predicciones divinamente inspiradas; y que en fin, los libros morales ellos mismos son históricos y proféticos, porque fuera de la instruccion, que es su fondo, la historia se trata perpetuamente en ellos, y en ellos se encuentran profecias muy señaladas. Así las escrituras del Antiguo testamento forman un cuerpo donde todo está ligado, y donde todas las partes dependen la una de la otra, y se sostienen mutuamente como en el cuerpo humano.

Como los libros históricos del Antiguo testamento son el cimiento de todos los otros, me paro en ellos principalmente, y considero primeramente los de Moyses, que es el primer historiador, el legislador y el mayor profeta de los judios.

Digo, pues, que estos libros son verdaderamente de Moyses, cuyo nombre tienen. ¿Cómo podria yo dudarle, á menos que no quisiera du-

dar de todo? No es un particular, es una nacion entera la que me presenta estos libros, y la que me los presenta como libros que ella ha recibido de mano de Moyses mismo, y no como libros que ella ha encontrado en su casa, largo tiempo despues de la muerte de este hombre célebre, y que aseguran ser suyos. Todos los otros libros del Antiguo testamento, que forman una tradicion no interrumpida despues de la muerte de Moyses hasta la reedificacion del Templo, suponen siempre, y citan sin cesar los de Moyses. El libro de Josue, supone el de Moyses: el de los Jueces, supone los otros dos: los de los Reyes, suponen los tres primeros; y asi seguidamente hasta la época que he indicado. Los libros de Moyses son el fundamento sobre el cual se eleva todo el edificio de la historia de los judios. Asi veo todas las generaciones de este pueblo transmitirse estos libros, como de mano en mano, hasta Jesucristo, y entregarlos al fin á los cristianos, tales y como los habian re-

cibido de sus padres. Digo hasta Jesucristo, porque los vacíos que se hallan en los libros del Antiguo testamento, despues de la reedificacion del Templo, hasta los Macabeos, y despues de los Macabeos, hasta Jesucristo, son evidentemente sin consecuencia; puesto que de un lado son muy cortos, y que del otro estan llenos ó suplidos por monumentos muy ciertos. Los judios de hoy viven segun la lei de Moyses: los judios del tiempo de Jesucristo vivían segun la ley de Moyses; y asi remontando hasta Moyses mismo, se encuentra siempre á los judios viviendo segun la ley de Moyses. Es evidente que los libros de Moyses son los que han formado la Religion, la policia y las costumbres de este pueblo. Bien veo por la historia de este pueblo, que él ha violado frecuentemente la ley de Moyses; pero no veo en ninguna parte que haya dudado de que esta ley le fue dada por Moyses. Veo al contrario, que en todos los tiempos ha atribuido sus desgracias y desdichas,

á sus prevaricaciones contra la ley de Moyses: luego es imposible, Teotimo, que los libros que llevan el nombre de Moyses no sean suyos. Para sostener esta paradoja, seria necesario suponer que toda una nacion ha estado, durante un gran número de siglos, en un delirio jamas interrumpido, y contra el cual ningún miembro de esta nacion ha sabido jamas, ú osado reclamar, y esto no en materia de opinion, sino en materia de hechos; y tocante su propia historia, lo que es el colmo de lo absurdo.

¿Por qué los libros que llevan el nombre de Ciceron, de Cesar, de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Tito-Libio y de Plinio, estan tan universalmente reconocidos por de estos autores, que nadie forma sobre ello la mas pequeña duda? Es que estos autores, despues de haber compuesto estos libros, los pusieron en manos de sus contemporáneos; sus contemporáneos, en las de sus sucesores: y así seguidamente, sin interrupcion hasta nosotros. Si remonto á la generacion

que me ha precedido, hallo á Ciceron, á Cesar, y á los otros citados en todos los libros que esta generacion ha producido. Si voy á la que la ha precedido hallo lo mismo; y así en seguida, remontando hasta los autores, mismos; de suerte, que no solo el siglo que vió á estos autores, sino todos los siglos que han pasado despues, depositan que estos libros son suyos. Todas las generaciones se reunen para decirme, vé ahí las Oraciones de Ciceron, vé ahí los Comentarios de Cesar; y siento en mí mismo, que me es imposible el resistir á un testimonio de tan gran peso. Creo estos hechos como si los hubiera visto: son noticias que me vienen de muy lejos; pero confirmadas por tantas personas, que no puedo ponerlas en duda.

Ahora, yo debo con mayor razon pensar, tocante los libros de Moyses, como pienso con respecto á los de los antiguos que he citado. Así como un viajante colocado sobre una eminencia, en medio de un hermoso dia, estiende sus miradas hasta un pueblo ó

hasta una colina que termina una bella perspectiva; del mismo modo desde el tiempo en que estoy, llevo las miradas de mi entendimiento hasta Moyses. Desde luego veo judios mezclados entre los cristianos, y casi entre todos los pueblos del mundo; y estos judios tienen entre las manos los libros de Moyses: los cristianos tienen tambien los mismos libros, que aseguran haberlos recibido de los judios poco despues de mil y ochocientos años, y á los cuales no tienen menos respeto que los mismos judios. Conducido por la mano de la historia, remonto de siglo en siglo hasta el tiempo de Jesucristo. Por todas partes encuentro judios y cristianos, y por todas partes tambien los libros de Moyses, igualmente preciosos y venerables al uno y al otro pueblo. Llegado al tiempo de Jesucristo, encuentro á los judios viviendo bajo la ley de Moyses; veo su templo, su altar, su sacerdocio, sus sacrificios, y sus demas ceremonias, practicadas segun el Rito prescrito por Moyses.

Alli tomó nuevos informes, consultó á los Griegos, á los Romanos, á los Egipcios, y á todos los pueblos vecinos de los judios, y todos deponen que los judios no han tenido jamas ni otra ley ni otro culto que el que le fue dado por Moyses. Hago mas: abro los libros de los judios, y encuentro en ellos una tradicion escrita conforme á la tradicion verbal de los mismos judios, y de los pueblos que los rodean. Esta tradicion escrita remonta hasta Moyses, sin ninguna interrupcion que pueda formar un vacío verdadero en la historia de un pueblo. En efecto, observo que Herodes, príncipe Idumeo, que reina en Judea, es el sucesor inmediato del último príncipe de la raza de los Macabeos. La autenticidad de los libros llamados de los Macabeos, y á los cuales toda la nacion de los judios da su aprobacion, se demuestra en esto mismo. Leo, pues, los libros de los Macabeos, y este último monumento me conduce hasta el último de los profetas. El último de estos profetas toca al tiempo

de Neemí y de Esdras. Inmediatamente, despues de Esdras, encuentro á Daniel, Ezequiel, Jeremias, Isaias, toda la serie de los Reyes del pueblo de Dios, despues la toma de Jerusalem por Nabucodonosor y hasta Saul. Allí encuentro á Samuel, el último de los jueces del pueblo de Dios, y por Samuel y los otros jueces remonto hasta Josué, ministro de Moyses, y su primer sucesor en el gobierno del pueblo, que este grande hombre habia sacado del cautiverio de Egipto. En todos estos monumentos, y en varios otros que no cito aquí, no solo se habla siempre de Moyses, de sus libros, de sus instituciones, de sus Leyes, y del culto que dió al pueblo Judayco, sino tambien suponen que Moyses, sus libros y su ley, son por todas partes como el fundamento de la obra que cada autor escribe. Se pudiera decir que este gran cuerpo de historia no fue comenzado por Josué, y continuado hasta los Macabeos, sino para acordar á cada generacion la persona y las

leyes de este grande hombre, y hacerle vivir siempre en medio de su nacion. Veo tambien, que una de las principales miras de aquellos que escribieron estos libros, fue el mostrar por la serie de la historia de los judios, que Dios ha protegido ú abandonado siempre á este pueblo, segun ha observado ú abandonado la ley de Moyses. Que de estas dos fuentes han corrido siempre las prosperidades, y todas las desgracias de este pueblo. Y asi en la historia del pueblo Judayco, todo descende de Moyses, y todo remonta á Moyses: todo se funda sobre Moyses: todo gira sobre Moyses; y todo depende de Moyses y de sus leyes. Y por consecuencia, para poder sentar que Moyses no ha existido jamas, ó que no ha escrito los libros llamados el Pentatéuco, es menester comenzar por probar que no hay judios, ó que jamas los ha habido.

Los que quieran decirme que yo no creo que los libros de Moyses son suyos, sino porque los hombres me lo han dicho, y que por consecuen-

cia no estoy seguro de nada sobre esto, porque los hombres son capaces de engañar y de ser engañados, harán un razonamiento bien ridículo; porque les preguntaré, ¿por qué, pues, no han dudado ellos jamas, ni de la autenticidad de los Comentarios de Cesar, ni de la existencia de la antigua Roma, que solo conocen por el testimonio de la historia? Los que se esplican asi, no consideran bastantemente, que si es facil á un hombre el formar la idea de engañar á un pueblo entero, es imposible que un pueblo entero consienta dejarse engañar, sobre todo, tocante los sucesos que mas le interesan, y que son el fundamento de su religion, de su policia, y de sus costumbres. Ahora, si los libros llamados de Moyses no son suyos, todo el pueblo Judayco ha consentido dejarse engañar por el impostor que los ha supuesto, y con él todos los pueblos vecinos; y en fin, todos los cristianos, y esto durante una larga serie de siglos. Es, pues,

muy cierto, mi querido Teotimo, que los libros llamados de Moyses son suyos, y que por consecuencia estos libros son auténticos, y como se prueba por las mismas razones, la autenticidad de los libros de Josué, de los Jueces, y de los otros libros del Antiguo testamento; tambien es cierto que todos los libros del Antiguo testamento son auténticos.

Acabas de ver que los libros de Moyses son auténticos, y ahora voy á mostrarte que estos libros son verídicos; esto es, que los hechos ó los sucesos que contienen son ciertos é indubitables.

Los sucesos que Moyses cuenta en el Pentatéuco, se dividen naturalmente en dos clases: la primera encierra los que Moyses asegura haber acaecido en los tiempos que le precedieron; y la segunda comprende los que dice sucedieron en su tiempo.

Los sucesos que Moyses cuenta como sucedidos en los tiempos que le precedieron, son la Creacion del

mundo, la desobediencia del primer hombre, y las consecuencias funestas de esta desobediencia; el Diluvio, la confusión de las lenguas, la torre de Babel, la vocación de Abraham, la genealogía de este patriarca, la historia de su vida, la de Isaac su hijo, la de Jacob, hijo de Isaac, y la de José, hijo de Jacob.

Los sucesos que Moyses cuenta como acaecidos en su tiempo, son las plagas ó el azote con que Dios affligió á los Egipcios, para obligarlos á dejar salir al pueblo Judayco de su país. El paso del Mar rojo por este pueblo, la publicación de la Ley sobre el Monte Siná, &c.

Moyses debe ser creído en todo lo que refiere, como acaecido en los tiempos que le precedieron; es un hombre que escribe la historia de su familia, en el seno de esta misma familia, en medio de sus hermanos, y bajo su vista; nadie se atreve á contradecirle, ni aun piensa en ello. Su historia es, pues, muy fiel; porque si no lo hubiera sido, todo

el mundo lo habria contradicho, y su nacion en cuerpo se habria sublevado contra él.

Cuando Dios hizo alianza con Abraham, las primeras tradiciones del género humano estaban todavia recientes y universalmente conocidas; pero tocaban el punto de ser obscuras. A fin de que no se perdieran enteramente, escogió Dios á Abraham y á sus descendientes para hacer su pueblo. Es visible que este fue el designio del Señor. Abraham y su posteridad respondieron á este designio, conservando fielmente el precioso depósito que se les habia confiado.

Mas: es evidente que una familia, con la cual habia Dios hecho alianza, que se miraba como la primera familia del mundo; que sabia que sus designios y destino eran muy grandes; es evidente, lo repito, que esta familia debia ser muy celosa de sus títulos y de los monumentos de su historia, conservándolos con el cuidado mas religioso; y asi, sea que

Moyses haya escrito sobre las memorias que sus padres habian dejado, ó sobre la tradicion que se habia perpetuado en su familia, despues de Abraham hasta él; la verdad de sus relaciones no admite contestacion.

Los sucesos que Moyses cuenta eran muy antiguos, hasta en su tiempo, pues remontan hasta la Creacion del mundo; esto es, á dos ó tres mil años antes que él. Sin embargo, puede decirse en un sentido, que estos sucesos eran muy recientes; porque entre Moyses y Abraham habia pocas cabezas, y todavia menos entre Abraham y Adan. La larga vida de los hombres de aquellos tiempos acercaba los sucesos mas apartados, mezclando, por decirlo así, los siglos unos con otros. Entre Moyses y Abraham se cuentan mas que tres generaciones: Tharé, padre de Abraham, habia vivido sesenta y tres años con Noé: Noé habia vivido varios siglos con Mathusalém; y Mathusalém habia visto á Adan: ya ves que Moy-

ses tocaba á Abraham, Abraham á Noé, y Noé á Adan.

La descripcion que Moyses hace de la Creacion del mundo, tiene el sello de la verdad. Yo me sorprendo, y conozco en ello que Dios ha debido proceder así en la formacion de esta grande obra. Jamas un hombre no habria sido capaz por sí mismo de hacer hablar y obrar al Ser Supremo con tanta sabiduria y tanta magestad. No se ha concedido ciertamente al entendimiento humano el poder urdir semejantes invenciones.

El carácter personal de Moyses lo pone al abrigo de toda sospecha de haber querido engañar á su pueblo. Grande ingenio, pero exento de toda ambicion y vanidad, jamas pensó en su propia gloria; siempre se ocupó de la de Dios. Jamas aduló á su nacion, porque no la amaba, sino para hacerla buena y virtuosa. Aunque fue el libertador y el legislador de esta nacion, no dejó á sus descendientes autoridad alguna sobre

ella. Despues de su muerte no tuvieron sus hijos clase alguna distinguida en su Tribu, y no gozaron de privilegio alguno.

Los escritos de este grande hombre llevan en todas sus partes el sello de la sinceridad y buena fe, la modestia y el mas noble desinterés. No hallarás en ellos la mejor señal, ni el menor vestigio del amor propio del escritor. Este se olvida tan enteramente de sí mismo, que al leerle no se piensa en él. No se vé en ellos una sola palabra que haya sido dictada por el deseo de hacerse notable por la lisonja, por la venganza, por el espíritu de sátira, ni por la parcialidad. Las grandes acciones de Abrahan, de Isaac, de Jacob, de José, y las maravillas de su vida; los crímenes de Esau, el horrible incesto de Ruth, la conjuración de los diez hermanos de José contra este santo jóven, estan contados con el mismo candor, y el mismo ayre de indiferencia. Cuenta sin ostentacion los hechos que honran á su pueblo, y no

disimula los que lo deshonran. No teme ajar la Tribu de Ruben, señalando en su libro el incesto de este patriarca con una de las mugeres de su padre, y la maldicion, con la cual Jacob al morir le anatematizó á él y á su posteridad; ni la Tribu de Juda, describiendo el incesto de este patriarca con Thamar su hijastra, el cual tuvo consecuencias tan vergonzosas, &c. Su estilo es el de un testigo que depone ante un juez. Ninguno de los autores profanos ha sabido escribir como él, porque ninguno ha estado exento como él de toda pasion y de todo interés. Ninguno de sus contemporáneos depone contra él. Nadie se atreve á quejarse de él. Su libro está recibido por su nacion, no solo sin contradiccion, sino con un soberano respeto; y yo veo que me deshonoraria á mí mismo á mis propios ojos, si dudase un solo momento de la verdad de todo cuanto me cuenta un hombre semejante.

Pasemos ahora á los sucesos que Moyses cuenta; como sucedidos en

su tiempo, y que él mismo asegura haberlos visto.

Este grande hombre cuenta que la familia de Jacob multiplicaba prodigiosamente en Egipto, y hechóse un gran pueblo; Faraon, rey de Egipto, temió no se sublevase contra él, y se hiciese independiente en el Canton que habitaba. Tomó, pues, el partido que toma en semejante ocasion un príncipe malo y desconfiado. Oprimió á los Israelitas, practicó contra ellos toda clase de vejaciones y de crueldades durante muchos años. Dios tuvo piedad de este pueblo que le era grato. Escuchó sus gemidos y sus gritos. Aparecióse á Moyses mientras que pasaba los ganados de su suegro al pais de Madian, donde se habia refugiado para evadirse de las pesquisas de Faraon. Le mandó volver á Egipto para librar á sus hermanos de la esclavitud en que gemian. Moyses obedeció: junta los ancianos del pueblo; les declara su mision, y prueba su verdad con milagros. Preséntase á

Faron con Aaron su hermano. Pide á este príncipe de parte de Dios, que permita al pueblo de Israel la salida de su reyno con todo lo que posee, para ir á ofrecer sacrificios al Dios de sus padres en el desierto; y hace milagros para probar que es Dios quien le envia. Faraon desecha su peticion con altanería: Moyses, para forzar la resistencia de Faraon, affige sucesivamente al Egipto con diez plagas ó azotes terribles; en fin, en una misma noche, y en un mismo instante todos los primogénitos de todas las familias desde el primogénito del Rey, heredero de su reyno, hasta el primogénito del mas obscuro y humilde de sus vasallos fueron muertos, segun Moyses lo habia anunciado. Faraon cede á este golpe; y los Egipcios, espantados, obligan á los hijos de Israel á salir de su pais. Pocos dias despues los persiguió Faraon con todas sus fuerzas y los alcanzó; luego que se hallaban en las orillas del Mar rojo, acampó á su vista, y á poca distancia de

ellos. Una nube vino á colocarse entre los dos campamentos : Moyses manda de parte de Dios á las aguas del Mar rojo se separen : estas obedecen ; y las corrientes suspendidas á derecha é izquierda , dejan libre un vasto camino. Un viento abrasador , que soplo toda la noche , secó el fondo de la Mar. Los Israelitas al amanecer pasan al otro lado. Faraon se atreve á perseguirlos , atravesando este camino , que no se había hecho para él. Las aguas vuelven á caer sobre él y sobre su ejército ; y hombres , caballos y carros fueron tragados y perecieron. Moyses , á la cabeza de su pueblo , se interna en un vasto y estéril desierto. Una columna de nubes dirige de día su marcha ó fija su mansion. De noche esta misma columna se vuelve una columna de fuego que alumbra todo el campo de Israel. Falta víveres al pueblo ; Dios , para alimentarlo , hace caer el maná del cielo todos los días , excepto el del Sábado. Fáltale tambien agua ; Moyses , por orden de Dios , hie-

re una roca con su vara , y sale de ella un raudal abundante que sigue al pueblo en su marcha.

Los prodigios obrados para alimentar á este pueblo , duran sin interrupcion cuarenta años. Dios manifiesta á su pueblo su presencia sobre el Monte Horeb ó Sinaí , por un espectáculo tan magestuoso como terrible. Les da su ley escrita sobre doce tablas de piedra : les prescribe en libros que dicta á Moyses el modo con que quiere que le adoren. Traza en el pormenor mas circunstanciado las ceremonias del culto que exige de ellos. Arregla tambien su policia. Al cabo de cuarenta años pasados en el desierto en medio de los prodigios mas estupendos , Moyses por orden de Dios , introdujo su pueblo en la parte de la Palestina , situada al lado de acá del Jordan , con respecto á ellos , y la conquistó. El maná deja de caer. Moyses muere ; y Josué le sucede.

Vé aqui en resumen , Teotimo , los sucesos que Moyses cuenta como sucedidos en su tiempo. Tu preguntas tal vez , ¿ cómo es posible creer cosas

tan extraordinarias é inauditas? Pero estoy cierto de que luego que me hayas escuchado un momento, preguntarás: ¿cómo es posible el dejarlas de creer?

¿En qué tiempo refiere Moyses todos estos prodigios? En el tiempo mismo en que estaban sucediendo, y sorprendian todos los ojos y todos los entendimientos. ¿A quién cuenta Moyses estos prodigios? Al pueblo, en favor del cual los hacía en aquella actualidad. Su libro no es mas que una memoria, sobre la cual apuntaba cada día lo que el mismo pueblo veía en ese mismo día.

Moyses habria sido el mas temerario y descarado de todos los hombres, si, no habiendo visto el pueblo ninguno de estos prodigios, hubiera osado el sostenerle que él los habia visto, y tomarlo por testigo de ello; y si no habiendo visto ninguno de estos prodigios este pueblo hubiera creído sobre la palabra de Moyses que este los habia visto, habria sido el mas simple y mas estúpido de todos los pueblos: un

estravio semejante de juicio seria inconcebible en un solo hombre; pero en un pueblo compuesto de dos millones de personas, seria el mayor de los prodigios.

Tu tienes de mi, Teotimo, toda la confianza que un jóven bien nacido debe tener de su preceptor. Si yo te cuento seriamente que tal día, á tal hora mandé á las aguas del rio que se separasen, y que te pasé á pie enjuto al otro lado: que otro día hice caer pan del cielo en tu presencia, para mantenerte; ¿te creerias y conocerias capaz de creerme? No, sin duda alguna. ¿Y qué seria, pues, si yo tuviera é hiciera iguales discursos á todo un pueblo?

¿Se dirá que Moyses ha escrito su libro para hacer mas relevante la gloria de su pueblo, de concierto con este pueblo mismo? ¿Pero este concierto es posible entre dos millones de personas? ¿Cómo! ¿entre dos millones de personas no se ha encontrado una sola que haya gritado contra la impostura, y reclamado con-

tra la mentira? ¿Qué digo? No solo nadie ha gritado contra la impostura, sino que esta nación toda entera ha guardado tan fielmente el secreto de esta grande impostura, que ninguno de los contemporáneos de Moises no lo ha revelado á ninguno de aquellos que le han sucedido; de suerte que todos los judíos que han sucedido á Moises despues de su muerte hasta nosotros, han vivido en la persuasion mas íntima de la verdad de estas pretendidas imposturas.

Si Moises escribió su libro para ensalzar la gloria de su pueblo, ¿por qué inserta en el tantos sucesos que lo deshonoran? ¿Por qué le echa en cara con tanta fuerza, y hasta con dureza, sus murmuraciones y sus rebeldias contra el Señor y contra él? ¿Sus idolatrias y sus impudencias? ¿Por qué lo trata de pueblo ingrato, indócil, y de un carácter duro é indomable? ¿Se adula así á una nación, y se concilian así los ánimos de todo un pueblo? ¿Se

le dispone de este modo á escuchar, y recibir mentiras evidentes, como si fueran verdades?

Por fundadas que se supongan las amargas reconvenciones que Moises hace á su nación, no habria sufrido ésta que las insertase en su historia, si Moises no hubiera tenido sobre ella toda la autoridad de un hombre que representa á Dios mismo; y jamas Moises habria tenido esta autoridad sobre su nación, si los milagros no la hubieran asegurado; y así la paciencia con la cual esta nación ha soportado las reconvenciones de Moises, la docilidad con que las ha recibido, y la religiosa veneracion que siempre ha tenido á sus libros, es la prueba incontestable de la verdad de sus milagros.

Vamos mas lejos, Teotimo: tomando Moises sobre el pueblo de Israel toda la autoridad de un ministro de Dios vivo, y fundando siempre esta autoridad sobre los milagros que hizo, da á este pueblo un cuerpo completo de leyes eclesiásticas y civiles:

estableció una gerarquía de sacerdotes: arregló la forma de los sacrificios, y de todas las partes del culto: prescribió una multitud de observancias religiosas, todas incómodas y muy duras: Moises propuso esta ley al pueblo, y el pueblo la aprueba y la recibe: le ordena jurar solemnemente la observancia, tanto en su nombre como en el de sus descendientes; y el pueblo la jura: pronuncia contra este pueblo y contra sus descendientes las mas terribles maldiciones, y las imprecaciones mas espantosas, en caso de ser infiel á esta ley: este pueblo se somete á ello, subscribe, y las ratifica auténticamente: en fin, Moises instituye fiestas para celebrar perpetuamente la memoria de los principales milagros que Dios ha hecho para este pueblo, y este pueblo las recibe.

Muere Moises, su ley es violada frecuentemente por este pueblo inconstante, pero siempre reconocida y en vigor; y este pueblo está tan persuadido de la divinidad de esta ley que atribuye todos sus desastres á su inob-

servancia. Sobre todo lo espuesto, Teotimo, ve aquí como razono. Si Moises era un impostor, era un impostor conocido por tal de su nacion: 1.º ¿Cómo un impostor conocido por tal, y por consecuencia mal hombre, ha podido concebir un plan de legislación tan hermoso y tan digno de Dios? 2.º ¿Cómo este impostor ha tenido atrevimiento para proponer su ley á un pueblo que le conocia por lo que era? 3.º ¿Cómo este pueblo ha podido resolverse á aceptar esta ley? En fin, ¿cómo ha llevado durante tantos siglos el yugo de esta ley? Que me espliquen si pueden todos estos misterios.

¿Diran qué jamas hubo Moises? (porque este es el último recurso y atrincheramiento de la incredulidad). Pero si jamas á habido Moises, jamas ha habido tampoco Josué, Jueces, Reyes, Templo, Macabeos, ni aun Judíos; porque en la tradicion de este pueblo está todo tan ligado, que es preciso ó que todo sea cierto, ó todo incierto. El libro de los jueces su-

pone los de Moises; los de los Reyes suponen el de los Jueces; y así de todos los otros, como dije arriba.

Todo lo que hemos dicho ántes del carácter personal de Moises y de el de sus escritos, vuelve aquí en toda su fuerza; y todo lo que aquí decimos sobre la verdad de los libros de Moises, se aplica también en toda su fuerza á los libros que han sido escritos despues de la muerte de este gran hombre. Nada hay, pues, en el mundo que esté tan evidentemente demostrado como la autenticidad y la verdad de los libros de Moises, y de todos los otros libros del antiguo Testamento.

CATECISMO

DE LA QUINTA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de Moises, y del Antiguo testamento.

P. Muy bien habeis mostrado la necesidad de una religion revelada; mas en fin, ¿esta religion existe? ¿Ha tenido Dios piedad de los extravios del género humano? ¿Ha dado una revelacion á los hombres?

R. Los judios y los cristianos aseguran que Dios les ha revelado su religion.

P. ¿Cuál es la creencia de los judios sobre este punto?

R. Los judios dicen que Dios les dió en otro tiempo una ley por el ministerio de Moises, su enviado, y que les prometió enviarles en la série

de los tiempos otro profeta semejante á Moises; á quien llaman el Mesias, y al que esperan todavía despues de tantos siglos. Fundan sus pretensiones en sus libros que llaman sagrados y divinos, y principalmente en los de Moises mismo.

P. ¿Cuál es la creencia de los cristianos sobre este punto?

R. Los cristianos piensan en todo como los judios, escepto sobre un solo punto; porque aseguran, que el Mesias que los judios aguardan ha venido; y que es Jesucristo, autor de su religion; y todavía lo fundan sobre los libros de los judios.

P. ¿Y qué pensais vos de la contestacion que hay entre estos dos pueblos?

R. Yo pienso que debo examinar con gran cuidado las razones alegadas por ambas partes, para saber qual es el partido que debo tomar.

P. ¿Habeis hecho este examen?

R. A lo menos empecé á hacerlo con toda la aplicacion de que soy capaz.

P. ¿Cómo habeis procedido en este examen?

R. Yo he examinado: 1.º: Si los libros de los judios, y principalmente los atribuidos á Moises, eran auténticos; esto es, si eran verdaderamente de los autores cuyos nombres tenian. 2.º: Si estos libros eran fieles y verídicos. 3.º: Si eran divinos. 4.º: Si en estos libros prometió Dios á los judios el Mesias que esperan. 5.º: Si este Mesias ha venido ó no.

P. ¿Creeis que los libros llamados de Moises son verdaderamente suyos?

R. Sin duda lo creo firmemente, y me parece que seria una locura el dudarle.

P. ¿Cuáles son las razones que os determinan á creer que los libros que tienen el nombre de Moises son suyos?

R. Creo que los libros que tienen el nombre de Moises son verdaderamente suyos: 1.º: Porque veo que los judios, en todos los tiempos, y despues de su salida del Egipto, han te-

nido estos libros entre sus manos, y que han asegurado siempre que eran de Moises. 2.^o: Porque veo que estos libros estan citados y supuestos en todos los otros libros de los judios, los cuales hacen una tradicion histórica, seguida desde Moises hasta Jesucristo; porque es evidente que la religion, la policia, y las costumbres del pueblo judayco fueron formadas sobre estos libros; de manera que no puede ponerse duda en la autenticidad de estos libros, sino negando toda la historia de este pueblo: lo que sería una visible locura.

P. Pero despues de todo, son hombres los que nos aseguran que los libros que llevan el nombre de Moises son de él, y los hombres pueden engañarnos.

R. Tambien son hombres los que nos aseguran que los libros que llevan los nombres de Ciceron, de César, de Tiro-Livio, son de estos autores, y sin embargo, nadie duda que sean suyos. ¿Pues por qué he de dudar yo que los libros que llevan el

nombre de Moises sean suyos? Un escritor puede sin duda concebir el designio de engañar á todo un pueblo; pero es enteramente imposible que todo un pueblo consienta en dejarse engañar del modo que suponeis lo fueron los judios.

P. ¿Creeis que los libros de Moises son verídicos; esto es, que no contienen hecho alguno que no sea muy cierto?

R. Sí: creo que todos los libros de Moises son verídicos, y que no contienen hecho alguno que no sea muy cierto.

P. Moises refiere sucesos que asegura haber acaecido en los tiempos que lo han precedido, y otros que tambien afirma sucedieron en su tiempo. ¿Qué prueba teneis de que los primeros son ciertos?

R. Yo creo que los sucesos que Moises refiere, como acaecidos en los tiempos que lo precedieron son ciertos: 1.^o: Porque esta parte de los escritos de Moises no es otra cosa sino la historia de su familia misma, que

escribió á la vista de sus hermanos. 2.^o: Porque el caracter personal de Moises lo pone al abrigo de toda sospecha de haber querido engañar. Moises estaba enteramente exento de ambicion y vanidad. 3.^o: Porque los escritos de este grande hombre llevan por todas partes el sello de la sinceridad, del candor y del mas perfecto desinterés.

P. ¿Pero cómo podía saber Moises con una entera certidumbre los sucesos tan antiguos como los que refiere; porque su historia remonta hasta la creacion del mundo, siendo así que el tiempo todo lo obscurece?

R. Moises podia saber muy bien los sucesos que refiere, aunque fuesen muy antiguos: 1.^o: Porque entre Moises y Adan no se contaba sino un pequeño número de hombres. Los hombres de entonces vivian mucho mas largo tiempo que viven los de ahora. Moises casi tocaba á Noé, y Noé á Adan. Por otra parte, habiendo la familia de Moises conocido y adorado siempre al verdadero Dios, desde

el origen del mundo habia conservado muy religiosamente las primeras tradiciones del género humano.

P. ¿Cuáles son las razones que os determinan á creer que todos los sucesos que Moises refiere como acaecidos en su tiempo son ciertos?

R. Creo que todos los sucesos que Moises refiere como acaecidos en su tiempo son ciertos: 1.^o Porque Moises los escribió en el tiempo mismo que sucedieron: 2.^o Porque los escribió en medio del pueblo en que sucedieron, y á su misma vista. 3.^o Porque este pueblo no ha dudado jamas ni en los tiempos á los cuales se refieren, ni en los tiempos subsecuentes, que la relacion de Moises no fuese muy fiel. 4.^o: Porque toda la historia de los judios, que no es otra cosa de un extremo al otro, sino la continuacion de la obra comenzada por Moises, atestigua la verdad de estos hechos, los cuales la sirven como de base: de manera que es preciso, de toda necesidad, ó creer todo lo que Moises refiere, ó no creer na-

da de lo que refieren todos los demas; lo que seria una insigne locura.

P. Los prodigios que Moises refiere son tan extraordinarios y admirables que no parecen creibles.

R. Los prodigios serian increíbles efectivamente, sino estuvieran tan bien atestiguados; pero estando tan bien atestiguados, como lo estan, es imposible á todo hombre, que tenga un juicio recto no creerlos, con tanta mas razon como que nada se ve en estos prodigios que sea superior al poder de Dios, o indigno de su Magestad.

P. ¿Cómo se prueba la autenticidad y la verdad de los otros libros del antiguo Testamento?

R. La autenticidad y la verdad de los otros libros del antiguo Testamento, se prueban por las mismas razones que muestran las de los libros de Moises.

SESTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de los libros del Antiguo testamento.

Despues de todo lo que hemos dicho en la conferencia precedente, conviene sin trabajo, mi querido Teotimo, en que los libros del Antiguo Testamento son verídicos; esto es, que los hechos que refieren son de una certeza tal, que no puede contestarse. Ahora es evidente, por esto solo, que estos libros son divinos. La primera de estas dos proposiciones arrastra tras sí la segunda, como su consecuencia necesaria.

No es menester tener tanta penetracion como tú tienes, para ver la trabazon que estas dos proposiciones tienen entre sí. Porque si los hechos referidos en los libros de Moises son verdaderos, es, luego, cierto que Dios se apareció á Moises en el pais de Ma-

da de lo que refieren todos los demas; lo que seria una insigne locura.

P. Los prodigios que Moises refiere son tan extraordinarios y admirables que no parecen creibles.

R. Los prodigios serian increíbles efectivamente, sino estuvieran tan bien atestiguados; pero estando tan bien atestiguados, como lo estan, es imposible á todo hombre, que tenga un juicio recto no creerlos, con tanta mas razon como que nada se ve en estos prodigios que sea superior al poder de Dios, o indigno de su Magestad.

P. ¿Cómo se prueba la autenticidad y la verdad de los otros libros del antiguo Testamento?

R. La autenticidad y la verdad de los otros libros del antiguo Testamento, se prueban por las mismas razones que muestran las de los libros de Moises.

SESTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de los libros del Antiguo testamento.

Despues de todo lo que hemos dicho en la conferencia precedente, conviene sin trabajo, mi querido Teotimo, en que los libros del Antiguo Testamento son verídicos; esto es, que los hechos que refieren son de una certeza tal, que no puede contestarse. Ahora es evidente, por esto solo, que estos libros son divinos. La primera de estas dos proposiciones arrastra tras sí la segunda, como su consecuencia necesaria.

No es menester tener tanta penetracion como tú tienes, para ver la trabazon que estas dos proposiciones tienen entre sí. Porque si los hechos referidos en los libros de Moises son verdaderos, es, luego, cierto que Dios se apareció á Moises en el pais de Ma-

dian y que le mandó el irse á Egipto, para libertar su pueblo de la opresion en que gemía, y que le prometió de ayudarle con todo su poder. Es, luego, cierto que Moises affligió al Egipto con diez plagas ó azotes terribles, para forzar al rey y á sus vasallos á poner en libertad al pueblo de Israel. Es, luego, cierto que este pueblo pasó el Mar rojo á pie enjuto á traves de las olas, milagrosamente suspendidas. Es, luego, cierto que una columna de nubes precedia á este pueblo en su marcha, durante el dia; y que esta misma columna se cambiaba, durante la noche, en columna de fuego. Luego es cierto que durante cuarenta años, el maná caía todos los dias del cielo para alimentar á este pueblo; y que un arroyo de agua viva, que salió milagrosamente de una roca, le seguía á todos sus campamentos. Luego es cierto que Dios dió una ley á este pueblo sobre el Monte Sináí, con el aparato mas terrible y magestuoso. Luego es cierto que Dios mandó á Moises (como Moises lo re-

fiere) escribir todo lo que ha escrito, á fin de que este pueblo no se olvidase jamas de ello, &c.

Ahora, si todo esto es cierto, luego es tambien cierto que la religion de los judios es una religion divina, supuesto que Dios mismo la dió á sus padres por el ministerio de Moyses: luego es cierto que los libros de Moyses son libros divinos, no solo porque contienen la relacion de las maravillas mas asombrosas, y que solo Dios podia obrar, sino tambien porque han sido escritos por espresa orden de Dios, y bajo la direccion de su espíritu: este razonamiento es tan convincente como sencillo. Nada pueden oponer á la fuerza invencible de esta prueba; y este razonamiento, como lo ves, obra con la misma fuerza sobre los libros de Josué, los de los Jueces, de los Reyes y de los Profetas.

Hasta aqui, Teotimo, hemos tenido á los libros de los judios esta especie de respeto que se tiene á una historia tan fiel como interesante. Des-

de ahora tendremos á estos mismos libros un respeto religioso; no los miraremos ya como libros, ú hombres llenos de probidad, que nos cuenten lo que han visto, sino como libros donde Dios mismo nos habla por sus ministros; y honraremos estos libros como depositarios de la palabra de Dios.

Sin embargo, los libros de los profetas tienen un carácter de divinidad, que les es propio, y que importa hácerlo advertir. La profecía es la predicción de un suceso que no puede ser conocido sino de Dios; y por consiguiente los sucesos, que son los efectos necesarios de las leyes de la naturaleza, no pueden ser el objeto de la profecía. Así, cuando un astrónomo predice un eclipse de sol ó de luna, no es profeta por eso, porque el conocimiento que tiene del curso de los astros, le presta reglas infalibles para semejantes predicciones. Pero aquel que predice sucesos, que no son efecto necesario de las leyes de la naturaleza, que nosotros conocemos, y que los

predice claramente, es un verdadero profeta. Dios es quien le ha inspirado, y quien le ha revelado los secretos de lo futuro, los cuales nadie sino él conoce.

Ahora, los profetas Isaias, Jeremías, Ezequiel, Daniel y los otros han predicho sucesos que no estaban, ni podían estar en las leyes de la naturaleza que nosotros conocemos, y que por consecuencia no podían ser conocidos sino de Dios. Ellos los han predicho claramente, señalando con precisión sus principales circunstancias: los han predicho en un tiempo en el cual no había apariencia alguna de semejante cosa, y en el cual ni aun podía formarse sobre ello conjetura alguna. Sus predicciones se han verificado á la letra: la historia da fe de ello: luego eran verdaderos profetas, hombres inspirados por Dios, y por consecuencia sus libros son libros divinos. ®

Aquí pueden, Teotimo, preguntarnos, cómo los profetas podían ser reconocidos por tales, y hacer recibir sus predicciones como oráculos infali-

bles, puesto que de un lado los profetas no anunciaban sino cosas futuras, y que de otro, solo el mismo suceso es quien puede probar que quien lo anuncia es profeta. Antes del suceso todo es incierto y está suspenso. Dios, á quien nada se le oculta, tomó medios dignos de él para hacer reconocer á sus profetas, y para obligar á su pueblo á recibir y á conservar sus predicciones con el mas religioso respeto. (Este es un rasgo muy grande de su sabiduria infinita): desde luego les reveló cosas que debian suceder á poco tiempo; pero que no podian ser conocidas sino de él y les mandaba las anunciásen á su pueblo. Veían los sucesos, y creían. La mision del profeta era reconocida universalmente, y desde aquel momento entraba públicamente en posesion del carácter de hombre inspirado de Dios. Dios revelaba en seguida á este profeta sucesos mas apartados, y al mismo tiempo mas grandes y mas interesantes, como el cautiverio y libertad de su pueblo, la formacion de los grandes Imperios, &c. y le man-

daba los publicase. En fin, le hacia conocer la venida del Mesias prometido, las principales circunstancias de su vida y de su muerte, la gloria de su resurreccion, los combates y las victorias de su Iglesia, &c. El cumplimiento de las primeras predicciones establecia la autoridad del profeta: (estas eran, si puedo esplicarme asi, sus cartas credenciales); y ponía á todo el mundo en la precision de prestar fe á las segundas. El cumplimiento de las segundas predicciones en los tiempos precisos, señalado por el hombre de Dios, despertaba de un golpe la fe que el curso del tiempo podia haber debilitado, y daba al profeta un nuevo crédito sobre todos los espíritus, disponiéndolos á escuchar, y esperar con una perfecta confianza y plena certeza el cumplimiento de las últimas. ®

En Isaias tienes un ejemplo estupendo de lo que aquí digo. Isaias se presenta al rey Ezechias, que estaba gravemente enfermo, y le anuncia de par-

te de Dios que va á morir. Ezechias derrama lágrimas, é invoca humildemente al Señor. Vuelve Isaias de parte de Dios, y le declara que sanará de su enfermedad, y vivirá todavía quince años; y para probarle la verdad de su prediccion, hizo volver atrás al sol en presencia de todo el pueblo, y seguidamente curó al rey con un milagro. Vé aqui, pues, reconocido Isaias por un profeta y por un hombre inspirado de Dios; y así le escucharán con el mismo respeto que si Dios mismo hablase. El mismo profeta predijo en seguida el cautiverio de su pueblo en Babilonia, y su libertad por Ciro, llamado por su nombre mas de cien años antes de su nacimiento, y cuyas victorias describe magníficamente. En fin, el predijo los principales sucesos de la vida del Mesias y de su reyno, ó mas bien escribió muchos siglos antes la historia del Mesias y de su Iglesia. ¿Cómo habrian podido reusarse á creer las segundas profecias de Isaias, despues de haber visto cum-

plirse las primeras; y cómo habrian podido resistirse á creer las últimas, despues de haber sido testigos del cumplimiento de las segundas?

Ademas de los caracteres de divinidad, que son propios de los principales libros del Antiguo testamento, y que en todas sus partes brillan, hay otros que no conocen todos. Estos caracteres son poco conocidos de los hombres vulgares, que leen ordinariamente sin reflexion; pero los que tienen gran fondo de juicio los conocen, los admiran, y quedan embelesados. Tu querrás sin duda que te los haga observar.

(a) Yo encuentro el primero de estos caracteres en el estilo de los autores sagrados. Estos han escrito sin amor propio, y son los únicos que han escrito así. En quanto han escrito se ve que ellos no pensaban en sí mismos quando escribian, y que solo se ocupaban de la verdad y de la gloria de Dios, de la ins-

(a) Estilo de la Escritura.

truccion y de la santificacion de los hombres. Se dirá, si me atrevo á esplicarme así, que la verdad salía desnuda enteramente de su pluma para ir á colocarse en sus escritos.

No se percibe en los autores sagrados designio alguno de hacerse señalar, complacencia alguna con ellos mismos, ni el mas pequeño deseo de contentar su propio entendimiento ó el de sus lectores, dando á las cosas que dicen una vuelta natural ó ingeniosa. Todos estos defectos se ven y conocen en los escritos de los autores profanos, á pesar del cuidado que tienen de ocultarse. ¿Qué digo? Este mismo cuidado los descubre. Sale siempre de estos escritos yo no sé qué olor de amor propio y de vanidad, que los que tienen el juicio delicado lo descubren muy bien. Los autores profanos hacen muchas reflexiones sobre las personas, sobre los sucesos y sus causas. Los autores sagrados no las hacen: los primeros quieren mostrar á sus lectores que piensan profundamente, y

hacerles pensar como ellos: los segundos estan perfectamente exentos de estas dos debilidades.

Los autores sagrados son simples, sin estudio; y grandes y sublimes, sin esfuerzos. Que lean los autores profanos que han sobresalido en estos dos géneros. Los Esopo, Pedro, Lafontaine en el primer género. Los Homero, Demóstenes, Ciceron, Corneille en el segundo. Los primeros tienen una sencillez hermosa: parece á primera vista que la misma naturaleza es la que habla. Pero que los examinen de cerca, y verán que su sencillez es el fruto del trabajo y de la combinacion. Los segundos se elevan con un vuelo impetuoso, y nos arrastran trás sí á una region desconocida; pero ellos se elevan con esfuerzo, y este esfuerzo se conoce mas ó menos en todas las partes de sus obras. Se ve, por esplicarme así, que su alma se agita por concebir maravillas que nos sorprendan, y nos admiren en sus escritos.

No, Teotimo, no se permite á

los hombres el servirse del estilo de la Escritura, porque este es un estilo que Dios mismo se ha reservado. Los hombres pueden al leer los libros santos coger la idea de este estilo; pero luego que toman la pluma para imitarlo, esta idea se les escapa; porque el amor propio, sin que lo perciban les arma lazos, en los cuales caen inevitablemente.

(a) El segundo carácter de divinidad que debo hacerte observar, amado Teotimo, en los libros del Antiguo testamento, es la magestad con que hacen hablar y obrar al Ser Supremo. En ellos no hace ni dice nada Dios que no sea digno de él: siempre es el mismo, siempre es Dios, siempre es un Ser soberanamente libre é independiente; un Ser Todo-Poderoso, infinitamente Sabio, infinitamente Santo; infinitamente Justo é infinitamente Bueno. Mira á Dios criando el mundo, libertando

(a) Dios habla y obra como Dios en la Escritura.

su pueblo del cautiverio de Egipto, dándole su Ley, y formando sus costumbres en el Desierto: hazte presente en espíritu á sus diferentes apariciones á Adán, á Noé, á Abraham, á Moyses y á los otros: escúchale, hablando á los profetas y á su pueblo, y te admirarás de la magestad y la dignidad, con la cual este Ser Supremo sostiene siempre su carácter: tu le hallarás respondiendo siempre perfectamente á la idea que nos ha dado de sí mismo, comenzando la obra de la Creacion, y ordenando al mundo que saliera de la nada; y observa aquí, que los libros donde Dios está representado de un modo que le caracteriza tan bien, no son la obra de un solo hombre, sino de un gran número de hombres, los cuales han escrito sucesivamente durante varios siglos.

Todos estos hombres tenían, pues, el mismo espíritu, y este espíritu no podia ser sino el espíritu de Dios. Por qué ¡oh Teotimo! solo Dios

es quien puede pintarse á sí mismo, porque solo él se conoce perfectamente. No pertenece á los hombres el hacerle hablar ú obrar, segun la eminencia de su naturaleza. Ellos no pueden hacer mas que transcribir sus palabras, y hacer la relacion de las maravillas de su poder, despues de haberlas visto. La ficcion en este género, y sobre todo una ficcion sostenida es absolutamente superior á su espíritu. ¿Quieres una prueba bien sensible de lo que aqui digo? Los autores paganos en sus escritos han hecho hablar y obrar frecuentemente á sus dioses; ¿pero cómo? Como hombres. Las pinturas que hacen de las acciones de sus dioses, son á veces sublimes, y las acciones ellas mismas son ordinariamente pueriles. Compara á Homero, Sofócles, Eurípides, Virgilio, ¡qué ingenios! Compáralos, dige, con Moyses, David, Isaías, y demas autores sagrados; los primeros te causarán compasion junto á los segundos: ¿de dónde viene esta diferencia? De

que los primeros eran inventores, y los segundos historiadores: los primeros hacian hablar y obrar á sus dioses; y los segundos contaban lo que Dios habia dicho, y lo que habia hecho.

(a) El tercer carácter de divinidad, que percibo en los libros del Antigo testamento, es la santidad y la sabiduria de la ley de Moyses. Nadie ha podido negar jamas que los diez preceptos de esta ley no encierran todos los deberes del hombre ácia Dios, ácia sí mismo, y ácia sus semejantes. Las ceremonias del culto que los judios daban á Dios, eran muy augustas. Su policia era admirable. Si en el pormenor de las observancias que la ley prescribe hay algo que hiera nuestra delicadeza, es porque no conocemos bastante mente el carácter del pueblo Judayco, sus costumbres, sus necesidades, y todas las circunstancias en que se hallaba.

(a) Santidad y sabiduria de la ley de Moyses.

Que no digan aquí que la ley de Moyses es tan conforme á la razon, que no es estraño que un grande ingenio, como el de Moyses, haya trazado el plan; porque yo preguntaré siempre, ¿por qué los Babilonios, los Egipcios, los Griegos y los Romanos; estos pueblos tan célebres, y en donde han visto tan grandes hombres en todo género, no han imaginado nada semejante, y ni aun nada que se le acerque? Preguntaré siempre; ¿por qué el pueblo que ha tenido un Homero, un Sócrates, un Platon, un Demóstenes y tantos otros, no ha tenido tambien su Moyses? Preguntaré siempre, ¿por qué un pequeño pueblo, escapado del Egipto, confinado á un rincón del mundo, desconocido de todos los otros pueblos, escepto de sus vecinos; por qué este pueblo es el sólo que haya tenido una idea justa de Dios, una ley santa, un culto puro, y una policia verdaderamente sabia! Vé aquí lo que yo preguntaré siempre, y vivo seguro de que no me responderán.

(a) El cuarto carácter de divinidad que brilla en los libros del Antiguo testamento, es que el hombre parece siempre en ellos en presencia de Dios en la postura que debe estar; y este es, Teotimo, el mas grande y maravilloso carácter de la Escritura santa, y al mismo tiempo aquel al cual atienden menos. Observa como Abraham, Isaac, Jacob, Moyses, Job, David, todos los profetas, todos los autores de los libros que llaman Sapienciales, piensan de Dios: qué sentimientos tienen ácia Dios: cómo hablan á Dios, y no podrás menos de admirarte. ¡Qué respeto tan profundo á la grandeza de este Ser Supremo! ¡Qué enagenamiento de admiracion, de reconocimiento y de amor! ¡Qué confianza en la bondad de Dios y en su misericordia! ¡Qué deseo de conocerle, de agradarle y de verle en el resplandor de su gloria! ¡Qué

(a) En la Escritura el hombre parece siempre en la presencia de Dios en la postura que le conviene delante de este Ser Supremo.

humildad, qué sumision á su voluntad, siempre justa y siempre santa! ¡Qué confesion sincera de la flaqueza del hombre, de su corrupcion, de su miseria, y de la necesidad que tiene de Dios! ¡Qué amargo sentimiento de haber ofendido á este Ser Supremo, de haber violado su santa Ley, y de haberle desagradado! ¡Qué ardiente deseo de volver á su gracia! ¡Qué celo de satisfacer á su justicia por la penitencia! Y este tono, si puedo explicarme así, está sostenido de un extremo á otro en el Antiguo testamento. El modo con que el hombre habla á Dios en este libro admirable, me pinta á Dios tan grande como el modo con que Dios habla al hombre. Este espectáculo del hombre en presencia de Dios, es el mas grande espectáculo que la Escritura me presenta. ¿Quién es quien ha enseñado tan bien al pueblo Judayco lo que Dios es relativamente al hombre, y lo que el hombre es relativamente á Dios? ¿Quién le ha

enseñado á conocer y sentir toda la estension de los deberes del hombre á Dios sino Dios mismo?

Los libros de los paganos dan tambien aqui testimonio á la divinidad de los libros santos, por la fuerza del contraste que hay entre los unos y los otros. Es cierto que se encuentran de tiempo en tiempo en los libros de los paganos, sean poetas, sean historiadores o filósofos, algunos de los sentimientos que acabo de circunstanciar; pero ninguno de estos sentimientos está explicado en ellos en toda su pureza: estos no son ordinariamente sino bosquejos débiles. La mayor parte de estos sentimientos, que son sin embargo tan justos, no se encuentran, ni aun se ve de ellos la menor traza. Las súplicas que dirigen á sus divinidades, son fastuosas: las alabanzas que les dan son ridículas, y siempre tienen en su presencia pretensiones insolentes. ¿De dónde puede venir tan grande diferencia entre los libros de los paganos, y los del pueblo Judayco, sino de que los

unos no tenían otra luz que la de la razón, obscurecida por las pasiones y preocupaciones, y de que los otros tenían la luz de la revelación? Los primeros no veían sino débiles rayos del sol, escapados de tiempo en tiempo á través de las nubes espesas que cubrían sus cabezas, y los rodeaban por todas partes: los segundos al contrario, veían el sol en todo su brillo, y gozaban continuamente de su gran luz.

Y te exhorto, mi amado Teotimo, á que grabes profundamente en tu espíritu la idea que acabo de darte de los libros del Antiguo testamento. Tu leerás estos libros cuando tu edad lo permita, y te empeñen á hacerlo los consejos de personas sabias, y si llevas á esta lectura intenciones rectas, si la haces con un corazón simple y perfectamente desinteresado, no solo convendrás en que los caracteres que te he hecho observar se hallan en estos admirables libros, sino que los verás brillar con un resplandor que te sorprenderá, y los sentirás de una ma-

nera la mas tierna y expresiva.

Concluyamos, mi amado Teotimo: los libros del Antiguo testamento, como que son libros incontestablemente divinos, se sigue de aquí, que nosotros debemos recibir con una plena y entera sumision de espíritu todo lo que estos libros contienen, todas las maravillas referidas en ellos, todas las verdades reveladas en ellos, todos los preceptos que en ellos se dan, por ser todo esto evidente hasta el último extremo.

Seria un artificio grosero el pretender que estos libros han sido alterados por el curso de tantos siglos, ó por otras causas. Es evidente, que es absolutamente imposible que así haya sucedido. Porque, sin hablar aquí de la atención religiosa, con la cual es constante que el pueblo Judayco ha velado en todos los tiempos en la conservación de estos libros; digo simplemente que es mas claro que el día que Dios ha dictado estos libros, á fin de que las maravillas de la Creación, y

otras maravillas de su poder se conservasen entre los hombres; á fin de anunciar al mundo el Mesias que debia enviarle para instruirlo y santificarlo; á fin de preparar los pueblos para la venida de este Mesias, y echar desde lejos los cimientos de la ley que debia dar. Era, pues, necesario que Dios velase en la conservacion de estos libros, y de su integridad, y que los preservase de toda alteracion, á lo menos esencial. Sin esto, estos libros no habrian podido jamas producir los efectos que esperaba de ellos. Claro es que Dios estaba mas interesado en la conservacion de estos libros que en la del mundo mismo, supuesto que el mundo no subsiste sino á fin de que lo que está predicho en estos libros pueda cumplirse.

Independientemente de todo lo que decimos aqui, es evidente que los libros que encierran toda la historia de un pueblo, todos los monumentos de su grandeza y toda su teologia; que por otra parte estan entre las manos

de todo el mundo; que cada dia se leen, ya en las familias, y ya en las asambleas públicas de este pueblo; es, digo, evidente que un libro semejante no pudo sufrir jamas alteracion esencial, como lo mostraremos en otro lugar con mas estension.



CATECISMO

DE LA SESTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de los libros del Antiguo testamento.

P. Despues de lo que acabais de decir, no tengo duda sobre la autenticidad y la verdad de los libros de Moyses. Pero os resta por probar que estos libros son divinos.

R. Moyses tuvo todos los caracteres de un hombre enviado de Dios, y probó su mision al pueblo de Israel con los mas estupendos milagros. Por orden de Dios escribió los libros que

llevan su nombre. Ahora, es evidente que los libros escritos por orden de Dios y por un enviado suyo, son libros divinos: luego los libros de Moyses son libros divinos. El mismo razonamiento puede hacerse con respecto al libro de Josué, y á los siguientes:

P. ¿Cómo se prueba que los libros de los profetas son divinos?

R. Se prueba que los libros de los profetas son divinos; porque es evidente por una parte, que los sucesos que ellos han predicho no podian ser conocidos sino de Dios; y por otra, que todas sus predicciones se cumplieron á la letra, tanto en quanto al tiempo, como por las circunstancias que habian señalado.

P. ¿No encontrais otros caracteres de divinidad en los libros del Antiguo testamento?

R. Yo encuentro todavía en los libros del Antiguo testamento quatro caracteres de divinidad que les son comunes, y de los cuales confieso que me siento movido. El primero es, que

los autores de estos libros han escrito sin amor propio, y con una sencillez, y con un desinterés inimitables al hombre: El segundo es, que estos autores hacen hablar y obrar siempre á Dios de un modo verdaderamente digno de él. El tercero es, que el plan de legislación contenido en estos santos libros, considerado en su todo, es visiblemente superior al entendimiento humano. El cuarto es, que en estos libros, el hombre parece siempre en presencia de Dios en la postura que debe estar; esto es, siempre anonadándose en presencia de este Ser Supremo.

P. ¿Qué consecuencia sacais de la divinidad de los libros del Antiguo testamento?

R. De que los libros del Antiguo testamento son divinos, concluyo, que debo recibir con una sumision perfecta todo lo que se refiere en estos libros, todo lo que en ellos se revela, y todo lo que ellos ordenan á los hombres.

P. ¿Pero los libros del Antiguo

testamento no estan alterados? Ellos son bien antiguos, y ya se sabe que el tiempo lo altera y cambia todo.

R. Por antiguos que sean los libros del Antiguo testamento, es imposible que hayan sido alterados, á lo menos en las cosas esenciales; porque Dios mismo, haciendo escribir estos libros para instruccion de los hombres de todos los paises y de todos los siglos, es evidente que tomaba de su cuenta el velar sobre su conservacion y su integridad.

SEPTIMA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de la ley Mosayca.

La verdad y la autenticidad de los libros del Antiguo testamento demuestran invenciblemente la divinidad de estos mismos libros; y por otro lado esta divinidad de estos libros se demuestra en ellos por sí misma. Dios, si pue- tra en ellos por sí misma. Dios, si pue- do esplicarme así, habla en ellos con

un tono que le es propio; y que le caracteriza tan bien, que no puede desconocérsele. Esto es, mi querido Teo- timo, lo que hemos visto en la sesta conferencia, y parece que quedaste plenamente satisfecho, y convencido de ello.

Ahora (a), es evidente que la di-

(a) Suplico al lector se acuerde aquí de que hemos mostrado en la conferencia aparte, ó sea suelta, que jamás ha habido mas de una religion, dada por Dios á los hom- bres. La religion de Adan y de Noé, &c. La del pueblo Judayco y la del pueblo cristiano son la misma religion. Y así, cuan- do se dice que los primeros hombres vivie- ron bajo la ley de la naturaleza, ó que no tuvieron otra ley que la ley natural, se habla impropriamente; y esto significa solo, que en aquel tiempo no habia Dios añadi- do á la ley natural sino muy pocos pre- ceptos positivos. Del mismo modo se ha- bla impropriamente cuando se dice la reli- gion de Adan, la religion Judayca y la religion Cristiana. Estas no son tres religio- nes, sino tres diferentes estados de la mis- ma religion.

El culto exterior que Dios prescri-

testamento no estan alterados? Ellos son bien antiguos, y ya se sabe que el tiempo lo altera y cambia todo.

R. Por antiguos que sean los libros del Antiguo testamento, es imposible que hayan sido alterados, á lo menos en las cosas esenciales; porque Dios mismo, haciendo escribir estos libros para instruccion de los hombres de todos los paises y de todos los siglos, es evidente que tomaba de su cuenta el velar sobre su conservacion y su integridad.

SEPTIMA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de la ley Mosayca.

La verdad y la autenticidad de los libros del Antiguo testamento demuestran invenciblemente la divinidad de estos mismos libros; y por otro lado esta divinidad de estos libros se demuestra en ellos por sí misma. Dios, si pue- tra en ellos por sí misma. Dios, si pue- do esplicarme así, habla en ellos con

un tono que le es propio; y que le caracteriza tan bien, que no puede desconocersele. Esto es, mi querido Teo- timo, lo que hemos visto en la sesta conferencia, y parece que quedaste plenamente satisfecho, y convencido de ello.

Ahora (a), es evidente que la di-

(a) Suplico al lector se acuerde aquí de que hemos mostrado en la conferencia aparte, ó sea suelta, que jamás ha habido mas de una religion, dada por Dios á los hom- bres. La religion de Adan y de Noé, &c. La del pueblo Judayco y la del pueblo cristiano son la misma religion. Y así, cuan- do se dice que los primeros hombres vivie- ron bajo la ley de la naturaleza, ó que no tuvieron otra ley que la ley natural, se habla impropriamente; y esto significa solo, que en aquel tiempo no habia Dios añadi- do á la ley natural sino muy pocos pre- ceptos positivos. Del mismo modo se ha- bla impropriamente cuando se dice la reli- gion de Adan, la religion Judayca y la religion Cristiana. Estas no son tres religio- nes, sino tres diferentes estados de la mis- ma religion.

El culto exterior que Dios prescri-

vinidad de los libros del Antiguo testamento demuestra á su vez la divinidad de la ley Mosayca; porque estamos obligados, como se ha dicho, á creer firmemente todo lo contenido en los libros que reconocemos por li-

cribió á Adan y á los principales hombres, era mas simple, y mucho menos cargado de prácticas, que el que luego exigió del pueblo Judayco.

Dios dió á los judios un culto exterior, compuesto de un gran número de prácticas y ceremonias de religion, las cuales no tocaban á los otros pueblos. Y en fin, Jesucristo mismo ha dado al pueblo Cristiano un culto exterior, y ceremonias de religion diferentes de las que Dios habia dado á los judios; pero estas diferencias de culto no constituian religiones esencialmente diferentes: sin embargo, como por la palabra religion entienden frecuentemente las prácticas y las ceremonias del culto exterior que un pueblo ó una sociedad da á Dios; se puede en este sentido distinguir tres religiones, la de los primeros hombres, la de los Judios y la de los Cristianos; pero este sentido es siempre impropio, como ya lo hemos notado.

bro divinos; esto es, libros que Dios ha dictado, y de quienes es propiamente autor; porque los que los han escrito no han hecho mas que llevarle la pluma. Negar alguno de los hechos referidos en estos libros, ó ponerlos en duda, seria acusar á Dios de mentira, ó sospecharle capaz de ella. Ahora, en los libros del Antiguo testamento se dice que Dios dió al pueblo de Israel, en el desierto á donde lo habia conducido, una ley que está trazada por estenso en estos mismos libros; que esta ley fue promulgada con el mas brillante aparato; y que fue solemnemente aceptada por el pueblo, tanto en su nombre, como en nombre de sus descendientes. Todo el mundo sabe que los judios no tuvieron jamas otra ley; y que aun despues de su dispersion en todas las naciones la conservan tal amor, que tiene algo de prodigioso, nazca de donde nazca. Es, pues, evidente que la ley de los judios tiene á Dios por autor, y que es divina: la demostracion es completa, y asi no dire-

mos ya mas sobre este asunto.

Vé aqui (a), pues, una ley revelada, vas á decir, mi querido Teotimo; hemos hallado lo que buscábamos. Dios se ha dignado de hablar á los hombres; se ha hecho conocer de ellos; les ha mostrado el culto que

(a) Hubo una ley revelada desde el origen del género humano. Adán mismo, antes de su caída, tuvo una revelacion que encerraba dogmas y leyes positivas. Despues de su caída tuvo la revelacion del Mesias: Abraham, fuera de la revelacion de que el Mesias naceria de su posteridad, tuvo tambien para sí y para su posteridad la ley de la Circuncision, y esta ley era asimismo una ley revelada: 1.º: Antes de la revelacion, dada al pueblo Judayco por ministerio de Moyses, no habia habido revelacion dada á un pueblo entero. 2.º: No habia todavia habido un cuerpo completo de leyes reveladas en aquel tiempo. 3.º: Aqui se supone que Teotimo ignora las revelaciones que habian precedido á la que fue dada á los judios por ministerio de Moyses; por esto es por lo que se escribe: ¡ Véase, pues, una ley revelada!

exigia de ellos, y los ha instruido en todos sus deberes. Recibamos, pues, esta revelacion con un profundo respeto, y con demostraciones de júbilo y reconocimiento. Exámenes ulteriores ofenderian sobre esto á nuestro Criador. Dios manda: obedzcámosle. No hay que deliberar, es preciso hacernos judios.

Estos serán sin duda, mi querido Teotimo, tus razonamientos; pero sufre que te detenga. Nosotros no tenemos todavia todas las luces que necesitamos para determinarnos. En efecto, por muy convencidos que estamos de que la ley de Moises viene de Dios, no podemos hallarnos obligados á abrazarla, sino en tanto que estemos ciertos de que Dios ha dado esta ley para todos los pueblos, y que la ha dado para todos los tiempos; porque si Dios no ha dado esta ley sino para los judios, los otros pueblos pueden dispensarse de sujetarse á ella, cuando fuera para todos los tiempos. Y cuando esta ley fuera pa-

ra todos los pueblos, nadie estaba obligado á recibirla, si no era sino por un tiempo, y este tiempo habia acabado. Porque es claro que acabado este tiempo, esta ley queda derogada de pleno derecho. Espirando el último momento señalado para la duracion de esta ley, ella espira con él. Yo creo, mi querido Teotinio, que tú entiendes sin trabajo lo que aquí digo. Ahora voi á probarte: 1.º: Que la ley de Moyses no fue dada por Dios, sino para el pueblo de Israel, y no para los otros pueblos. 2.º: Que esta ley no fue dada á este pueblo, sino por un tiempo. 3.º: Que el tiempo de esta ley se acabó; de donde resultará claramente que no es á esta ley á la que debemos adherirnos, sino á aquella que debia reemplazarla después de su abolicion.

Digo, pues, en primer lugar que la ley Mosayca no fue dada por Dios á los israelitas, sino para ellos, y no para todos los pueblos. Esto es lo que los libros santos señalan del modo mas

espreso. En ellos vemos por todas partes, que uno de los principales designios del Señor (a), cuando dió esta ley á los judios, fue el distinguirlos

(a) La intencion de Dios, dando al pueblo de Israel una revelacion mas clara y mas circunstanciada del Mesias, que las que habia dado precedentemente, era: 1.º: Que los judios conservasen entre ellos el precioso depósito de la fe del Mesias. 2.º: Que ellos hiciesen conocer el Mesias á las naciones vecinas, y á aquellas con las cuales se mezclarian en adelante, fuera por el comercio que con ellas tuvieran, fuera por su dispersion entre ellas, despues de la ruina de los dos reynos, de Judá y de Israel. Esta segunda intencion tuvo su efecto, á lo menos hasta un cierto punto; porque muchos particulares de estas naciones idólatras conocieron al Mesias, y creyeron en él por medio de los judios, y tambien todas las naciones supieron que los judios esperaban un Salvador, á quien llamaban Mesias: lo que los disponia de lejos á recibir ellas mismas á este Mesias cuando viniese.

Dios no habia prohibido á los judios el asociar á su religion, é incorporar en

de todos los otros pueblos, y separarlos de tal modo que jamas pudieran unirse á ellos, y mucho menos todavia confundirse con ellos; y Dios tomó por esto medidas tan justas, que han tenido su efecto hasta nuestros

su pueblo, sino á los Cananeos y á los Amalecitas. Ellos podian hacer prosélitos en todas las otras naciones; y en efecto los hacian. Sin embargo, lo que se lee en el cuerpo de la conferencia es muy cierto y verdadero. Dios queria que los judios estuviesen enteramente separados de los otros pueblos, y para ello habia tomado las medidas mas justas. ¿Por qué habia obrado así? Porque preveia que seria siempre mas facil á los pueblos idólatras pervertir á los judios, que á los judios el convertir á estos pueblos. De esto dimanó, sin duda, la Circuncision, varias impurezas legales, la distincion de los animales mundos é inmundos, que eran como un muro de separacion entre los judios y los gentiles. Los gentiles despreciaban y aborrecian á los judios. Los judios miraban con horror á los gentiles; les huian quanto podian, ó no se acercaban á ellos, sino con precaucion, y ed-

tiempos, en los que vemos que los judios, aunque esparcidos en todas las naciones, forman por todas partes un pueblo aparte que nada tiene de comun con los otros.

No creas, Teotimo, sin embargo, que el dar Dios á los israelitas una ley particular, y separádoslos de todos los otros pueblos por esta ley, haya reprobado todo el resto del genero humano. No, este no fue el designio de Dios. Este Ser Supremo fue olvidado de las otras naciones;

mo á gentes contagiosas. A lo menos, el espíritu de la ley era el que obrasen así; y quando descuidaron el seguirla en este punto, cayeron en los lazos de la idolatría. Así Dios, si me atrevo á esplicar así, acudió á lo mas urgente; y no habiendo llegado todavia el tiempo de la conversion de los gentiles, trabajó principalmente en evitar la perversion de los judios. Quería, sin duda, que los gentiles conociesen al Mesias prometido; pero no queria que los judios, bajo pretesto de dar á los gentiles el conocimiento de este Mesias, se espusieran á perderla ellos mismos.

pero él no las olvidó jamas. Estas tenían la religion natural que es la primera religion, y como el fundamento de todas las otras, y podian arribar á salvarse, observando fielmente los preceptos de esta religion, segun lo hemos observado arriba. La Escritura nos da una prueba sin réplica de ello en la persona de Job (a). Este grande hombre nació, vivió y murió en el seno de la gentilidad. Jamas practicó la ley de los judios, y sin embargo fue un gran santo, y uno de los mas célebres amigos de Dios. Dios quiso que su historia fuese insertada en el cuerpo de las san-

(a) No pierdas de vista lo que se ha dicho en la conferencia aparte sobre los medios que los hombres nacidos en el seno de la infidelidad, sea antes, sea despues de la venida de Jesucristo, han tenido siempre para llegar al conocimiento del Mesias, y obrar su salvacion. Job, que aqui se cita, es una prueba sensible de la verdad de los principios que hemos sentado sobre esto en esta conferencia.

tas Escrituras, y para ello tuvo dos razones, de las cuales fue la una la de presentar á los israelitas un modelo de virtud, capaz de hacerles avergonzar de su infidelidad; y la otra, la de enseñar á todas las demas naciones, que ninguna de ellas quedaba escluida de salvacion. Es verdad que uno de los motivos que empeñaron á Dios á hacer alianza con los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, fue el preveer que bien presto todas las naciones darian en el escollo de la idolatría; pero su prevision no incomodaba la libertad de nadie. Las naciones abandonaron al verdadero Dios, porque ellas lo quisieron. Dios dió á Israel socorros mas abundantes que á los otros pueblos para preservarse de esta desgracia; pero jamas reusó á los otros pueblos los socorros necesarios. Amó á Israel con un amor de predileccion, y como á su hijo primogénito; pero no excluyó á ningun pueblo de su amor, porque todos los hombres son sus hijos.

Dige, en segundo lugar, que la ley de Moises no se dió á los israelitas sino por un tiempo, pasado una vez el cual, debia ser derogada. El término fatal de esta ley, si puede hablarse así, era el advenimiento del Mesias prometido desde el principio del mundo y autor de una nueva ley, y de una nueva revelacion mas clara y mas abundante, que debia publicarse en todo el universo; mediador de un testamento ó alianza, en la cual todas las naciones serian comprendidas, y que duraria hasta el fin de los siglos. Esto fue lo que el mismo Dios anunció á su pueblo en el tiempo que le daba su ley; haciéndole declarar por Moises, que le enviaria en los siglos futuros un profeta semejante á Moises; esto es, un legislador como él, pero de una ley mas santa y mas perfecta, y mandándole escuchar fielmente á este profeta y obedecerle en todo. Todos los libros sagrados del Antiguo testamento estan llenos de esta verdad, y por todos ellos resuena el anuncio del Mesias prometido.

Todos los que tienen algun conocimiento de las santas Escrituras descubren en ellas del modo mas sensible y mas admirable, que el único designio de Dios cuando se unió ó eligió el pueblo judayco de un modo tan especial, fue el conservar en él la revelacion del Mesias, hecha á nuestros primeros padres despues de su caída, y que el destino de este pueblo fuera anunciar este Mesias á las naciones antes que pareciera, y mostrarlas que parecería, uniéndose en seguida á ellas, á fin de no formar todas juntas sino un pueblo de Dios, y una misma Iglesia. Todo les habla del Mesias: su culto lo figuraba: sus profetas lo predecian: sus santos y sus héroes lo representaban; segun lo veremos mas ampliamente en adelante. Ellos tenían siempre entre las manos, y á la vista, si puedo valerme de esta espresion, el señalamiento ó filiacion de este libertador prometido á su nacion, y á todos los hombres; á fin de que cuando pareciera, pudieran ellos mismos cono-

cerle, y mostrarle á los otros pueblos. Esta simple esposicion hace ver claramente, mi querido Teotimo, que en la intencion de Dios, la ley Mosayca no debia durar sino hasta el advenimiento del Mesias. Que venido este Mesias esta ley debia quedar abolida, como que habia cumplido ya su destino y ya no tenia objeto. Que el pueblo judayco, él mismo, debia desde este momento cesar (por su reunion con los otros pueblos de la tierra en la religion del Mesias) de ser el pueblo de Dios de una manera especial; ó no ser mas, como ha sucedido, que un pueblo reprobado por haber desconocido al Mesias.

De todo lo que se ha dicho, mi querido Teotimo, ya ves que solo nos quedan tres cosas que examinar. 1.^o: Si es cierto que Dios prometió á los judios, y á todo el género humano, este Mesias de que hablamos. 2.^o: Si este Mesias ha venido segun lo afirman los cristianos, ó si se espera todavia, como pretenden los judios. 3.^o Supuesto que haya venido el Me-

sias, si es Jesucristo, ú es otro este Mesias.

CATECISMO

DE LA SEPTIMA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de la ley Mosayca.

P.^o ¿Qué pensais de la ley Mosayca.

R. Yo creo firmemente que la ley Mosayca es revelada por Dios, y por consecuencia divina.

P.^o ¿Cuáles son las razones que os empeñan á mirar la ley Mosayca como ley divina?

R. Vé aqui, en pocas palabras, las razones que me empeñan á mirar la ley Mosayca como una ley revelada y divina. Hemos demostrado claramente que los libros de Moises son libros divinos; esto es, libros dictados por Dios. Es evidente por

otra parte que debemos creer con una entera certeza todo lo que se refiere en los libros cuyo autor es Dios. Ahora en los libros de Moyses se refiere que Dios dió á los israelitas en el desierto una ley cuyos pormenores estan trazados en estos mismos libros, y que es la misma que los judios han tenido siempre, y tienen todavia: luego debemos creer con entera certeza que la ley de Moyses es una ley divina.

P. ¿Si la ley de Moyses es una ley divina, todos los hombres estan obligados á recibirla?

R. Aunque la ley de Moyses sea una ley divina, todos los hombres no estan sin embargo obligados á recibirla; porque esta ley no fue dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente al pueblo judayco; y no fue dada á los judios sino por cierto tiempo.

P. ¿Cómo se muestra que la ley de Moyses no fue dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente á los judios?

R. Se manifiesta que la ley de Moyses no fue dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente á los israelitas: 1.º: Porque Dios declara en la Escritura, que uno de los fines que se propuso al dar esta ley á los israelitas, fue el de separarlos de todos los otros pueblos. 2.º: Porque es cierto, asi por la confesion de todo el mundo, como por el ejemplo de Job nacido en el gentilismo, que todos los otros pueblos podian salvarse observando la ley natural, como lo hemos dicho arriba.

P. ¿Cómo se prueba que la ley de Moyses no fue dada á los israelitas sino por un cierto tiempo?

R. Se prueba que la ley de Moyses no fue dada á los israelitas mismos sino por un cierto tiempo: 1.º: Porque Dios mismo se esplicó asi al dar esta ley. 2.º: Porque todos aquellos que han leído las santas Escrituras, saben que Dios no dió la ley Mosayca á los israelitas, sino para perpetuar en ellos y por ellos, en el mundo, la fe del Mesias prometido; para

preparar la venida de este adorable Mesias prometido, y para anunciarlo á las otras naciones; de donde se sigue que el destino de esta ley debia ser necesariamente el durar hasta el advenimiento del Mesias, y acabarse luego que hubiese venido.

OCTAVA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Dios habia prometido á los judios y á todas las naciones un Mesias Salvador de los hombres, y que este Mesias ha venido.

Antes de entrar en materia, mi querido Teotimo, es necesario que yo haga acerca del language de la Escritura, ó mas bien acerca del language de Dios en la Escritura, algunas observaciones; por defecto de las cuales me contestarias, puede ser, el sentido que daré á algunos pasages que he de citar en la série de esta conversacion, y despues de las cuales estoi

cierto de que nada te detendrá en los dichos pasages.

Observa, pues, 1.^o: Que entre las profecias las hay de dos especies, las unas son claras, aun antes del suceso que distintamente anuncian, con sus principales circunstancias; y las otras no son claras sino despues del suceso. Estas se parecen, por servirme de la comparacion que he empleado ya, á la filiacion de un hombre; los que tienen esta filiacion en las manos, no pueden conocer á este hombre antes de haberle visto; mas luego que este hombre parece, la filiacion lo hace conocer, y el hombre á su vez hace conocer con su presencia la verdad de la filiacion. Mil hombres pasan uno despues de otro delante de los que tienen este símbolo, ó mas bien este retrato, y al ver á cada uno de ellos, dicen: no es él: se presenta por fin; y dicen al instante: éste es. Lo mismo sucede con las profecias de que hablo; antes del suceso, no se sabe lo que significan, ó á lo menos no se

preparar la venida de este adorable Mesias prometido, y para anunciarlo á las otras naciones; de donde se sigue que el destino de esta ley debia ser necesariamente el durar hasta el advenimiento del Mesias, y acabarse luego que hubiese venido.

OCTAVA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Dios habia prometido á los judíos y á todas las naciones un Mesias Salvador de los hombres, y que este Mesias ha venido.

Antes de entrar en materia, mi querido Teotimo, es necesario que yo haga acerca del language de la Escritura, ó mas bien acerca del language de Dios en la Escritura, algunas observaciones; por defecto de las cuales me contestarias, puede ser, el sentido que daré á algunos pasages que he de citar en la série de esta conversacion, y despues de las cuales estoi

cierto de que nada te detendrá en los dichos pasages.

Observa, pues, 1.^o: Que entre las profecias las hay de dos especies, las unas son claras, aun antes del suceso que distintamente anuncian, con sus principales circunstancias; y las otras no son claras sino despues del suceso. Estas se parecen, por servirme de la comparacion que he empleado ya, á la filiacion de un hombre; los que tienen esta filiacion en las manos, no pueden conocer á este hombre antes de haberle visto; mas luego que este hombre parece, la filiacion lo hace conocer, y el hombre á su vez hace conocer con su presencia la verdad de la filiacion. Mil hombres pasan uno despues de otro delante de los que tienen este símbolo, ó mas bien este retrato, y al ver á cada uno de ellos, dicen: no es él: se presenta por fin; y dicen al instante: éste es. Lo mismo sucede con las profecias de que hablo; antes del suceso, no se sabe lo que significan, ó á lo menos no se

sabe sino confusamente; no se sabe mas sino lo que basta para no engañarse; despues del suceso se sabe ya sin poder dudarle, que aquel era el suceso que se habia predicho.

Observa, en segundo lugar, que en los libros del Antiguo testamento hay tambien tres especies de profecias relativas al Mesias. Las unas hablan de él en términos claros y espesos: las otras lo manifiestan bajo de emblemas y figuras, y lo caracterizan de una manera enigmática: las otras, en fin, tienen un sentido que conviene en parte al Mesias, y en parte al héroe que lo representa. De aquí nacen tres reglas de crítica, todas sacadas en buen sentido. La primera es que debemos tomar á la letra todas las profecias que hablan del Mesias en terminos claros y espesos: la segunda es, que siempre que una profecia enigmática tomada á la letra no tiene un sentido razonable, ó no tiene ninguno; pero que tiene un hermoso sentido, si se entiende del Mesias, es me-

nester entenderla del Mesias; porque es evidente que todas las palabras de Dios deben tener un sentido, y un sentido digno de él. La tercera es, que cuando la Escritura habla de uno de estos héroes que representan al Mesias, de un modo magnífico para que lo que ella dice pueda convenirle, es menester atribuir al Mesias lo que no conviene á este héroe.

Graba profundamente en tu memoria, mi amado Teofimo, estas tres reglas; ellas son una de las principales llaves de la Escritura santa; y este libro divino será siempre un libro cerrado para aquellos que no tengan esta llave.

La primera cosa que debemos examinar es, si Dios habia prometido verdaderamente á los judios un Mesias que seria un legislador y su Salvador, y el de todos los hombres.

En el Génesis se refiere (cap. 3.), que nuestros primeros padres, violando en el Paraiso terrestre, por persuasion de la serpiente, la prohi-

bición que Dios les habia impuesto de comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal; Dios se les apareció, los citó á su tribunal, é hizo comparecer á él con ellos á la serpiente. Antes de pronunciar la sentencia de Adán y de Eva, pronunció la de la serpiente, y en esta sentencia se hallan estas notables palabras: "Yo „estableceré^(a) una eterna enemistad „entre ti y la muger, entre tu posteridad y la suya: un día llegará que „ella quebrantará tu cabeza."

Es evidente, Teotimo, que la serpiente no fue mas que el instrumento de que se sirvió el Demonio para tentar á Eva. La serpiente era entonces, como lo es ahora, un animal privado de la razon y de la palabra; pero el demonio se habia apoderado de su cuerpo, y la habia hecho hablar: la

(a) Primera revelacion general que ha podido conservarse por la tradicion vocal hasta Moises, no solo en la familia de Abraham, sino en todas las familias colaterales, y entre todos los hombres.

serpiente no era, pues, culpable; y no era á ella á quien se maldijo por estas palabras: "Un día vendrá que ella quebrantará tu cabeza:" sino á aquel cuya figura habia tomado despues de haber sido el instrumento de sus astucias. Dime, en efecto, ¿qué consuelo habria sido para nuestros primeros padres, despojados de la inocencia, y privados de todos los privilegios que formaban sus dotes, arrojados del paraiso terrestre, condenados al trabajo, al sufrimiento y á la muerte; qué consuelo habria sido para ellos el saber que un día quebrantaria una muger la cabeza de un vil y horrible réptil, semejante á aquel de quien el demonio se ha servido para perderlos? ¿Qué indemnizacion de su desgracia habrian podido hallar en una venganza tan remota y tan pueril? Es preciso, pues, convenir, en que las palabras del Señor tenian otro sentido que el que desde luego presentaban: que se dirigian al demonio; y que querian decir que en la serie de los tiempos, y despues de

la revolución de varios siglos, un hombre descendiente de Eva, y destinado por Dios para reparar su pecado, quebrantaria la cabeza de Satán, representado en la serpiente; esto es, que rompería su cetro, anondaría su dominación tiránica, y liberaría de ella al género humano; y este hombre es aquel á quien llamamos el Mesías. Así lo comprendieron nuestros primeros padres, y sus descendientes después de ellos.

Poco tiempo después del Diluvio, los hombres que volvieron á poblar la tierra, empezaron á pervertirse, y á parecerse á aquellos que Dios acababa de exterminar. Las costumbres se corrompieron y la religión se alteró. Desde el tiempo de Abraham, la superstición y la idolatría habían hecho ya grandes progresos, y el mal crecía siempre. Dios vió que las primeras tradiciones, que comenzaban ya á obscurecerse, serían borradas bien presto de la memoria de los hombres, y que apenas quedarían de ellas vestigios informes: que la fe del Mesías se perdería:

y que él mismo sería desconocido. Llamó á Abraham (a), é hizo alianza con este gran patriarca, y le prometió que el Mesías nacería de él en la serie de los tiempos. Todas las naciones de la tierra, le dijo, serán bendecidas en vuestra posteridad. La misma promesa hizo á (b) Isaac, y en seguida á Jacob, siempre en los mismos términos.

Dícese en el Génesis, cap. 49, que el patriarca Jacob próximo á morir juntó sus hijos á su rededor, y anunció á cada uno de ellos el destino futuro de la Tribu, cuyo vástago debía ser él. Cuando llegó á Judá, entre otras palabras proféticas, pronunció éstas: "El ce-

(a) Segunda revelación del Mesías, menos general que la primera; pero común también á las dos familias que salieron de Abraham, la de Isaac y la de Ismaél, y sin duda, además, á la de Loth.

(b) Tercera revelación del Mesías, menos general que las dos primeras; pero común también á las dos familias que salieron de Isaac.

tro no será quitado á Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta que venga el que debe ser enviado, y éste será la espectacion de las naciones." Palabras que designan visiblemente al Mesias, y que señalan tambien con precision, pero de un modo general, el tiempo en que aparecerá en el Mundo.

Dando Moises la ley á los israelitas en el desierto, les anuncia el Mesias de parte de Dios, como lo hemos dicho mas arriba. "El Señor, vuestro Dios, les dijo, os suscitará un profeta como yo, de vuestra nacion, y de entre vuestros hermanos, y á él escuchareis." Ahora, es claro que estas palabras no pueden entenderse sino del Mesias, porque: 1.º: Moises no habla sino de un solo profeta, aunque sabia que Dios suscitaria un gran número de ellos entre los israelitas. 2.º: El habla de un profeta que será semejante á él; esto es, legislador como el, por donde le distingue de todos los otros profetas, cuyo ministerio se ciñó á

llamar á los hijos de Israel á la observancia de la ley de Moises, y á predecir lo futuro. 3.º: A él es á quien escuchareis, concluye Moises; y por estas palabras insinúa que este profeta anunciará una nueva doctrina; que no solo hablará en nombre de Dios, como los otros profetas, sino tambien en su propio nombre. En fin, que luego que este profeta empezará á hablar Moisés y la ley callarán en su presencia, y que no será necesario escuchar ya á nadie sino á él.

A medida que el tiempo señalado de toda eternidad en los consejos de Dios para la venida del Mesias, se acercaba, las profecias eran mas claras y mas circunstanciadas: mientras mas se adelantaba ácia su pueblo, si puedo, esplicarme así, el Redentor prometido desde el origen del mundo, mas bien este pueblo distinguia sus rasgos que desde luego no habia visto sino de lejos y confusamente. David, Isaias, Jeremias, Ezequiel y Daniel, que desde la

fundacion de la monarquia de los judios se sucedieron hasta cuasi el fin del cautiverio de Babilonia, hablaron distintamente, y tan por menor de quanto tenia relacion con el Mesias, que puede decirse que escribieron su historia con anticipacion. Y desde Daniel hasta el último de los profetas, las luces fueron creciendo siempre.

Daniel, cap. 9, señala claramente el número de años que debian pasarse desde el edicto dado para la reedificacion de la ciudad de Jerusalem, hasta la muerte del Mesias.

Los judios, de vuelta de su cautiverio de Babilonia, construyeron un nuevo templo sobre los cimientos del antiguo elevado por Salomon, y destruido luego por Nabucodonosor; y á la vista de este segundo templo, hizo nacer entre ellos dos sentimientos bien contrarios: los que no habian visto el primer templo, lloraban de alegría; y los que lo habian visto, lloraban de dolor. En este momento el profeta Agéo se apa-

reció en medio de la asamblea, y habló así en nombre de Dios: "Quién es de entre vosotros el que ha visto esta casa en su primera gloria? Y en qué estado la ves ahora? No parece á tus ojos, como si no existiera, comparada con lo que ha sido. . . ? Pero no temas: ve aquí lo que dice el Señor de los egércitos: se pasará todavía algun tiempo; pero conmoveré el cielo y la tierra, la mar y todo el universo; conmoveré los pueblos, y el deseado de todas las naciones vendrá; y llenaré de gloria esta casa, dijo el Señor de los egércitos. La gloria de esta última casa será todavía mas grande que la de la primera, dijo el Señor de los egércitos: yo daré la paz en este lugar."

Es imposible entender estas palabras relativas á otro que al Mesias; y se vé claramente por estas mismas palabras, que el Mesias debia parecer en el segundo templo, y por consecuencia, venir al mundo antes que este templo se destruyera.

Malachías, el último de los profetas, o mas bien Dios por su boca, se explica así, cap. 3.: "Ve aquí que yo envío á mi ángel, y él preparará el camino delante de mí, y al instante, el Dominador de las naciones que buscáis, y el ángel del Testamento que deseáis, vendrá á su templo. Miralo, que viene, dijo el Señor." En los dos últimos versículos del cuarto y último capítulo, anuncia al precursor del Mesías por estas palabras: "Ved aquí, que yo os enviaré al profeta Elías, antes que el gran día del Señor llegue; y él reunirá los corazones de los padres á los hijos, y los de los hijos á los padres." Estos últimos oráculos de Malachías fueron la última voz de los profetas, y como el postrero anuncio del Mesías. Los profetas callaron por respeto, delante de aquel que despues de haber hablado á los hombres por su ministerio, debia bien presto hablarles por sí mismo, como Isaias lo habia prometido. Toda la nacion judayca quedó en la expectati-

va del advenimiento inmediato de su Salvador. Estuvieron atentos á todas las mudanzas que sucedieron en la constitución del estado, las cuales debían preceder este advenimiento tan deseado. Siempre tuvieron fijos los ojos ácia el lugar donde el Mesías debia nacer, y confrontaban todos los hombres extraordinarios que parecian con el retrato que la Escritura habia hecho de él.

Ya ves por ti mismo mi querido Teotimo, que los mismos testos de la Escritura, en los cuales promete Dios al mundo el Mesías, prueban del modo más evidente, que el Mesías vino muchos siglos ha. Sería cegarse voluntariamente el querer desconocer esta verdad. Jacob anuncia que el Mesías vendrá cuando la Tribu de Judá habrá perdido la soberanía; y la Tribu de Judá cesó de gobernarse soberanamente luego que Herodes, príncipe Iduméo fue hecho rei de Judea por los Romanos, cerca de 1800 años; y vemos en efecto en el evangelio, que los príncipes de los

pueblos del mundo, y en particular al pueblo de Israel, de enviar el Mesías?

R. Se prueba por una multitud de pasages de la Escritura relativamente al Antiguo testamento, que Dios habia prometido el Mesías á los judios, y á todos los pueblos; y estos pasages son tan claros, que es imposible desconocerlos.

P. Indicadme algunos de los pasages del Antiguo testamento donde Dios promete el Mesías.

R. Se encuentra la promesa del Mesías señalada claramente: 1.º: En el Génesis, cap. 2., en la sentencia que allí pronunció Dios contra la serpiente, de la cual se habia servido el demonio para tentar á Eva, y que era la figura de este espíritu de malicia. 2.º: En el mismo libro, cap. 12, Dios promete el Mesías á Abraham; y renueva esta promesa á Isaac, cap. 22, y luego á Jacob, cap. 28 y 30; muriendo Jacob, cap. 49, anuncia la venida del Mesías, antes que el cetro salga de la casa de Judá. Daniel, cap. 9, antes del término de 490 años; y

Agéo, antes de la destruccion del templo. Malachías, á una época bien próxima, y á la cual parece tocaba.

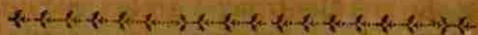
P. ¿Las profecias que anuncian el Mesías, se han cumplido? ¿Y ha venido el Mesías?

R. Es evidente que las profecias que anuncian el Mesías se han cumplido, ó que son falsas. Ahora, estas profecias no pueden ser falsas, porque si lo fueran, Dios habria engañado al mundo, lo que no puede decirse, ni pensarse sin delido: luego el Mesías ha venido.

P. ¿Cómo probais que las profecias que anuncian el Mesías se han cumplido, y que por consecuencia ha venido el Mesías?

R. Pruebo que las profecias que anuncian el Mesías se han cumplido, y que por consecuencia ha venido el Mesías, porque es constante que Judá no tiene ya el cetro: que los 490 años de Daniel se han pasado cinco veces; que el segundo templo se destruyó mas ha de 1700 años; y que el término al cual tocaba Malachías, no

ha podido estar señalado para mas de 2000 años despues de él.



NOVENA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Jesucristo es el Mesias.

El Mesias prometido de Dios, desde el origen del mundo ha venido, mi amado Teotimo: ya no nos es permitido, ni aun posible, dudarlo. Pretender que el Mesias no ha venido, es decir que las profecias que lo anuncian son falsas, y esto es acusar á Dios de haber engañado á los hombres.

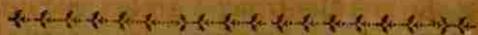
Como en los designios de Dios, él objeto de la mision del Mesias era el atraer al mundo al conocimiento de Dios, de reconciliarlo consigo mismo y de establecer una paz eterna entre el cielo y la tierra; es claro que el advenimiento del Mesias ha debido hacerse con un grande brillo, y con tanta evidencia y certeza, que no pudieran desconocerle sino cegándose voluntariamente; y que el Mesias ha

debido tener todos los caractéres mas señalados en las profecias, y tenerlos de un modo tan visible, que no hayan podido contestárselos de buena fe. Observa bien estas palabras; porque Dios no está obligado de manera alguna á hacer milagros para disipar las tinieblas que aquellos que temen la verdad crean á su redor por orgullo ó por interes para no verla.

El Mesias, pues, debía mostrarse revestido de los caractéres que acabo de decir; sin esto no habrian podido conocerle, y Dios solo hubiera sido responsable de este error, y jamas habria podido hacer de ello un delito á los hombres, sin violar la justicia. Habria faltado á los hombres, y se habria faltado á sí mismo: el mayor de sus designios habria faltado por no haber estado concertado con la sabiduría necesaria.

Vamos á probar, mi querido Teotimo, que Jesucristo es el Mesias: que es tambien absolutamente imposi-

ha podido estar señalado para mas de 2000 años despues de él.



NOVENA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Jesucristo es el Mesias.

El Mesias prometido de Dios, desde el origen del mundo ha venido, mi amado Teotimo: ya no nos es permitido, ni aun posible, dudarlo. Pretender que el Mesias no ha venido, es decir que las profecias que lo anuncian son falsas, y esto es acusar á Dios de haber engañado á los hombres.

Como en los designios de Dios, él objeto de la mision del Mesias era el atraer al mundo al conocimiento de Dios, de reconciliarlo consigo mismo y de establecer una paz eterna entre el cielo y la tierra; es claro que el advenimiento del Mesias ha debido hacerse con un grande brillo, y con tanta evidencia y certeza, que no pudieran desconocerle sino cegándose voluntariamente; y que el Mesias ha

debido tener todos los caractéres mas señalados en las profecias, y tenerlos de un modo tan visible, que no hayan podido contestárselos de buena fe. Observa bien estas palabras; porque Dios no está obligado de manera alguna á hacer milagros para disipar las tinieblas que aquellos que temen la verdad crean á su redor por orgullo ó por interes para no verla.

El Mesias, pues, debia mostrarse revestido de los caractéres que acabo de decir; sin esto no habrian podido conocerle, y Dios solo hubiera sido responsable de este error, y jamas habria podido hacer de ello un delito á los hombres, sin violar la justicia. Habria faltado á los hombres, y se habria faltado á sí mismo: el mayor de sus designios habria faltado por no haber estado concertado con la sabiduría necesaria.

Vamos á probar, mi querido Teotimo, que Jesucristo es el Mesias: que es tambien absolutamente imposi-

ble que lo sea otro que él. De manera, que si él no lo es, es menester decir que el Mesias no ha venido.

Si el Mesias no ha venido, todas las profecías que lo anuncian son falsas: luego el Mesias ha venido. Sobre este razonamiento, que es de los mas simples, ha estribado toda la conferencia precedente.

Jesucristo tiene todos los caracteres del Mesias predicho por los profetas: luego Jesucristo es el Mesias. Sobre este otro razonamiento, que no es menos simple que el primero, girará toda la conferencia que empezamos ahora.

Sola una cosa, querido Teotimo, tenemos que hacer para descubrir si Jesucristo es el Mesias, y esta es el confrontarlo, esplicándome así con la filiación que Dios dió del Mesias en el Antiguo testamento. Si todas las profecías se han cumplido en la persona de Jesucristo: si Jesucristo se parece facción por facción al retrato que dió Dios del Mesias en el Antiguo testamento, es incontestablemente el Me-

sias. Sino se parece á este retrato, no es el Mesias.

Tomo, pues, el Antiguo testamento en una mano, y el Nuevo en la otra; los profetas que han anunciado el Mesias, y los Evangelistas que han escrito la historia de Jesucristo: acerco las predicciones de los primeros á la narracion de los segundos, y encuentro que la semejanza es tan exacta, que nada deja que desear.

Entremos en materia, Teotimo; como esta conferencia será larga, la dividiré en varios artículos para aliviar tu memoria.



ARTICULO I.

Profecías tocantes al origen del Mesias, al tiempo y al lugar de su nacimiento, cumplidas en Jesucristo.

Segun todos los profetas, el Mesias debia ser de la Tribu de Judá, y

en esta Tribu, de la familia de David. Los judios lo han creído siempre, y lo creen todavia hoy. Esta era una de las mas constantes tradiciones de este pueblo; y esta tradicion estaba fundada sobre los mas claros testos de sus Escrituras. Ellos llamaban al Mesias el hijo de David por escelencia. El profeta Isaias no lo designa de otro modo que por el nombre de vástago de Jesse. que era el padre de David.

Se ve (a), por las dos genealo-

(a) Aqui pueden hacerse dos objeciones. La primera sobre la diferencia que se nota entre las dos genealogías que san Mateo y san Lucas nos han dejado, bajo el nombre de genealogías de Jesucristo. Porque san Mateo hace descender á san Josef de David por Nathan. San Mateo da tambien á Jacob por padre de san Josef, y san Lucas á Eli.

La segunda es, que los Evangelistas no han escrito sino la genealogía de san Josef, y que la genealogía de san Josef no puede ser la de Jesucristo, porque Jesucristo no nació de san Josef.

Sobre la primera objecion es menester observar, que segun la ley de los judios,

gias de Jesucristo, que San Mateo y San Lucas nos han dejado, que Jesucristo descendia del patriarca Judá, por David; y San Pablo en el epítome á los Hebreos, cap. 7 dice, que

cuando un hombre casado moria antes que su esposa sin dejar hijos, el hermano del muerto, ó su mas inmediato pariente, estaba obligado á desposarse con la viuda, y que los hijos que provenian del segundo matrimonio estaban reputados por hijos del muerto, y perpetuaban su nombre en la nacion santa; y que asi eran sus hijos segun la ley. Siendo esto asi, la dificultad desaparece, y es menester decir con San Ambrosio, San Gerónimo y San Agustin, que San Mateo, en la genealogía de San José, lo hace descender de David por los padres, segun la naturaleza, en vez que San Lucas lo hace descender de David, por los padres, segun la ley.

Sobre la segunda objecion basta decir, que la Santa Virgen, siendo no solamente de la misma familia que San José, y ademas, como se cree, su inmediata parienta, su genealogía era comun, y que al trazar la de la una se trazaba tambien la del otro.

es notorio que Jesucristo era de la tribu de Judá.

Ya hemos observado que Jesucristo nació conforme á la profecía de Jacob, en el tiempo que la tribu de Judá acababa de perder la autoridad soberana por usurpacion de Herodes, príncipe Idumeo.

Ello es cierto por todos los cálculos que se han hecho, que Jesucristo nació ácia la semana 65 de las señaladas en la célebre profecía de Daniel. Y no es menos cierto que nació en Belen, pequeño lugar de la tribu de Judá, segun esta profecía de Micheas, cap. 5, que no puede interpretarse sino del Mesias. „Y tu, Belen (á quien tambien llaman Ephrata), tu eres pequeño entre los pueblos de Judá; pero de tí saldrá el que debe reynar en Israel, cuya generacion es desde el principio de la eternidad.“ Y vemos tambien en el evangelio, que los príncipes de los Sacerdotes y los doctores de la ley, juntos por Herodes, declaran á este príncipe que el Me-

sias debía nacer en Belen, segun lo trae la profecía que acabamos de citar.

En el evangelio encontramos que Jesucristo fue llevado al templo cuarenta dias despues de su nacimiento para ser presentado al Señor, segun la Ley; y que en esta ceremonia, el santo viejo Simeon y la profetisa Ana le reconocieron por el Mesias: que á la edad de doce años fue á él á tomar asiento entre los doctores, á quienes asombró con la profundidad de su doctrina; y que durante el tiempo de su vida pública, fue á él varias veces para enseñar al pueblo, y así cumplió la profecía de Ageo y de Malachías, que hemos referido mas arriba.

Todas las profecias que miran al origen temporal del Mesias, el tiempo y el lugar de su nacimiento se han verificado en Jesucristo.

En vano querrán decir sobre esto, que bastantes otros que Jesucristo nacieron en Belen bajo el reynado de

Herodes, y cuando la tribu de Judá habia perdido la soberania: que Jesucristo no fue el único presentado en el templo en aquel tiempo: que no fue el único que enseñó en el templo; y que no fue el único que nació en el curso de las setenta semanas señaladas en Daniel.

Convenimos en todo esto sin dificultad; pero tambien todo el mundo debe convenir en que de los textos combinados del Antiguo testamento y del evangelio, se deduce claramente que Jesucristo ha tenido los cinco primeros caracteres que el Mesias debia tener, segun las profecias, que son: ser de la tribu de Judá, y de la familia de David: haber nacido en Belen: nacer en el tiempo señalado por Jacob y por Daniel; y enseñar en el templo. Bástanos esto por ahora. Otros que el Mesias podian tener estos caracteres; pero el Mesias debia tenerlos necesariamente, y Jesucristo los ha tenido. Y este es ya un punto esencial, por-

que si no los hubiera tenido, seria constante por esto solo que no era el Mesias.

Voy mas allá, Teotimo, y pretendo que estos primeros rasgos de semejanza entre Jesucristo y el Mesias, anunciado por los profetas, prueban, si no directamente y por ellos mismos, á lo menos indirectamente y en razon de las circunstancias, que Jesucristo es el Mesias; porque en fin, el Mesias ha venido, y ya lo hemos demostrado. Este Mesias es Jesucristo, ó alguno de sus contemporáneos. Esto es tambien evidente por todo lo que hemos dicho. Ahora, si alguno de sus contemporáneos es el Mesias, primeramente que nombren á este hombre. En segundo lugar, que nos manifiesten que ha tenido los cinco primeros caracteres del Mesias predicho por los profetas: que es el de la tribu de Judá, y en esta tribu de la familia de David: que ha nacido en Belen cuando la tribu de Judá habia perdido la soberanía, y en el tiempo señalado en Daniel; y que

ha parecido en el último templo de Jerusalem. ¿Pero cómo lo harán, supuesto que ninguna historia, sea de los judíos, sea de los cristianos, no hace mención de hombre alguno que haya tenido estos primeros rasgos de semejanza con el Mesías prometido en el Antiguo testamento? Dios, á cuya prevision nada se escapa, ha dispuesto de tal modo los sucesos, que todos los caracteres del Mesías que podían ser comunes á varios hombres, se han hecho propios de Jesucristo por el hecho. Y á fin de que no pudiera tomarse á otro que á Jesucristo por el Mesías; há, si puedo explicarme así, borrado en todos sus contemporáneos todos los rasgos, por los cuales pudieran parecerle.

Volvamos á nuestro paralelo, Teotimo; todavía no tenemos sino un ligero bosquejo del Mesías. Pero es un bosquejo hecho por uno de aquellos grandes maestros, cuyo pincel jamás se estravía, y que sin cesar añaden nuevos rasgos á los cuadros que han

comenzado hasta que responden perfectamente á su idea; pero que jamás borran ninguno. La continuacion de esta conversacion te convencerá plenamente de ello. Yo espero que me escucharás con un placer siempre nuevo, porque te descubriré siempre nuevas maravillas, y que experimentarás algo de semejante á lo que sucede á un viagero que desde un lugar elevado ve desde luego los primeros albores del día, seguidamente los dulces fuegos de la aurora; y en fin, el magestuoso brillo del sol que nace; y á favor de esta inmensa luz, ve de una sola mirada todo el espectáculo de la naturaleza.

ARTICULO II.

Profecias tocantes al modo extraordinario con que el Mesias debia nacer; á la condicion temporal del Mesias, y á su carácter personal, cumplidas en Jesucristo.

El Mesias debia nacer de una Virgen, segun las palabras de Isaias, cap. 7, v. 14 „El Señor mismo os dará un „prodigio. Una Virgen concebirá, y „parirá un hijo, que se llamará Ma- „nuel. (En nuestra lengua, Dios con „nosotros“).

(a) Esta profecia se cumplió en

(a) He creido poder incluir entre los caracteres del Mesias, que debia nacer de una Virgen. 1.º: Era necesario que el Mesias tuviese esta pretension, y Jesucristo la tuvo. 2.º: Era necesario que esta pretension no fuera evidentemente desmentida; y tal es la pretension de Jesu-

Jesucristo, que por el mas asombroso y mas inaudito milagro, fue formado en el seno de la Virgen María, por la sola obra del Espíritu Santo, como se ve en S. Mateo y en S. Lucas, cap. 1.

Habia sido predicho por Zacarias, que el Mesias seria pobre, y que haria su entrada solemne en Jerusalem, como rey pobre: „Hija de „Sion, enagénate de alegría, esclama el profeta: hija de Jerusalem, „arroja gritos de contento: ved aquí „á vuestro rey, que viene á vosotros: este Rey justo, que es el Salvador, él es pobre, y está montado „sobre una pollina, sobre el pollino „de la pollina.“

cristo: independientemente de los milagros que Jesucristo ha hecho para confirmar todo lo que decia de sí mismo, esta pretension está apoyada de todas las pruebas de que es capaz un hecho semejante. María, José, y todos sus parientes están persuadidos de esta verdad desde el nacimiento de Jesucristo, y dan testimonio de ello.

De este modo hizo efectivamente Jesucristo su entrada en Jerusalem, como lo traen los Evangelistas; y en esto encontramos tambien que Jesucristo nació en un establo, y que durante los primeros treinta años de su vida, vivió de su trabajo; que durante los tres últimos no subsistió sino de las limosnas que le hacian. „Las raposas tienen sus madrigueras, decía él mismo, y los pájaros del ayre sus nidos; pero el „hijo del hombre no tiene donde „reposar su cabeza.“

Isaias, á quien por excelencia puede llamarse el profeta del Mesias, porque habla de él en términos mas claros que todos los otros, y que entra en un gran pormenor de circunstancias; Isaias ha trazado con cuidado el carácter personal del Mesias por estas palabras, que se leen al cap. II. „Saldrá un renuevo de la raiz de Jesé, „y una flor nacerá de su raiz, y el espíritu del Señor se reposará sobre él; „el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de

„fortaleza, el espíritu de ciencia y de „piedad, y será lleno del espíritu de „temor del Señor; no juzgará por los „informes de los ojos, y no condenará por oídas.“ Y por estas otras palabras del cap. 42. „Vé aqui, dice „el Señor, mi servidor, cuya defensa tomaré. Vé aqui á mi electo, en „en el cual mi alma ha puesto toda „su aficion; yo esparciré mi espíritu „sobre él, y él hará justicia á las naciones; no gritará; no tendrá miramientos por las personas, y no oirán su voz en las calles; no hará pedazos la caña cascada, y no apagará „la mecha que humea todavia. El „juzgará en verdad; no será triste, ni precipitado, hasta que egerza su juicio sobre la tierra, y las naciones aguardarán su ley.“

Vé aqui á Jesucristo como nos lo representan los Evangelistas. Parece que este hombre Dios, Salvador de los hombres, haya sido formado sobre el retrato que Isaias habia hecho de él muchos siglos antes que pareciera; ó que Isaias mismo haya visto á este hom-

bre Dios, y haya formado sobre él el retrato que ha hecho de su persona. Es constante que jamas el mundo, aun juzgando por las solas luces de la razón, no vió nada tan santo y tan perfecto como Jesucristo; la infinita pureza de sus costumbres, la profundidad de su doctrina y de su sabiduría, su imparcial equidad, su celo por la gloria de Dios y sus intereses, su desprendimiento de sus propios intereses; y sobre todo, de su propia gloria; su paciencia invencible, y su dulzura inalterable, lo colocan en una distancia infinita sobre todo lo que el género humano ha producido mas venerable; y cuando no fuera el Hijo de Dios, no dejaría por eso de ser el mas grande de los hombres: la eminencia del carácter personal de Jesucristo se hace conocer en todas sus acciones, y en todas sus palabras. En todo, es el mismo que Isaias representa el Mesias; tambien vemos en el evangelio que Dios en dos ocasiones solemnes sobre la rivera del Jordan, y sobre el Tabor,

declaró que Jesucristo era su Hijo bien amado, y el objeto de todas sus complacencias; y mandó á los hombres que lo escuchasen, para hacernos comprender que era aquel de quien Isaias habia hecho el retrato, y que él mismo era quien habia dictado á Isaias este retrato.

ARTICULO III.

Profecias, tocante la predicacion del Mesias, tocante sus milagros; y las tradiciones que debia sufrir su doctrina, cumplidas en Jesucristo.

Isaias, cap. 61: „El espíritu del Señor se ha reposado sobre mí.“ (El profeta hace hablar al Mesias). „Porque el Señor me ha llenado de su unción; me ha enviado para anunciar su palabra á los que son dulces; para publicar el año de reconciliación del Señor, y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar á los que lloran.“

Los tres últimos años de la vida de Jesucristo fueron consagrados á la predicacion. Y precisamente fue con los pobres de su pueblo con quienes egerció este ministerio. Todas las predicaciones giraban sobre dos puntos. Anunció á los hombres, que el tiempo de su reconciliacion con el Señor habia llegado, y les mostró su venganza pronta á desatarse contra ellos, si no querian reconciliarse con él. Vemos en San Lucas, cap. 4, que habiendo Jesucristo entrado en la Sinagoga en Nazaret, le presentaron el libro de Isaias, y que habiéndole abierto, leyó estas palabras: „El espíritu del Señor se ha reposado sobre mí, y por esto me ha consagrado por su uncion;“ y todo el resto del pasage que acabamos de referir; y que habiendo cerrado el libro, comenzó su discurso de esta manera: „Hoy es cuando esta Escritura que acabais de oír se ha cumplido:“ para hacer comprender que él era aquel que Isaias habia retratado en este pasage.

Isaias, cap. 5: „Al principio Dios ha aliviado la tierra de Zabulon y la tierra de Nephtalí; y al fin su mano se ha hecho pesada sobre la Galilea de las naciones, que está á lo largo de la mar, al otro lado del Jordan. El pueblo, que caminaba en las tinieblas, ha visto una grande luz, y el día se ha levantado para aquellos que habitan en la region de la sombra de la muerte.“ En esta profecia se vé que el Mesias debia comenzar á egercer el ministerio de la predicacion en las tribus de Zabulon y de Nephtalí.

Y en San Mateo se lee, cap. 4, que dejando Jesucristo el lugar de Nazaret, fue á parar á Cafarnaum, pueblo marítimo sobre los confines de Zabulon y de Nephtalí, para que esta palabra de Isaias se cumpliese: „El pais de Zabulon y el pais de Nephtalí, &c.“

Jesucristo, pues, predicó desde luego en la tierra de Zabulon y de Nephtalí, como Isaias lo habia predi-

cho del Mesias; y así esta region fue iluminada con la grande luz de su Evangelio, y recibió el socorro espiritual que Dios le habia prometido. Pero despues Jesucristo pronunció maldiciones contra Bethzaide, Corozain y Cafarnaum, pueblos de aquellos cuarteles que no habian querido aprovecharse de sus predicaciones y de sus milagros, y descargó así su mano vengadora sobre esta misma region, que desde luego habia colmado de beneficios; de suerte, que nada falta al entero cumplimiento de esta profecia.

Isaias, cap. 35: „Dios mismo vendrá, y nos salvará: entonces los ojos de los ciegos verán el dia; los oidos de los sordos se abrirán; el cojo saltará como el ciervo; y la lengua de los mudos será desatada.“ ¿El Mesias debia hacer milagros?

El evangelio cuenta que Jesucristo ha hecho los mayores milagros, y que ha hecho un infinito número; que los ha hecho como Dios; que los ha hecho para probar que él era el Me-

sias Hijo de Dios; él mismo como su Padre.

Los profetas habian anunciado claramente que la predicacion del Mesias seria contradecida por los judios, y que esto seria para desgracia suya. Isaias, cap. 3. v. 13: “Dad gloria á la santidad del Señor de los egércitos, que él mismo sea vuestro temor y terror, y él se volverá vuestra santificacion; y él será una piedra de tropiezo, y una piedra de escándalo para las dos casas de Israel; un lazo y un motivo de ruina á los que habitan en Jerusalem; muchos de entre ellos tropezarán contra esta piedra, caerán y se estrellarán, se engancharán en las redes, y quedarán presos en ellas.“

Se ve que esta profecia tiene dos partes: 1.º: Que el primer designio del Mesias debia ser la santificacion del pueblo judayco, para el qual era enviado principalmente. 2.º: Que este designio debia en gran parte faltar por culpa de los judios. Ella se ha cumplido á la letra en quanto á estas dos

partes; porque vemos en el Evangelio, por un lado, que un pequeño número de judíos reconoció á Jesucristo por el Mesías, y fue santificado por su gracia; y por otro se encuentra, que los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los doctores de la Ley, y con ellos el mayor número de los habitantes de Jerusalem, y de la Judea, reusaron constantemente el reconocerle por el Mesías, á pesar de su santidad y sus milagros: se elevaron altamente contra su doctrina: lo persiguieron á él mismo con un encarnizamiento, que fue mas allá de los furros ordinarios, de los cuales son capaces los hombres; y al fin llegaron al extremo de hacerle morir en una cruz. Y así fue que este Hombre-Dios que habia venido á salvarlos, fue, por su culpa un motivo de escándalo para ellos, y la ocasion de su ruina espiritual. Jesucristo se apropió á sí mismo todas las profecias que hemos citado en este artículo, en unas circunstancias donde el testimonio que él daba de sí mismo no

podia ser sospechoso; porque en este momento, los hechos hablaban altamente en favor suyo; porque san Juan Bautista (como lo trae san Mateo, cap. II.), noticioso en su prision de las obras maravillosas de Jesucristo, envió dos de sus discípulos á decirle de parte suya: “¿ Sois aquel que debe venir (esto es el Mesías), ó debemos esperar otro? “ Y Jesus le respondió: “Id á contar á Juan lo que „ habeis oido, y lo que habeis visto; „ los ciegos ven, los cojos andan, los „ leprosos se han curado, los sordos „ oyen, los muertos resucitan, el „ Evangelio se predica á los pobres; „ y dichoso aquel que no tomará de „ mí un motivo de escándalo y de „ caída.”

Tu ves, Teotimo, con que exactitud se cumplió todo lo que los profetas habian anunciado tocante la predicacion y los milagros del Mesías, y tocante á las contradicciones que su doctrina debia experimentar de parte de los judíos; pasemos, pues, á otros objetos.

PROEMIO

Para servir de introduccion á los artículos siguientes.

Antes de referir las profecias relativas á la pasion, muerte y resurreccion del Mesias, las que anuncian la reprobacion del pueblo de Israel, y la vocacion de los gentiles á la fe; para compararlas en seguida con el Evangelio, segun el método que hemos seguido hasta aquí; es conveniente, mi querido Teotimo, que yo te de algunas instrucciones, cuya importancia conocerás sin trabajo.

Apenas pecaron nuestros primeros padres, Dios tuvo compasion de ellos y de sus descendientes envueltos en su desgracia, y les prometió un Redentor, que por su intercesion poderosa reconciliaría el mundo con Dios, y cuyos méritos salvarían, no solamente a todos los hombres que vendrian despues de él, sino tambien

á todos los que le habian precedido, siempre que por su parte quisieran hacerselos útiles.

Esta promesa fue renovada, en términos todavia mas claros, á los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y seguidamente al pueblo judayco, de un modo aun mas espreso. El Mesias debia nacer de este pueblo, instruirlo, darle una ley mas santa y mas perfecta que la de Moises, y comenzar por él la grande obra de la redencion general.

Haciendo el Señor esta promesa al pueblo de Israel, previó que este pueblo no pagaría sus beneficios sino con ingraticudes: que reusaría el reconocer al Mesias, su Salvador: que lo renunciaria y le haria morir; y resolvió aceptar esta muerte, que el Mesias sufriría voluntariamente; aceptarla, digo, como una reparacion digna de él por los pecados de los hombres.

La prevision de Dios no dañaba á la libertad de los judíos, supuesto que ella la suponía; y así, el crimen de los

judios no debia ser menos digno de castigo, aunque Dios lo hubiera previsto; y que debió servirse de él para la egecucion del mas grande designio que su misericordia pudo formar, que si no lo hubiera previsto, y no hubiera hecho uso alguno de él.

AL Dios resolvió, pues el vengar sobre el pueblo judayco la muerte del Mesias; y para ello cambió, según nuestro modo de concebir sus decretos, el primer orden de sus designios. La reprobacion del pueblo de Israel hasta el fin de los tiempos, se decretó. El pacto que Dios hizo con sus padres, quedó suspenso hasta allí. Los gentiles, ó las naciones idólatras, que no debian entrar en la nueva alianza sino despues de ellos, ocuparán su lugar, y entrarán en él antes que ellos. Dios hará brillar á sus ojos la luz del Evangelio. Ellos creerán, ellos se convertirán, y serán el pueblo del Mesias y su Iglesia. De este modo, los que debian ser los primeros, quedarán los últimos; y los que debian ser los últimos, se-

rán los primeros, según el dicho de Jesucristo. Sin embargo, una pequeña porcion del pueblo de Israel tendrá la grande dicha de reconocer al Mesias; pero el cuerpo de la nacion permanecerá en su ceguedad. Jesucristo y los Apóstoles nos han descubierto esta série de designios de Dios; y el suceso nos lo ha hecho palpable, pero esto no bastaba, sobre todo, en los primeros tiempos.

En efecto, Teotimo; estos tres grandes acaecimientos, la muerte del Mesias para rescatar los hombres, la reprobacion de los judios por un tiempo, y la vocacion de los gentiles en su lugar, son los tres grandes caractéres del Mesias; ellos encierran todo el misterio de su mision, y deciden la suerte del pueblo de Israel, y la de todos los otros pueblos.

Era, pues, necesario que estos tres caractéres del Mesias fuesen anunciados, del modo mas claro, por los profetas y que se manifestasen en el Mesias mismo del modo mas visible, cuando pareciese. Así se egecutó, co-

mo vamos á hacerlo ver. Renueva tu atencion, Teotimo; hasta aquí te he dicho grandes cosas, y voy á decírtelas ahora mucho mayores.

ARTICULO IV.

Profecias, tocante la pasion, la muerte y la resurreccion del Mesias, cumplidas en Jesucristo.

Empecemos por la célebre profecía contenida en el cap. 53 de Isaías. Voy á leertela.

“: Quién es quien ha creído en
 „ nuestra palabra, y á quien el brazo
 „ del Señor se ha revelado? El se le-
 „ vantará delante del Señor, como un
 „ arbolillo, y como un renuevo que
 „ sale de una tierra seca; él no tie-
 „ ne hermosura, ni brillantez; noso-
 „ tros lo hemos visto; nada tenia que
 „ atrajese la vista, y lo hemos desco-
 „ nocado: nos ha parecido un objeto
 „ de desprecio; el último de los hom-

„ bres; un hombre de dolor, que
 „ sabe lo que es sufrir; su rostro es-
 „ taba como escondido; él parecia
 „ despreciable, y nosotros no lo he-
 „ mos conocido. El ha tomado ver-
 „ daderamente sobre sí nuestras an-
 „ gustias, y él mismo se ha carga-
 „ do nuestros dolores. Nosotros lo he-
 „ mos considerado como un leproso,
 „ como un hombre herido de Dios y
 „ humillado; y sin embargo él ha sido
 „ agujereado de llagas por nuestras ini-
 „ quidades: ha sido hecho pedazos por
 „ nuestros crímenes: el castigo que
 „ debia procurarnos la paz, cayó so-
 „ bre él; y nosotros hemos sido cura-
 „ dos con sus contusiones. Todos no-
 „ sotros nos habiamos estraviado co-
 „ mo ovejas errantes: cada cual se ha-
 „ bia desviado para seguir su propio
 „ camino; y Dios lo ha cargado á él
 „ solo de la iniquidad de todos noso-
 „ tros. El ha sido ofrecido porque él
 „ mismo lo ha querido, y no ha abier-
 „ to la boca. El será conducido á la
 „ muerte como una oveja que van á
 „ degollar: callará, sin abrir la boca,

mo vamos á hacerlo ver. Renueva tu atencion, Teotimo; hasta aquí te he dicho grandes cosas, y voy á decírtelas ahora mucho mayores.

ARTICULO IV.

Profecias, tocante la pasion, la muerte y la resurreccion del Mesias, cumplidas en Jesucristo.

Empecemos por la célebre profecía contenida en el cap. 53 de Isaías. Voy á leertela.

“: Quién es quien ha creído en
 „ nuestra palabra, y á quien el brazo
 „ del Señor se ha revelado? El se le-
 „ vantará delante del Señor, como un
 „ arbolillo, y como un renuevo que
 „ sale de una tierra seca; él no tie-
 „ ne hermosura, ni brillantez; noso-
 „ tros lo hemos visto; nada tenia que
 „ atrajese la vista, y lo hemos desco-
 „ nocado: nos ha parecido un objeto
 „ de desprecio; el último de los hom-

„ bres; un hombre de dolor, que
 „ sabe lo que es sufrir; su rostro es-
 „ taba como escondido; él parecia
 „ despreciable, y nosotros no lo he-
 „ mos conocido. El ha tomado ver-
 „ daderamente sobre sí nuestras an-
 „ gustias, y él mismo se ha carga-
 „ do nuestros dolores. Nosotros lo he-
 „ mos considerado como un leproso,
 „ como un hombre herido de Dios y
 „ humillado; y sin embargo él ha sido
 „ agujereado de llagas por nuestras ini-
 „ quidades: ha sido hecho pedazos por
 „ nuestros crímenes: el castigo que
 „ debia procurarnos la paz, cayó so-
 „ bre él; y nosotros hemos sido cura-
 „ dos con sus contusiones. Todos no-
 „ sotros nos habiamos estraviado co-
 „ mo ovejas errantes: cada cual se ha-
 „ bia desviado para seguir su propio
 „ camino; y Dios lo ha cargado á él
 „ solo de la iniquidad de todos noso-
 „ tros. El ha sido ofrecido porque él
 „ mismo lo ha querido, y no ha abier-
 „ to la boca. El será conducido á la
 „ muerte como una oveja que van á
 „ degollar: callará, sin abrir la boca,

„ como un cordero mudo delante del
 „ que le esquila. Murió en medio de
 „ dolores, condenado por los jueces,
 „ ¿Quién referirá su generacion? Por-
 „ que él ha sido cercenado de la tier-
 „ ra de los vivientes. Yo lo he herido
 „ á causa de los crímenes de mi pue-
 „ blo; y él dará los ímpios por el pre-
 „ cio de su sepultura, y las riquezas
 „ por recompensa de su muerte; por-
 „ que él no ha cometido iniquidad, y
 „ la mentira no ha estado jamas en su
 „ boca; pero el Señor lo ha querido
 „ romper en su enfermedad. Si él en-
 „ trega su alma por el pecado, verá
 „ á su raza durar largo tiempo; la vo-
 „ luntad de Dios se egecutará feliz-
 „ mente por su conducta; verá el
 „ fruto de lo que su alma habrá sufri-
 „ do, y será satisfecho de ello. Como
 „ mi servidor es justo, justificará con
 „ su doctrina á un gran número de
 „ hombres, y él tomará sobre sí sus
 „ iniquidades. Por esta razon yo le
 „ daré en partija una multitud de
 „ personas, y él distribuirá los des-
 „ pojos de los fuertes; porque ha en-

„ tregado su alma á la muerte, y ha
 „ sido incluido en el número de los
 „ criminales; porque ha llevado los
 „ pecados de muchos, y ha pedido
 „ por los infractores de la ley.“

Hasta aquí, Teotimo, son las pro-
 pias palabras de Isaías; pero antes
 que comparemos esta profecia con la
 historia de Jesucristo, hagamos una
 corta reflexion sobre estas palabras:
 “ El ha sido traspasado de llagas por
 „ nuestras iniquidades. El ha sido he-
 „ cho pedazos por nuestros crímenes
 „ el castigo que debia procurarnos la
 „ paz, ha caído sobre él; nosotros
 „ hemos sanado con sus contusiones.
 „ Dios lo ha cargado á él solo de la
 „ iniquidad de todos nosotros, &c.“
 Dige, Teotimo, que estas palabras
 y varias otras que se leen en esta
 profecia, caracterizan tan unicamen-
 te al Mesias, que no es posible en-
 tenderlas relativas á otro sino á él.
 Aquel de quien habla Isaías, es la
 víctima que se ofrece á Dios por los
 pecados del género humano. No de-
 biendo nada por sí mismo, está en es-

tado de pagar, y paga en efecto por los otros. Dios recibe su sacrificio. Por la virtud de este sacrificio, los pecados son espíados y abolidos. Los hombres vuelven á entrar en gracia con Dios, &c. Ahora, si estas palabras no designan al Mesías, aquel á quien designan es incontestablemente superior al Mesías; él es, y no el Mesías el que es verdaderamente la esperanza de las naciones; y en él, y no en el Mesías, las naciones serán bendecidas. El Mesías no es, pues, ya el mas grande de los hombres; y desde luego las Escrituras mismas no son ya sino un caos donde todo está en confusion, y donde no se ve nada claramente, porque todo ello se contradice. En dos palabras, el Mesías debe ser el mas grande de los hombres. Ahora, aquel que es bastante santo para ser digno de ofrecerse á Dios como la víctima de los hombres; bastante santo para santificar todos los hombres por el mérito de su sacrificio, es evidentemente el mas grande de los hombres. Lue-

go él es el Mesías. Luego es tambien el Mesías que refiere la profecia que acabamos de leer.

Ahora, Teotimo, tomemos uno despues de otro los principales rasgos del cuadro ó del retrato que Isaías hace aquí del Mesías, y confrontémosle con el retrato que el Evangelio hace de Jesucristo.

La profecia: "El se levantará de,, lante del Señor como un arbolito,, y como un renuevo que sale de una,, tierra seca."

El Evangelio: "Jesucristo salió,, de la familia de David, en el tiem,, po que esta augusta familia habia,, caído en la última obscuridad."

La profecia: "El está sin hermo,, sura ni brillantez" y todo lo que si,, gue hasta estas palabras: = "Noso,, tros lo hemos considerado como un,, leproso, y como un hombre herido,, de Dios, y humillado."

El Evangelio: "Ved ahí á Jesu,, cristo, segun nos lo manifiestan los,, Evangelistas en su pasion, ó mas,, bien, como Pilatos lo manifiesta al

„pueblo judayco, cargado de todas
 „las manchas, y de todos los opro-
 „bios que un hombre puede sufrir,
 „desgarrado por la mas cruel flagela-
 „cion; coronado de espinas; con el
 „rostro como escondido bajo las con-
 „tusiones de las bofetadas que ha re-
 „cibido, y bajo las salivas de que lo
 „han cubierto; agoviado de impre-
 „caciones por los sacerdotes, y mal-
 „decido de todo el pueblo.“

La profecia: “Fue puesto en el
 „número de los malhechores.“

El Evangelio: San Juan, cap. 18,
 v. 39. Pilatos dijo á los judios: “Es
 „la costumbre que os suelte un cri-
 „minal en la fiesta de la Pascua;
 „¿quereis que os suelte al Rey de
 „los judios? Entonces se pusieron á
 „gritar de nuevo todos juntos: no
 „queremos á este sino á Barrabás”
 „Ahora, Barrabás era un ladron.”
 —(San Marcos cap. 15, v. 28). “Ellos
 „crucificaron tambien con él á dos
 „ladrones, el uno á su derecha y el
 „otro á su izquierda.“

La profecia: “El será llevado á

„la muerte como una oveja que van
 „á degollar: permanecerá en silencio
 „sin abrir la boca, asi como un cor-
 „dero está mudo delante del que lo
 „esquila.“

El Evangelio: San Mateo, cap. 26,
 v. 62. “Entonces, levantándose el
 „gran sacerdote, le dijo: Tu no res-
 „pondes nada á lo que deponen con-
 „tra ti” Pero Jesucristo calló.

La profecia: “El fue ofrecido,
 „porque él mismo lo quiso.“

El Evangelio, ó mas bien Jesucristo
en el Evangelio: San Mateo, cap. 20,
 v. 28: “El Hijo del hombre ha ve-
 „nido á dar su vida por muchos.”
En San Juan, cap. 10, v. 14: “Yo doy
 „mi vida por mis ovejas: yo dejo la
 „vida para volver á tomarla: nadie
 „me la arrebatara, sino que por mi
 „mismo la dejo: yo tengo el poder
 „de dejarla, y tengo el poder de vol-
 „verla á tomar.“

No bastaba que Jesucristo dije-
 se que no moria sino porque queria
 morir, se necesitaba todavia que lo
 probase del modo mas convincente.

El sabia que los príncipes de los sacerdotes habian resuelto su muerte, y va á Jerusalem: sabia que debian ir á buscarle al Huerto de las olivas, para apoderarse de su persona, y va espresamente allí para que lo prendan: ve llegar á los que venian á prenderle, y les sale al encuentro; y para hacerles conocer que bien lejos de tener ellos algun poder sobre él, él mismo tiene todo poder sobre ellos, al pronunciar estas dos palabras: "Yo soy," los hace caer á todos en tierra.

La profecía: "Todos nosotros es-
,, tabamos extraviados como ovejas err-
,, rantes: cada uno se habia desviado
,, para seguir su propio camino, y
,, Dios lo ha cargado á él solo la ini-
,, quidad de todos nosotros."

*El Evangelio, ó mas bien Jesucristo
en el Evangelio:* "Yo doy mi vida por
,, mis ovejas: esta es mi sangre, la
,, sangre de la nueva alianza, que se-
,, rá derramada para muchos para la
,, remision de sus pecados." (San Ma-
,, teo cap. 26.) Y todo el Nuevo tes-

tamento está lleno de los testimo-
nios que Jesucristo y sus discípulos
rinden á la intencion de su sacrificio.

La profecía: "El ha pedido por
,, los infractores de la ley."

El Evangelio: Jesucristo en la
Cruz rogaba por los que le crucifica-
ban: Padre, decia, perdónalos por-
que no saben lo que hacen.

La profecía: "El dará los impíos
,, por el precio de la sepultura, &c."
hasta el fin del capítulo.

El Evangelio: Muriendo Cristo en
la Cruz, convirtió uno de los dos mal-
hechores que estaban crucificados á
sus lados. El Centurion que habia
presidido el suplicio de Jesucristo,
viendo el modo extraordinario con
que murió, exclamó, que aquel hom-
bra era verdaderamente hijo de Dios;
y varios de los espectadores de esta
muerte se volvieron á sus casas dán-
dose golpes de pecho. Pocos días des-
pues de su muerte, un gran número
de judios lo reconocieron por el Me-
sias. Su Evangelio ha sido predicado
en todo el universo: las naciones lo

han recibido: él ha disipado las tinieblas de la idolatria y de la supersticion: él ha hecho conocer al verdadero Dios en todo el universo, y ha producido una infinidad de santos.

Despues de haber visto con qué exactitud y precision se acuerda esta profecia con la relacion de los Evangelistas, ¿no te sorprendes, mi querido Teotimo, de que Isaías se haya servido de lo pasado, en vez de lo futuro, y que haya hablado de la pasion del Mesias muchos siglos antes del suceso, como si hubiera ya sucedido? Este grande hombre, lleno del espíritu de aquel á quien todos los siglos estan presentes, y para quien la duracion del mundo no es mas sino un punto donde todos los sucesos se reunen sin confundirse, veia á través del vasto espacio de tantos años, todo lo que anunciaba del Salvador, como si hubiera sido su espectador. Agreguemos á este cuadro, que Isaías acaba de hacer del Mesias, sufriendo y muriendo por los hombres, algunos ras-

gos, sacados del cap. 50., v. 5. "El Señor, mi Dios (el profeta hace hablar al Mesias): el Señor, mi Dios, me ha abierto los oidos, y yo no le he contradecido; yo no me he retirado atras. Yo he abandonado mi cuerpo á los que me golpeaban las mejillas, y á los que me arrancaban el pelo de la barba. No he apartado mi rostro de los que me cubrian de injurias y de salivas. He presentado mi cara como una piedra muy dura."

No es necesario citar aqui el Evangelio para manifestar la semejanza que se halla entre aquel de quien aqui habla Isaías y Jesucristo, puesto que los Evangelistas refieren los ultrages que Jesucristo recibió en su pasion, quasi en los mismos términos de los cuales se sirve el profeta para describir los que el Mesias debía sufrir.

Tu no imaginas, sin duda, nada que esté tan claro como estas profecias; pues ve aqui sin embargo una aun mas clara. Es el Salmo 21 de David. Este santo Rey no entra, á la

verdad, tan adentro como Isaías en las profundidades del misterio de la pasión de Jesucristo; pero también describe más pormenor las principales circunstancias de esta pasión.

Leamos, pues, el citado Salmo 21, el cual dice así (a): “¡O mi Dios! ¡ó mi Dios! echad sobre mí vuestras miradas: ¿por qué me habéis abandonado? Mis pecados (b) son causa de que la salvación esté bien lejos de mí. Mi Dios, yo gritaré durante el día, y Vos no me oiréis; yo gritaré durante la noche, y no me lo imputarán á locura. Pero Vos, Vos habitais en el lugar

(a) El Evangelio trae que Jesucristo pronunció las primeras palabras de este Salmo, y muchos creen que lo pronunció todo entero para aplicárselo á sí mismo.

(b) Jesucristo no habla aquí de los pecados que él ha cometido, supuesto que era esencialmente impecable, sino de los pecados de todo el género humano, que se hicieron suyos, después que se encargó de espíarlos, así como la denda se hace propia, cuando se responde de ella.

„santo; Vos que sois la alabanza de „Israel. Nuestros padres han esperado en Vos; ellos han esperado, y Vos los habeis libertado; ellos han „gritado ácia Vos y han sido salvos; „han esperado en Vos, y no han sido „confundidos. Pero yo, yo soy un „gusano de la tierra, y no un hombre: yo soy el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo. Los „que me veian, se burlaban todos de „mí, hablaban de mí *ultrajándome*, y „ellos me insultaban meneando la cabeza. El ha esperado en el Señor, decían ellos, que el Señor lo liberte „ahora; que lo salve, si es verdad que „le ama. Es verdad, Señor, que Vos „sois el que me ha sacado del vientre „de mi madre, y que habeis sido mi „esperanza desde el tiempo que mataba de sus pechos: yo me arrojé entre vuestras manos al salir de su seno. Vos habeis sido mi Dios, desde que „dejé las entrañas de mi madre: no os „aparteis de mí, porque la aflicción „se acerca; porque no hay persona „alguna que me asista. Yo he sido

„rodeado de un gran número de
 „bueyes nuevos, y sitiado por toros
 „gordos: ellos abrian la boca para
 „devorarme, como un león arreba-
 „tador y rugiente. Yo me he espar-
 „cido como el agua; todos mis hue-
 „sos se han salido de su lugar. Mi co-
 „razon en medio de mis entrañas ha
 „sido semejante á la cera que se der-
 „rite. Toda mi fuerza se ha desecado
 „como la tierra cocida al fuego, y mi
 „lengua ha quedado pegada al paladar,
 „y Vos me habeis conducido hasta el
 „polvo del sepulcro; porque un gran
 „número de perros me han rodeado:
 „una asamblea de personas llenas de
 „malicia, me han sitiado: ellos han
 „oradado mis manos y mis pies, y han
 „contado mis huesos: ellos se han apli-
 „cado á mirarme, y á considerarme:
 „ellos han partido entre ellos mis ves-
 „tidos, y han echado suertes sobre mi
 „túnica. Pero Vos, Señor, no alejeis
 „de mi vuestra asistencia; aplicaos á
 „defenderme. Librad mi alma de la
 „espada; ó mi Dios!: librad del poder
 „del perro mi alma, que está aban-

„donada enteramente. Salvadme de
 „la boca del leon, y de los cuernos
 „de los unicornios, en el estado de
 „humillacion en que me hallo (a).
 „Yo haré conocer vuestro santo nom-
 „bre á mis hermanos, y publicaré
 „vuestras alabanzas en medio de la
 „asamblea. Vos, que temeis al Señor,
 „alabarle: glorificarle, vosotros todos
 „que sois la raza de Jacob. Que sea
 „temido por toda la posteridad de Is-
 „rael; porque no ha despreciado ni
 „desdeñado la humilde súplica del
 „pobre; y que no ha apartado de mí
 „su rostro, sino al contrario, me ha
 „oído cuando he clamado ácia él. Yo
 „os dirigiré mis alabanzas en una
 „grande asamblea; yo rendiré mis vo-
 „tos á Dios en presencia de los que le
 „temen. Los pobres comerán, y se-
 „rán hartos; y los que buscan al Se-
 „ñor, le alabarán. Sus corazones vi-

(a) Toda la serie del salmo desde el
 versículo 23, hasta el fin, es una magnífica
 profecía de la resurreccion de Jesucristo, de
 la predicacion de su Evangelio en todo el
 universo, y de la conversion de los gentiles.

„virán en toda la eternidad. La tier-
 „ra, en toda su estension, se acor-
 „dará de estas cosas, y se convertirá
 „al Señor; y todos los pueblos dife-
 „rentes de las naciones, le adorarán
 „en su presencia. Porque el reyno y
 „la soberanía es del Señor, y él es el
 „que reinará sobre las naciones. To-
 „dos aquellos que se han engrosado
 „con los bienes de la tierra han co-
 „mido, y han adorado: todos los
 „que descenden á la tierra, caerán
 „en su presencia, y mi alma vivi-
 „rá para él, y mi raza le servirá. La
 „posteridad que debe venir, se decla-
 „rará pertenecer al Señor; y los cie-
 „los anunciarán su justicia al pueblo
 „que debe nacer en adelante, al pue-
 „blo que ha sido hecho por el Se-
 „ñor.“

Ya ves desde luego, 1.º: Que Da-
 vid, segun el estilo de los profetas,
 se sirve del tiempo pasado en lugar
 del futuro, como Isaías; porque así
 como éste veia lo por venir como si
 hubiera estado presente. 2.º: El ha-
 bla en primera persona, como si lo

que predice le hubiera sucedido á
 él mismo. Esta figura pertenece tam-
 bien al estilo profético; y ella con-
 viene tanto mejor á David, como
 que el Mesias debía nacer de él. 3.º:
 Observa que hay en este salmo va-
 rias cosas que no pueden convenir á
 David en el sentido natural, ni en el
 figurado. David no fue jamas remo-
 jado con hiel y vinagre: jamas le
 oradaron los pies y las manos con
 clavos, &c. Si David hubiera dicho
 todas estas cosas de sí mismo en un
 sentido metafórico, la metáfora no
 solo seria atrevida y escesiva, sino
 tambien extravagante, y contraria á
 todas las reglas del language huma-
 no: lo que no puede suponerse en
 un Rey que aparte de ser inspirado
 de Dios, era tambien uno de los
 mayores ingenios que el mundo ha
 visto.

Tomemos ahora, uno despues de
 otro, los versículos mas notables de
 este salmo, y comparémosles con el
 Evangelio.

El Salmo: “Mi Dios, mi Dios,

„echad sobre mi una mirada; ¿por
„qué me habeis abandonado?“

*El Evangelio: San Mateo, cap. 27,
v. 46.* : “Y ácia la nona hora Jesu-
„cristo arrojó un gran grito, dicen-
„do: Mi Dios, ¿por qué me has
„abandonado?“

El Salmo: “Yo soy un gusano,
„y no un hombre; el oprobio de
„los hombres, y el desecho del pue-
„blo“

El Evangelio: Jesucristo, como
lo hemos notado ya en Isaías, recibió
durante su pasión tantos insultos, y
tan indignos tratamientos, que puede
muy bien decirse, que fue harto de
oprobios; y este Divino Salvador fue
verdaderamente el desecho del pue-
blo, luego que Pilatos, habiendo pro-
puesto á los judíos el libertarlo, res-
pondieron todos con grandes gritos:
No queremos á éste, sino á Barrabás.

El Salmo: “Todos los que me
„veían, se burlaron de mí; hablaban
„de mí, ultrajándome, y me insulta-
„ban, meneando la cabeza: él ha
„esperado en el Señor; decían: que

„el Señor le liberte: ahora que le sal-
„ve, si es verdad que le ama.“

*El Evangelio: San Mateo, cap. 27,
v. 39.* “Y los que pasaban por allí le
„blasfemaban, meneando la cabeza...
„Los príncipes de los sacerdotes se
„burlaban también de él, con los Es-
„cribas y los senadores, diciendo: El
„pone su confianza en Dios: luego si
„Dios lo ama, que lo liberte.“

El Salmo: “Ellos han oradado
„mis manos y mis pies, y han conta-
„do todos mis huesos.“

El Evangelio: “Lo ataron á la
„Cruz.“ Por otros pasages se ve, que
fue con clavos; este era por otra par-
te el modo más comun de atar los cri-
minales á la cruz: en esta violenta si-
tuacion, todos los huesos del Salva-
dor se descoyuntaron de modo que
podian contarse facilmente.

El Salmo: “Ellos se aplicaron á
„mirarme, y á considerarme.“

El Evangelio: Nos representa los
príncipes de los sacerdotes, los escri-
bas y los senadores parados al pie de
la cruz, como lo hemos visto para

insultar á Jesucristo, y por gozar de sus tormentos y de su muerte, la cual miraban como triunfo suyo. Todo el pueblo de Jerusalem estaba junto, al rededor de la cruz, para saciar sus ojos con este sangriento espectáculo.

El Salmo: "Ellos partieron mis vestiduras, y echaron suertes sobre mi túnica."

El Evangelio: San Juan, cap. 19, v. 23: "Habiendo los soldados crucificado á Jesus, tomaron sus vestiduras, y las dividieron en cuatro partes, una para cada soldado: tambien tomaron la túnica, y como no tenia costura y era tegida de alto abajo, dijeron entre ellos, no la cortemos, pero echemos suertes á ver á quien toca; á fin de que esta palabra de la Escritura se cumpliese: ellos han partido entre ellos mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes."

En el salmo 63, que tambien es una bella profecia de la pasion de Jesucristo, se lee al v. 26: "Ellos me han dado hiel por comida; y

„en mi sed me han presentado vina-
„gre para beber.“ En el Evangelio, segun san Mateo, cap. 27, v. 34, se leen estas palabras: "Ellos le dieron „á beber (á Jesucristo) vino mezcla-
„do con hiel; pero habiéndolo gusta-
„do, no quiso beberlo; y al cap. „19 de san Juan, v. 28. Despues de „esto, viendo Jesus que todo esta-
„ba cumplido, dijo: Tengo sed; y „como habia alli un vaso lleno de „vinagre, los soldados empaparon „en él una esponja, y puesta en la „punta de un palo, con el hisopo al „rededor, se la presentaron en la bo- „ca. Jesus, habiendo tomado el vi- „nagre, dijo: todo se ha cumplido.“

¿Si David hubiera salido del sepulcro para ser uno de los espectadores de la pasion de Jesucristo, habria podido ver mejor las principales circunstancias de esta pasion, que las vió muchos siglos ántes?

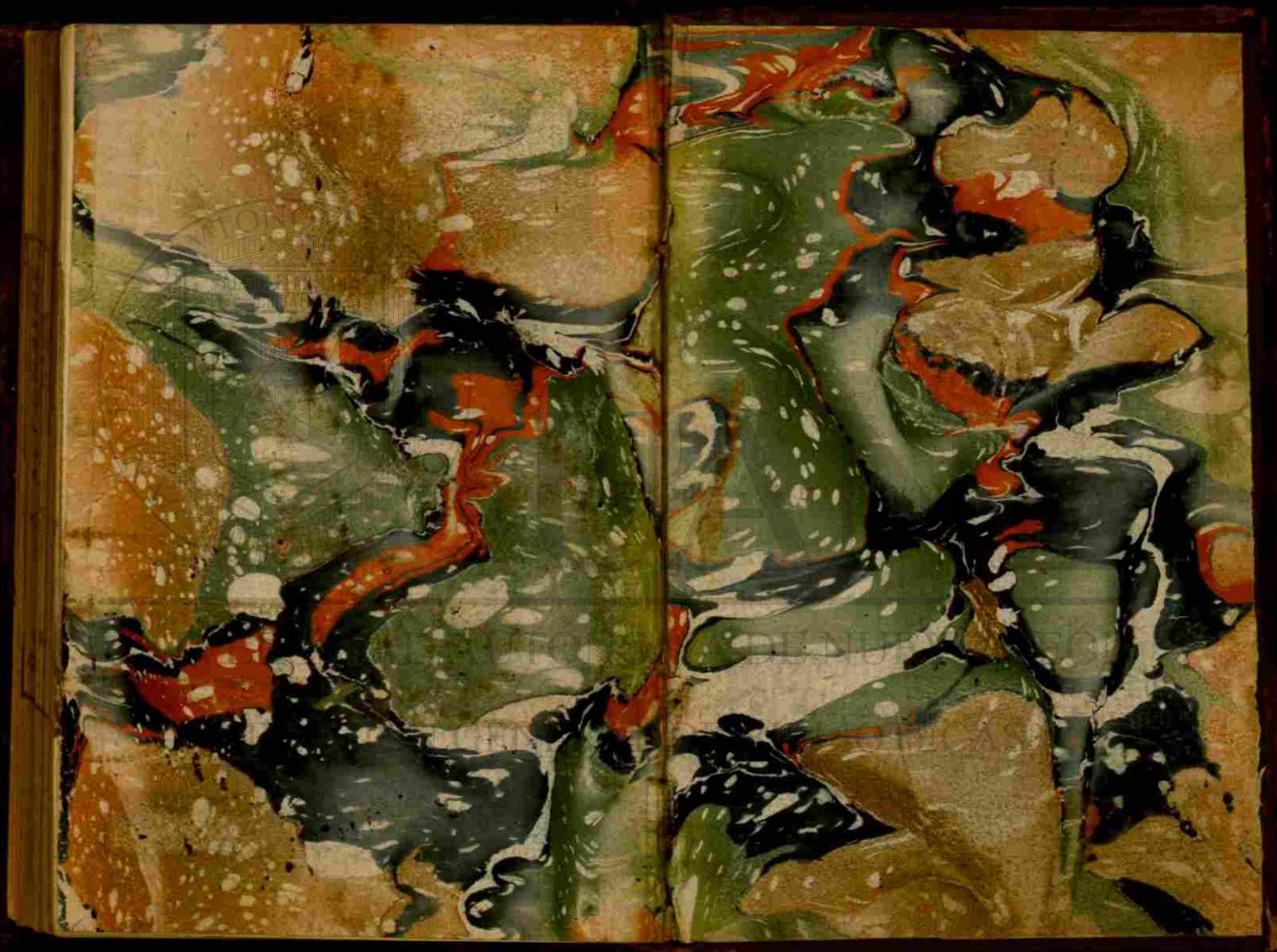
David é Isaias habian predicho tambien la resurreccion del Mesias. David por éstas palabras del Salmo 15, v. 10, que san Pedro y san Pa-

blo han aplicado á Jesucristo, y que ciertamente no pueden convenir á David: "Mi carne misma se reposará en la esperanza, porque vos no dejareis mi alma en el infierno, y Vos no sufrireis que vuestro santo esté sujeto á la corrupcion." Isaías por estas palabras del cap. 11, v. 10: "En aquel dia el renuevo de Jessé será espuesto como un estandarte delante de todos los pueblos. Las naciones vendrán á ofrecerle sus súplicas, y su sepulcro será glorioso."

Todos los Evangelistas atestiguan que Jesucristo resucitó al tercero dia despues de su muerte, y esta resurreccion, como lo mostraremos en su lugar, es el mas averiguado y el mas estupendo de todos los milagros de este Hombre-Dios. El sepulcro de Jesucristo fue, pues, glorioso, porque su poder se hizo conocer del modo mas admirable, cuando él mismo se desató de los lazos de la muerte. El dia de su resurreccion fue el dia de su triunfo: él mostró evidentemente por este milagro, que

no habia muerto, sino porque lo habia querido, y que él era verdaderamente el Mesias anunciado por los profetas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD
NUEVA
LIOTECA